

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

AÑO XXXIX
NUMERO 616 - 617 - 618 - 619
BARCELONA
JULIO - AGOSTO
SEPTBRE. - OCTUBRE
1982

ESPAÑA ESPERA AL PAPA



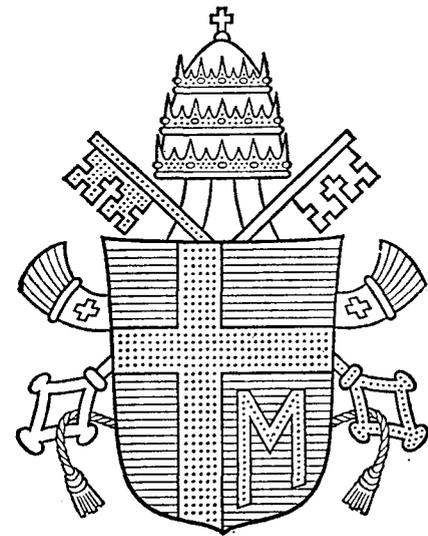
SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARE MI IGLESIA

MATEO 16,18

DOCTRINA DE JUAN PABLO II:

FAMILIA ● EDUCACION ● ORDEN SOCIAL
VIDA CRISTIANA ● SACERDOCIO ● PLEGARIA
MARIANA ● DEVOCION A L
SAGRADO CORAZON

Bendito el que viene en el nombre del Señor



La inminente visita del Sumo Pontífice Juan Pablo II a diversas ciudades y centros de especial significación espiritual de nuestra patria hace que todos los católicos españoles sintamos un íntimo escalofrío de emoción por tan esperada visita. Deseamos recibir al Papa viajero, apóstol del evangelio. Esperamos fervientemente recibirle, aclamarle, mostrarle nuestra adhesión y escuchar atentamente sus enseñanzas. Sabemos, un poco, lo que ha dicho en otros viajes. Hemos oído, a través de los medios de difusión modernos, sus entrañables palabras y hemos leído en la diversa prensa su doctrina acerca de los grandes temas que afectan a la Iglesia y al mundo. Pero ahora tendremos la ocasión de verle directamente, acompañarle y recibir el mensaje que directamente quiera comunicarnos para orientarnos en nuestro camino en seguimiento de Jesucristo a quien representa en la Tierra.

Todos han captado ya el mensaje constante del Papa. Ha sido, por ello, también, como el mismo Cristo, «signo de contradicción» entre nuestros contemporáneos. Conocemos la voz de nuestro Pastor: es fuerte, alegre, humana y sobrenatural. Sabe hablar con intimidad y con claridad dirigiéndose a lo mejor de cada hombre, de cada cristiano, de cada católico. Nos ha llegado al corazón su fe cargada de esperanza como anuncio a nuestro tiempo de lo «antiguo y nuevo» de la palabra de Dios.

CRISTIANDAD no es una revista de información preeminentemente. Otra prensa, con otros medios llegará antes a nuestros hogares. Pero, desde el advenimiento a la cátedra de Pedro de Juan Pablo II, apenas hemos dejado de referirnos a sus enseñanzas en todos los números de nuestra revista. En las circunstancias actuales hemos querido hacer nuestra colaboración a tan magno acontecimiento presentando una somera síntesis de sus enseñanzas, tan amplias, tan constantes y tan centrales en el misterio de nuestra fe y de su compromiso en el mundo de hoy. Este resumen que presentamos es apenas un bosquejo, casi unas migajas del banquete doctrinal que afanosamente ofrece a la Iglesia y al mundo. Queremos sólo, una vez más, ser sólo «altavoces» en nuestro ámbito, de algunas ideas fundamentales. Por ello, pues, este número de CRISTIANDAD ofrece a nuestros lectores este pequeño compendio de fragmentos que nuestro equipo de redacción ha preparado, ordenándolos según los temas más centrales y dándoles el título que mejor pueda expresar el núcleo de cada mensaje. Estamos convencidos de la urgente necesidad de que la Iglesia de España, desde los obispos hasta los simples fieles, sintonice con su supremo Pastor, prestando oídos a la verdad que une y salva, vivifica y alienta.

Preparar la visita del Papa es para nuestra revista sinónimo de conocer su doctrina, así como, después de tan trascendental visita nuestra tarea será la de ofrecerla íntegra. Si por unos días podemos estar físicamente cerca del Vicario de Cristo, esperamos estar siempre espiritualmente unidos a su Magisterio. BENDITO EL QUE VIENE EN NOMBRE DEL SEÑOR.

LOS VALORES DE LA FAMILIA Y LOS MALES QUE LA AMENAZAN

LA VOCACION DEL HOMBRE ES EL AMOR

Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia *por amor*, lo ha llamado al mismo tiempo *al amor*.

Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano.

Familiaris Consortio

DIOS ES UNA FAMILIA

Se ha dicho, en forma bella y profunda, que nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la Familia Divina, es el Espíritu Santo. El tema de la familia no es, pues, ajeno al tema del Espíritu Santo

28-I-79

Homilía en el Seminario de Puebla

SI FALTA DIOS...

Hay un problema que ciertamente subyace a todos los demás referentes a las familias, más aún, que afecta al mundo en general: muchas personas parecen rechazar su vocación fundamental a participar en la vida y el amor de Dios. Están obsesionadas con el deseo de poseer, el afán de poder, el ansia de placer. No ven ya a los demás como hermanos y hermanas de una sola familia humana, sino más bien como competidores y adversarios. Donde falta el sentido de Dios, Padre celestial, desaparece también la conciencia de ser familia humana.

26-X-80

Mensaje del Sínodo a las Familias

EL AMOR DE LOS ESPOSOS

**El contrato
más maravilloso**

**Amar a un ser,
es amarlo tal cual es**

**El amor a los hijos
fortifica la unión
de los corazones**

Por tanto, conformándose con Cristo que se entregó por amor a su Iglesia, es como los esposos llegan día a día al amor de que nos habla el Evangelio: «Amaos unos a otros como Yo os he amado», y más precisamente a la perfección de la unión indisoluble en todos los planos. Los esposos cristianos han prometido comunicarse cuanto son y cuanto tienen. ¡Es el contrato más audaz que pueda existir, y asimismo el más maravilloso! La unión de sus cuerpos querida por Dios mismo cual expresión de la comunidad todavía más profunda de sus espíritus y corazones, realizada con tanto respeto cuanto ternura, renueva el dinamismo y la juventud de su compromiso solemne, de su primer «sí». La unión de sus caracteres, pues amar a un ser es amarlo tal cual es, es amarlo hasta el punto de cultivar en sí el antídoto de sus debilidades o defectos, por ejemplo, la calma y la paciencia si al otro le faltan de modo notorio. ¡La unión de corazones! Los matices que diferencian el amor del hombre del de la mujer son innumerables. Cada una de las partes no puede exigir ser amado como él ama. Es importante renunciar —una y otra— a los reproches secretos que separan los corazones, y liberarse de esta pena en el momento más propicio. Hay una puesta en común que es muy unificadora, la de las alegrías y, más aún, la de los sufrimientos del corazón. Pero es sobre todo en el amor común a los hijos donde se fortifica la unión de los corazones. ¡La unión de las inteligencias y de las voluntades! Los esposos son asimismo dos fuerzas diversificadas y, a la vez, ensambladas en el servicio recíproco y en el servicio de su hogar, de su ambiente social y en el servicio a Dios. El acuerdo esencial debe manifestarse en la determinación y prosecución de objetivos comunes. La parte más enérgica debe respaldar la voluntad de la otra, suplirla a veces, y hacer de palanca con habilidad como educando. En fin, ¡la unión de almas, almas unidas ellas mismas a Dios!

2-V-80

Homilía a las familias, en Kinshasa

VIOLACION DE LOS DERECHOS FAMILIARES

Algunos Gobiernos y otras Sociedades internacionales a veces violentan a las familias. Se viola la integridad del hogar; no se respetan los derechos de las familias relativos a la libertad religiosa, la paternidad y maternidad responsable, así como a la educación. Las familias se sienten más como instituciones sin derechos y como víctimas, que como auténticos agentes de sus propios destinos. Se obliga a las familias —cosa que rechazamos enérgicamente— a adoptar medios inmorales para la solución de problemas sociales, económicos y demográficos, y se utilizan medios como la contracepción, más aún, la esterilización, el aborto y la eutanasia. Así, pues, el Sínodo postula firmemente una «carta» de los derechos de la familia que asegure ante el universo entero sus derechos fundamentales.

26-X-80

Mensaje del Sínodo a las familias

DIGNIDAD DE LA MUJER

Igual dignidad del hombre y la mujer

De la mujer hay que resaltar, ante todo, la igual dignidad y responsabilidad respecto al hombre; tal igualdad encuentra una forma singular de realización en la donación de uno mismo al otro y de ambos a los hijos, donación propia del matrimonio y de la familia. Lo que la misma razón humana intuye y reconoce, es revelado en plenitud por la Palabra de Dios; en efecto, la historia de la salvación es un testimonio continuo y luminoso de la dignidad de la mujer.

Dios asumió la carne humana de María

Creando al hombre «varón y mujer», Dios da la dignidad personal de igual modo al hombre y a la mujer, enriqueciéndolos con los derechos inalienables y con las responsabilidades que son propias de la persona humana. Dios manifiesta también de la forma más elevada posible la dignidad de la mujer asumiendo El mismo la carne humana de María Virgen, que la Iglesia honra como Madre de Dios, llamándola la nueva Eva y proponiéndola como modelo de la mujer redimida. El delicado respeto de Jesús hacia las mujeres que llamó a su seguimiento y amistad, su aparición la mañana de Pascua a una mujer antes que a los otros discípulos, la misión confiada a las mujeres de llevar la Buena Nueva de la Resurrección a los Apóstoles, son signo que confirman la estima especial del Señor Jesús hacia la mujer. Dirá el apóstol Pablo: «Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois en Cristo Jesús.»

Estima especial del Señor hacia la mujer

Familiaris Consortio

Resulta particularmente conmovedor meditar sobre la actitud de Jesús respecto a la mujer: El se manifestó audaz y sorprendente para aquellos tiempos; en el paganismo, la mujer estaba considerada como un objeto de placer, de mercancía y de trabajo; y en el judaísmo estaba marginada y envilecida. Jesús manifestó siempre la máxima estimación y el máximo respeto hacia la mujer, hacia toda mujer, y fue particularmente sensible para el sufrimiento femenino. Superando las barreras religiosas y sociales de su tiempo, Jesús restableció a la mujer en su plena dignidad de persona humana ante Dios y ante los hombres. ¿Cómo no recordar sus encuentros con Marta y con María (Lc. 10, 18-42), con la samaritana (Jn. 4, 1-42), con la viuda de Naím (Lc. 7, 11-17), con la mujer adúltera (Jn. 9, 3-9), con la hemmorroisa (Mt. 9, 20-22), con la pecadora en casa de Simón el fariseo (Lc. 7, 36-50)? El corazón vibra emocionado sólo con enumerar esos encuentros. ¿Y cómo no recordar, sobre todo, que Jesús quiso asociar algunas mujeres a los Doce (Lc. 8, 2-3); mujeres que lo acompañaban y lo servían, y que lo confortaron durante la vía dolorosa incluso hasta el pie de la Cruz? Y después de la Resurrección Jesús se apareció a las piadosas mujeres y a María Magdalena, encargándole que anunciase su resurrección a los discípulos (Mt. 28, 8).

El cristianismo restableció la dignidad de la mujer

*Discurso a cinco mil empleadas de hogar
29-IV-79*

LA GRAN VOCACION DE LA FAMILIA

No hay nada más importante que ser padre y madre cristianos

Queridos padres y madres de Irlanda, creed en vuestra vocación, en esa hermosa vocación al matrimonio y a la paternidad que Dios os ha dado. Creed que Dios está con vosotros, porque toda paternidad en los cielos y en la tierra recibe su nombre de El. No penséis que hay algo que podáis hacer en vuestra vida que sea más importante que ser un padre y una madre verdaderamente cristianos. Que las madres, las jóvenes y las muchachas irlandesas no escuchen a quienes les dicen que trabajar en una tarea secular, que tener éxito en una profesión secular es más importante que la vocación de crear vida y de preocuparse de esta vida como madres. El futuro de la Iglesia, el futuro de la humanidad depende en gran parte de los padres y de la vida familiar que construyen en sus hogares. La familia es la verdadera medida de la grandeza de una nación, del mismo modo que la dignidad del hombre es la auténtica medida de la civilización.

*Homilía en Limerick
1-VI-79*

NO HAY CARIDAD SIN VERDAD

Queremos añadir ahora, como fruto de los trabajos a los que nos hemos dedicado durante más de cuatro semanas, que nadie puede construir la caridad sin la verdad. Este principio vale tanto para la vida de cada familia como para la vida y la acción de los Pastores que intentan ayudar realmente a las familias. El fruto principal de esta sesión del Sínodo es que la misión de la familia cristiana, cuyo corazón viene a ser la misma caridad, no puede realizarse sino viviendo plenamente la verdad. Todos aquéllos a quienes en cuanto miembros de la Iglesia se les ha confiado esta tarea de colaboración —bien sean laicos, clérigos, religiosos y religiosas—, no pueden realizarla sino en la verdad. Pues es la verdad la que libera; la verdad es la que pone orden y la verdad es la que abre el camino a la santidad y a la justicia.

*5-X-80
Discurso de la Clausura
de la V Asamblea del Sínodo de Obispos*

CUANDO SE HABLA DE UN NIÑO COMO DE UNA CARGA, O SE LE CONSIDERE COMO MEDIO PARA SATISFACER UNA NECESIDAD EMOCIONAL, NOSOTROS INTERVENDREMOS PARA INSISTIR EN QUE CADA NIÑO ES UN DON UNICO E IRREPETIBLE DE DIOS, QUE TIENE DERECHO A UNA FAMILIA UNIDA EN EL AMOR.

(Homilía en el Capitol Hall, Washington, 7-X-79)

FAMILIA Y JUVENTUD

La formación de la juventud está inseparablemente unida con el recto engranaje de la vida familiar. La familia, «primera y vital célula de la sociedad», como la ha definido el Concilio (*Apostolicam actuositatem*, 11), es la reserva de las venturas o desventuras de la sociedad de mañana: efectivamente ella tiene interferencias continuas y determinantes en la vida de los jóvenes, tanto en sentido negativo como positivo.

*Discurso a los Cardenales y Prelados
de la Curia Romana
22-XII-79*

FUNCION EDUCATIVA DE LA FAMILIA

El Estado y la Iglesia tienen la obligación de dar a las familias todas las ayudas posibles, a fin de que puedan ejercer adecuadamente sus funciones educativas. Por esto tanto la Iglesia como el Estado deben crear y promover las instituciones y actividades que las familias piden justamente, y la ayuda deberá ser proporcionada a las insuficiencias de las familias. Por tanto, todos aquéllos que en la sociedad dirigen las escuelas, no deben olvidar nunca que los padres han sido constituidos por Dios mismo como los primeros y principales educadores de los hijos, y que su derecho es del todo inalienable.

Pero como complementario al derecho, se pone el grave deber de los padres de comprometerse a fondo en una relación cordial y efectiva con los profesores y directores de las escuelas.

Si en las escuelas se enseñan ideologías contrarias a la fe cristiana, la familia, junto con otras familias, si es posible mediante formas de asociación familiar, debe con todas las fuerzas y con sabiduría ayudar a los jóvenes a no alejarse de la fe. En este caso la familia tiene necesidad de ayudas especiales por parte de los pastores de almas, los cuales no deben olvidar que los padres tienen el derecho inviolable de confiar sus hijos a la comunidad eclesial.

Familiaris Consortio

CUANDO EL VALOR DE LA FAMILIA ESTE AMENAZADO POR PRESIONES SOCIALES Y ECONOMICAS, NOSOTROS REACCIONAREMOS AFIRMANDO QUE LA FAMILIA ES NECESARIA NO SOLO PARA EL BIEN PRIVADO DE CADA PERSONA, SINO TAMBIEN PARA EL BIEN COMUN DE TODA SOCIEDAD, NACION Y ESTADO.

(Homilía en el Capitol Hall, Washington, 7-X-79)

PROTEGED LA VIDA FAMILIAR

Manteneos fieles a la fe, las oraciones y valores que aprendisteis aquí; y transmitid a vuestros hijos esta herencia, porque es rica y buena. A todos os digo, respetad y proteged vuestra familia y vuestra vida familiar, porque la familia constituye el principal terreno de la acción cristiana para los seglares irlandeses, el lugar donde se ejercita principalmente vuestro «sacerdocio real». La familia cristiana ha sido en el pasado el más grande recurso espiritual de Irlanda. Las condiciones modernas y los cambios sociales han creado nuevos modelos y nuevas dificultades para la vida familiar y para el matrimonio cristiano. Deseo deciros: no os desaniméis, no sigáis la tendencia a considerar pasada de moda a una familia perfectamente unida; hoy más que nunca, la familia cristiana es enormemente importante para la Iglesia y para la sociedad.

*Homilía al Pueblo de Dios
Limerick, 1-X-79*

Gracias a Dios, en vuestro pueblo se conserva muy arraigado el sentido de familia; pero no podemos desconocer que las tendencias permisivas de la sociedad moderna tienen un creciente impacto en ese vital sector, que la Iglesia debe tutelar con todas sus energías. El matrimonio, sobre el que se basa la familia, es una comunidad de vida y de amor, instituida por el Creador para la continuación del género humano, y que tiene un destino no sólo terreno, sino también eterno (cfr. *Gaudium et spes*, 48). Esforzaos, por ello, en defender su unidad e indisolubilidad, aplicando a la vida familiar el pensamiento central de la Conferencia de Puebla: *comunión y participación*. Comunión, es decir, disposición interna de comprensión y amor de los padres entre sí y de éstos para con sus hijos. Participación, o sea, mutuo respeto y donación, tanto en los momentos felices como en los de prueba.

*Discurso a los obispos argentinos
28-X-79*

PLEGARIA FAMILIAR

La plegaria familiar tiene características propias. Es una oración *hecha en común*, marido y mujer juntos, padres e hijos juntos. La comunión en la plegaria es a la vez fruto y exigencia de esa comunión que deriva de los sacramentos del bautismo y del matrimonio. A los miembros de la familia cristiana pueden aplicarse de modo particular las palabras con las cuales el Señor Jesús promete su presencia: «Os digo en verdad que si dos de vosotros conviniéreis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Familiaris Consortio

EL MATRIMONIO ES INDISOLUBLE

Es deber fundamental de la Iglesia reafirmar con fuerza —como han hecho los Padres del Sínodo— la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio; a cuantos, en nuestros días, consideran difícil o incluso imposible vincularse a una persona por toda la vida y a cuantos son arrastrados por una cultura que rechaza la indisolubilidad matrimonial y que se mofa abiertamente del compromiso de los esposos a la fidelidad, es necesario repetir el buen anuncio de la perennidad del amor conyugal, que tiene en Cristo su fundamento y su fuerza.

La Iglesia reafirma con fuerza que el matrimonio es indisoluble

Enraizada en la donación personal y total de los cónyuges y exigida por el bien de los hijos, la indisolubilidad del matrimonio halla su verdad última en el designio que Dios ha manifestado en su Revelación: El quiere y da la indisolubilidad del matrimonio como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús vive hacia su Iglesia.

Familiaris Consortio

La posibilidad legal del divorcio dificulta la estabilidad del matrimonio

Verdad es que la estabilidad y la santidad del matrimonio han sido amenazadas por nuevas ideas y por las aspiraciones de algunos. El divorcio, sean cuales fueren las razones por las que es introducido, es inevitablemente cada vez más fácil de conseguir, y gradualmente tiende a ser aceptado como algo normal de la vida. La misma posibilidad del divorcio en la esfera de la legislación civil dificulta la estabilidad y permanencia del matrimonio. Ojalá continúe siempre Irlanda dando testimonio ante el mundo moderno de su tradicional empeño por la santidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Ojalá los irlandeses mantengan siempre el matrimonio a través de un compromiso personal y de una positiva acción social y legal.

*Homilía al Pueblo de Dios
Limerick, 1-X-79*

No deben declararse fácilmente nulos los matrimonios

Si entre los males del divorcio figura también el de hacer menos seria y comprometida la celebración del matrimonio, hasta el punto de que ésta ha perdido hoy la consideración debida entre algunos jóvenes, es de temer que encaminarían a la misma perspectiva existencial y psicológica las sentencias de declaración de nulidad matrimonial si se comprobara que se multiplican como dictámenes fáciles y apresurados. «De donde resulta que el juez eclesiástico —recordaba ya mi venerado predecesor Pío XII— no debe mostrarse fácil a la declaración de la nulidad del matrimonio, sino que sobre todo debe esforzarse porque se convalide lo que se ha contraído inválidamente, más aún cuando lo aconsejan las circunstancias del caso particular.»

*Al Tribunal de la Santa Rota
Romana, 24-I-81*

EL ACTO CONYUGAL Y LA PROCREACION

Es precisamente partiendo de la «visión integral del hombre y de su vocación, no sólo natural y terrena, sino también sobrenatural y eterna», por lo que Pablo VI afirmó que la doctrina de la Iglesia «está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal, el significado unitivo y el significado procreador». Y concluyó recalcando que hay que excluir, como intrínsecamente deshonesto, «toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación».

Ilícitud de los anticonceptivos

Cuando los esposos, mediante el recurso al anticoncepcionismo, separan estos dos significados que Dios Creador ha inscrito en el ser del hombre y de la mujer y en el dinamismo de su comunión sexual, se comportan como «árbitros» del designio divino y «manipulan» y envilecen la sexualidad humana, y con ella la propia persona del cónyuge, alterando su valor de donación «total». Así, al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticoncepcionismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el de no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a entregarse en plenitud personal.

Los anticonceptivos manipulan y envilecen la sexualidad

En cambio, cuando los esposos, mediante el recurso a períodos de infecundidad, respetan la conexión inseparable de los significados unitivo y procreador de la sexualidad humana, se comportan como «ministros» del designio de Dios y «se sirven» de la sexualidad según el dinamismo original de la donación «total», sin manipulaciones ni alteraciones.

El recurso a los ritmos temporales conforme al plan de Dios

A la luz de la misma experiencia de tantas parejas de esposos y de los datos de las diversas ciencias humanas, la reflexión teológica puede captar y está llamada a profundizar *la diferencia antropológica y al mismo tiempo moral*, que existe entre el anticoncepcionismo y el recurso a los ritmos temporales. Se trata de una diferencia bastante más amplia y profunda de lo que habitualmente se cree, y que implica en resumidas cuentas dos concepciones de la persona y de la sexualidad humana, irreconciliables entre sí. La elección de los ritmos naturales comporta la aceptación del tiempo de la persona, es decir, de la mujer, y con esto la aceptación también del diálogo, del respeto recíproco, de la responsabilidad común, del dominio de sí mismo. Aceptar el tiempo y el diálogo significa reconocer al carácter espiritual y a la vez corporal de la comunión conyugal, como también vivir el amor personal en su exigencia de fidelidad. En este contexto la pareja experimenta que la comunión conyugal es enriquecida por aquellos valores de ternura y afectividad que constituyen el alma profunda de la sexualidad humana, incluso en su dimensión física. De este modo la sexualidad es respetada y promovida en su dimensión verdadera y plenamente humana, no «usada», en cambio, como un «objeto» que, rompiendo la unidad personal de alma y cuerpo, contradice la misma creación de Dios en la trama más profunda entre naturaleza y persona.

La ternura constituye el alma de la sexualidad

EL RESPETO A LA VIDA HUMANA

El respeto a la vida humana ya concebida forma parte evidentemente, con especial motivo, de las convicciones a aclarar y fortalecer. Es un punto en el que la responsabilidad del hombre y de la mujer debe llevarles a acoger y a proteger al ser humano que han procreado y al que nunca tienen derecho a eliminar; en este terreno, el entorno, la sociedad, los médicos, los consejeros conyugales, los legisladores, tienen el deber de permitir que se ejerza tal responsabilidad, siempre en el sentido del respeto a la vida humana, a pesar de las dificultades y aportando su ayuda para los casos extremos. Es un punto en el que la Iglesia se ha pronunciado de forma unánime en todos los países, tanto que no es preciso insistir en ello. La legalización del aborto podrá conducir fatalmente a muchos a no sentir este respeto y esa responsabilidad que concierne a la vida humana, banalizando una falta grave. Es preciso además añadir que la generalización de la práctica contraceptiva por métodos artificiales conduce también al aborto, pues los dos se sitúan, a niveles ciertamente diferentes, en la misma línea del miedo al hijo, del rechazo de la vida, de la falta de respeto al acto o al fruto de la unión entre el hombre y la mujer tal como es querida por el Creador de la naturaleza. Los que estudian a fondo estos problemas lo saben bien, contrariamente a lo que ciertos razonamientos o ciertas corrientes de opinión pudieran hacer creer. Benditos seáis por lo que hacéis y por lo que haréis para formar las conciencias en este punto del respeto a la vida.

**La legalización del aborto
conducirá a no sentir
este respeto**

*Discurso al CLER y al FIDAP
3-XI-79*

Por eso digo a todos que tengáis un absoluto y sagrado respeto a la sacralidad de la vida humana ya desde el primer momento de su concepción. El aborto, como declara el Concilio Vaticano, es un «crimen abominable» (*Gaudium et spes*, 51). Atacar una vida que todavía no ha visto la luz en cualquier momento de su concepción es minar la totalidad del orden moral, auténtico guardián del bienestar humano. La defensa de la absoluta inviolabilidad de la vida todavía no nacida forma parte de la defensa de los derechos y de la dignidad humanos. Ojalá Irlanda no flaquee en su testimonio, ante Europa y el mundo entero, de la dignidad y sacralidad de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte.

*Homilía para el Pueblo de Dios
Limerick, 1-X-79*

Por lo tanto, reaccionaremos cada vez que la vida humana esté amenazada. Cuando el carácter sagrado de la vida antes del nacimiento sea atacado, nosotros reaccionaremos para proclamar que nadie tiene jamás el derecho de destruir la vida antes del nacimiento.

*Homilía en el Capitol Hall
Washington, 7-X-79*

EDUCACION CRISTIANA

EL FIN DE LA EDUCACION ES LA SANTIDAD

**El anuncio del Evangelio
no puede confundirse con
la promoción humana**

Y es que no pueden disociarse —es la gran lección, válida hoy también— anuncio del Evangelio y promoción humana; pero para la óglesia, aquél no puede confundirse ni agotarse —como algunos pretenden— en esta última. Sería cerrar al hombre espacios infinitos que Dios le ha abierto. Y sería falsear el significado profundo y completo de la evangelización, que es ante todo anuncio de la Buena Nueva del Cristo Salvador.

La Iglesia, experta en humanidad, fiel a los signos de los tiempos, y en obediencia a la invitación apremiante del último Concilio, quiere hoy continuar su misión de fe y de defensa de los derechos humanos. Invitando a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo más justo, humano y habitable, que no se cierra en sí mismo, sino que se abre a Dios.

Santo Domingo, 25 enero 1979

**El propósito de la
educación es comunicar
a Cristo, para que nuestra
actitud hacia los demás
sea la de El**

En esto se resume la educación, éste es el sentido de la vida: conocer a Cristo. Conocer a Cristo como amigo: como alguien que se preocupa de vosotros y de las personas que os rodean, de todas las personas que viven aquí o en otros sitios, sin distinción de lengua, raza o color.

Por eso, el propósito de la educación católica es comunicaros a Cristo, para que vuestra actitud hacia los demás sea la de Cristo. Os estáis aproximando a ese estadio de la vida en el que debéis adoptar una responsabilidad personal respecto a vuestro destino. Pronto estaréis tomando importantes decisiones que afectarán al curso de vuestra vida. Si estas decisiones reflejan la actitud de Cristo, entonces vuestra educación habrá sido un éxito.

**La madurez plena está en
Aquel que es el ser
humano más perfecto, e
Hijo de Dios**

A la luz de la cruz y resurrección de Cristo, tenemos que estar dispuestos a aprender para enfrentarnos a retos e Incluso crisis. Parte de nuestra educación católica consiste en aprender a ver las necesidades de los demás, a tener el coraje de practicar lo que creemos. Con ayuda de la educación católica, tratamos de hacer frente a todas las circunstancias de la vida con la actitud de Cristo. Sí, la Iglesia desea comunicaros a Cristo para que lleguéis a la madurez plena en Aquel que es el ser humano perfecto y, al mismo tiempo, el Hijo de Dios.

Nueva York, 3-X-1979

LOS PADRES: EDUCADORES DE LOS HIJOS

La educación, derecho natural de los padres: primeros y principales educadores

Ante vosotros, no tengo necesidad de insistir sobre el papel primordial de la familia en la educación humana y cristiana. El reciente Concilio, en muchos de sus textos, ha puesto afortunadamente de relieve la misión de los padres, «primeros y principales educadores», difícilmente sustituibles (declaración *Gravissimum educationis*, número 3). Constituye para ellos un derecho natural, porque han dado la vida a sus hijos, es también la mayor forma de garantizar una educación armónica, en razón del carácter totalmente original de las relaciones padres-hijos, y de la atmósfera de afecto y seguridad que los padres pueden crear, en la irradiación de su propio amor (Cfr. Const. *Gaudium et Spes*, número 52).

Los padres deben adquirir, con la gracia de Dios, su saber educar

Pero no basta con afirmar y defender este principio del derecho de los padres. Es necesario, sobre todo, preocuparse por ayudarlos a cumplir este cometido difícil de la educación en nuestros tiempos modernos. En este campo, la buena voluntad, el amor mismo, no son suficientes. Es un saber hacer lo que los padres deben adquirir, con la gracia de Dios; en primer lugar, fortaleciendo sus propias convicciones morales y religiosas, dando ejemplo, reflexionando también sobre su experiencia, entre sí, con otros padres, con educadores expertos, con sacerdotes.

Se trata de ayudar a los niños y a los adolescentes «a apreciar sanamente los valores morales y a abrazarlos con una adhesión personal, y al mismo tiempo, a conocer y a amar a Dios más perfectamente» (declaración *Gravissimum educationis*, número 1).

III Congreso Internacional de la Familia, 30-X-1978

La vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios, implica la tarea educativa de los hijos

La tarea educativa tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; ellos, engendrando en el amor y por amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir una vida plenamente humana. Como ha recordado el Concilio Vaticano II: «Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y por tanto hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta transcendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan.»

El derecho de los padres a educar sus hijos es esencial, original y primario, insustituible e inalienable

El derecho-deber educativo de los padres se califica como *esencial*, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original y primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible e inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros.

La norma de la acción educativa es para los padres el amor a los hijos

Por encima de estas características, no puede olvidarse que el elemento más radical, que determina el deber educativo de los padres, es *el amor paterno y materno* que encuentra en la acción educativa su realización, al hacer pleno y perfecto el servicio a la vida. El amor de los padres se transforma de *fuerza* en *alma*, y por consiguiente, en *norma*, que inspira y guía toda la acción educativa concreta, enriqueciéndola con los valores de dulzura, constancia, bondad, servicio, desinterés, espíritu de sacrificio, que son el fruto más precioso del amor.

«*Familiaris Consortio*»

Los padres cristianos educarán a sus hijos mostrando a cuán profundos significados conducen la fe y la caridad de Jesucristo

La misión de la educación exige que los padres cristianos propongan a los hijos todos los contenidos que son necesarios para la maduración gradual de su personalidad desde un punto de vista cristiano y eclesial. Seguirán, pues, las líneas educativas recordadas anteriormente, procurando mostrar a los hijos a cuán profundos significados conducen la fe y la caridad de Jesucristo. Además, la conciencia de que el Señor confía a ellos el crecimiento de un hijo de Dios, de un hermano de Cristo, de un templo del Espíritu Santo, de un miembro de la Iglesia, alentará a los padres cristianos en su tarea de afianzar en el alma de los hijos el don de la gracia divina.

El Concilio Vaticano II precisa así el *contenido de la educación cristiana*: «La cual no persigue solamente la madurez propia de la persona humana... sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación, aprendan a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn. 4, 23), ante todo en la acción litúrgica, formándose para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad (Ef. 4, 22-24), y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo (cf. Ef. 4, 13), y contribuyan al crecimiento del Cuerpo místico. Conscientes, además, de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza que hay en ellos (cf. 1 Pe 3, 15) y a ayudar a la configuración cristiana del mundo.»

Los padres darán testimonio de la esperanza que hay en ellos, ayudando así a la configuración cristiana del mundo

En virtud del ministerio de la educación de los padres, mediante el testimonio de su vida, son los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos. Es más, rezando con los hijos, dedicándose con ellos a la lectura de la Palabra de Dios e introduciéndolos en la intimidad del Cuerpo —eucarístico y eclesial— de Cristo mediante la iniciación cristiana, llegan a ser plenamente padres, es decir, engendadores no sólo de la vida corporal, sino también de aquella que, mediante la renovación del Espíritu, brota de la Cruz y Resurrección de Cristo.

Engendrando así la vida en el corazón de sus hijos, los padres llegan a ser plenamente padres

«*Familiaris Consortio*»

Debe asegurarse absolutamente el derecho de los padres a la elección de una educación conforme con su fe religiosa.

El Estado y la Iglesia tienen la obligación de dar a las familias todas las ayudas posibles, a fin de que puedan ejercer adecuadamente sus funciones educativas. Por esto tanto la Iglesia como el Estado deben crear y promover las instituciones y actividades que las familias piden justamente, y la ayuda deberá ser proporcionada a las insuficiencias de las familias. Por tanto, todos aquellos que en la sociedad dirigen las escuelas, no deben olvidar nunca que los padres han sido constituidos por Dios mismo como los primeros y principales educadores de los hijos, y que su derecho es del todo inalienable.

Pero como complementario al derecho se pone el grave deber de los padres de comprometerse a fondo en una relación cordial y efectiva con los profesores y directores de las escuelas.

Si en las escuelas se enseñan ideologías contrarias a la fe cristiana, la familia junto con otras familias, si es posible mediante formas de asociación familiar, debe con todas las fuerzas y con sabiduría ayudar a los jóvenes a no alejarse de la fe. En este caso la familia tiene necesidad de ayudas especiales por parte de los pastores de almas, los cuales no deben olvidar que los padres tienen el derecho inviolable de confiar sus hijos a la comunidad eclesial.

«*Familiaris Consortio*»

Debe asegurarse absolutamente el derecho de los padres en la educación de sus hijos

La comunidad eclesial ayudará a los padres para que los jóvenes se mantengan en la fe

EN MEDIO DE LA ABUNDANCIA DE APROXIMACION ACTUALES, QUE LLEVAN DEMASIADO A MENUDO A UNA REDUCCION DEL HOMBRE, LOS CRISTIANOS TIENEN QUE DESEMPEÑAR UN PAPEL ORIGINAL EN EL SENO MISMO DE LA INVESTIGACION Y DE LA ENSEÑANZA, PRECISAMENTE PORQUE RECHAZAN CUALQUIER VISION PARCIAL DEL HOMBRE.

(Discurso al FIUC, 24-II-1979)

LA EDUCACION ESCOLAR Y UNIVERSITARIA

Familia, primera pero no exclusiva comunidad educadora

La familia es la primera, pero no la única y exclusiva, comunidad educadora; la misma dimensión comunitaria, civil y eclesial del hombre exige y conduce a una acción más amplia y articulada, fruto de la colaboración ordenada de las diversas fuerzas educativas. Estas son necesarias, aunque cada una puede y debe intervenir con su competencia y con su contribución propias.

La tarea educativa de la familia cristiana tiene por esto un puesto muy importante en la pastoral orgánica; esto implica una nueva forma de colaboración entre los padres y las comunidades cristianas, entre los diversos grupos educativos y los pastores. En este sentido, la renovación de la escuela católica debe prestar una atención especial tanto a los padres de los alumnos como a la formación de una perfecta comunidad educadora.

«Familiaris Consortio»

Las universidades católicas consagradas a la investigación y la enseñanza, por lo mismo tienen también misión de testimonio y apostolado

Las universidades católicas tienen un puesto privilegiado en el corazón del Papa, de la misma manera que deben tenerlo también en toda la Iglesia y en las preocupaciones de sus pastores, en medio de las múltiples actividades de su ministerio. Consagradas a una labor de investigación y de enseñanza, por esta misma causa tienen también una misión de testimonio y un apostolado, sin los cuales la Iglesia no podría evangelizar plena y permanentemente el amplio mundo de la cultura ni siquiera a las generaciones que aparecen cada vez más instruidas y que serán también cada vez más exigentes para hacer frente en la fe a los múltiples problemas planteados por las ciencias y los diversos sistemas de pensamiento.

A los representantes Internac. de las Universidades Católicas, 24-Febrero-1979

LA IGLESIA VE EN LA JUVENTUD UNA ENORME FUERZA RENOVADORA, QUE NUESTRO PREDECESOR EL PAPA JUAN XXIII CONSIDERABA COMO UN SIMBOLO DE LA MISMA IGLESIA, LLAMADA A UNA CONSTANTE RENOVACION DE SI MISMA.

(México, 30-I-1979)

**El hombre nuevo
renacido por la gracia,
único programa de la
Iglesia**

**La Cruz, suprema Cátedra
de la verdad de Dios y de
los hombres**

**El «discípulo» ve la vida
como un tránsito hacia
la vida nueva**

**Sólo esta concepción de
la vida, liberando al
hombre de las cosas
temporales, da plena
importancia a todos los
problemas de la realidad
temporal**

«La Iglesia no tiene un programa de escuela universitaria, de sociedad, sino que tiene un programa de hombre, del hombre nuevo, renacido por la Gracia. (...)

«Cristo es Quien ha aceptado toda la realidad del morir humano. Y, precisamente por eso, El es quien ha realizado una inversión fundamental en el modo de entender la vida. Ha mostrado que la vida es un tránsito, no sólo hacia la muerte, sino hacia una vida nueva. Así, la Cruz se ha convertido para nosotros en la suprema Cátedra de la verdad de Dios y de los hombres. Todos debemos ser alumnos —matriculados o no matriculados— de esta cátedra. Entonces comprenderemos cómo la Cruz es también la cuna del hombre nuevo.

Quienes son sus alumnos miran la vida así, la conciben así; y la enseñan a los demás. Imprimen a toda la realidad temporal ese significado de la vida: en la moralidad, en la creatividad, en la cultura, en la política, en la economía. Se ha afirmado muchas veces —como defendían, por ejemplo, los seguidores de Epicuro en los tiempos antiguos, y como hacen en nuestra época, por otros motivos, algunos seguidores de Marx— que este concepto de la vida saca al hombre de la realidad temporal y que, en cierto sentido, anula esta realidad. La verdad es muy distinta. Sólo esta concepción de la vida da su plena importancia a todos los problemas de la realidad temporal. Abre la posibilidad de que esos problemas se planteen correctamente en la existencia humana. Una cosa es segura: esa concepción de la vida no permite encerrar al hombre en las cosas temporales, no permite subordinarlo completamente a ellas. Es decisiva para su libertad.»

Homilía a S. Pedro a los universit. romanos.

**El objetivo de la
universidad católica:
el hombre regenerado en
Cristo, el hombre total**

Al dirigirme recientemente a los profesores y estudiantes de México señalaba tres objetivos para los institutos universitarios católicos: prestar una contribución específica a la Iglesia y a la sociedad, gracias a un estudio verdaderamente completo de los diferentes problemas, con la preocupación de extraer la plena significación del hombre regenerado en Cristo y de permitir por ello su desarrollo integral; formar pedagógicamente a hombres que, habiendo realizado una síntesis personal entre fe y cultura, sean capaces a la vez de ocupar su sitio en la sociedad y en ella dar testimonio de su fe; constituir, entre profesores y estudiantes, una verdadera comunidad que dé testimonio visiblemente de un cristianismo vivo.

*A los representantes internacionales de las
universidades católicas, 24-II-1979.*

EL TRABAJO COMO APOSTOLADO

El trabajo cumplido con competencia y alegría, por amor de Dios y en servicio a los hombres, hace santos

Hijos míos, sólo si tenéis en vosotros esta gracia divina, que es alegría y paz, podréis construir algo válido para los hombres. Considerad, pues, vuestra vocación universitaria en esta magnífica perspectiva cristiana. El estudio hoy, la profesión mañana, se hacen para vosotros camino para encontrar a Dios y servir a los hombres, vuestros hermanos; esto es, se hacen camino de santidad, como se expresaba compendiosamente el queridísimo cardenal Albino Luciani, poco antes de ser llamado a esta Sede de Pedro con el nombre de Juan Pablo I: «Allí, en medio de la calle, en la oficina, en la fábrica, allí se hacen santos, a condición de que se cumpla el propio deber con competencia, por amor de Dios y con alegría; de modo que el trabajo cotidiano venga a ser no "el trágico cotidiano", sino como la sonrisa cotidiana» (Il Gazzettino, 25 de junio de 1978).

Congreso Internacional de Universidades, 10-Abril-1979

EL PROFESOR: EDUCADOR INTEGRAL

El profesor: testigo y educador de la vida cristiana auténtica, no simple transmisor de ciencia

La Universidad Católica debe ser un ámbito en el que el cristianismo sea vivo y operante. Es una vocación irrenunciable de la Universidad Católica dar testimonio de ser una comunidad seria y sinceramente comprometida en la búsqueda científica, pero también caracterizada visiblemente por una vida cristiana auténtica. Esto supone, entre otras cosas, una revisión de la figura del profesor, el cual no puede ser considerado únicamente como un simple transmisor de ciencia, sino también y sobre todo, como un testigo y educador de vida cristiana auténtica. En este privilegiado ambiente de formación, vosotros, queridos, estudiantes, estáis llamados a una colaboración consciente y responsable, libre y generosa, para realizar vuestra misma formación.

México, Ntra. Sra. de Guadalupe, 31-Enero-1979

QUERIDOS AMIGOS JOVENES, ESTE ES EL MENSAJE QUE OS CONFIO HOY: EL PAPA CONFIA EN VOSOTROS. LOS JOVENES SON LA FUERZA DEL PAPA, QUE DESEA COMPARTIR CON ELLOS SU ESPERANZA EN EL FUTURO Y SU ESTIMULO.

(Irlanda, 30-IX-1978)

CIENCIA Y FE TIENEN COMO FIN LA VERDAD

La fe débil y tenue, que sólo busca razonamientos humanos, contagio de tristeza

Sucede a veces que nuestra sintonía de fe con Jesús permanece débil o se hace tenue —cosa que el pueblo fiel nota en seguida, contagiándose por ello de tristeza— porque lo llevamos dentro, sí, pero confundido a la vez con nuestras propensiones y razonamientos humanos (cf. *Ibid.* 15) sin hacer brillar toda lagrandiosa luz que El encierra para nosotros. En alguna ocasión hablamos quizá de El amparados en alguna premisa cambiante o en datos de sabor sociológico, político, sicológico, lingüístico, en vez de hacer derivar los criterios básicos de nuestra vida y actividad de un Evangelio vivido con integridad, con gozo, con la confianza y esperanza inmensas que encierra la cruz de Cristo.

La fe en Cristo no es un saber técnico o bagaje científico

Una cosa es clara, amadísimos hermanos: la fe en Cristo resucitado no es resultado de un saber técnico o fruto de un bagaje científico (cf. 1 Cor 1, 26). Lo que se nos pide es que anunciemos la muerte de Jesús y proclamemos su resurrección (S. Liturgia). Jesús vive. «Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte» (He 2, 24). Lo que fue un trémulo murmullo entre los primeros testigos, se convirtió pronto en gozosa experiencia de la realidad de aquél «con el que hemos comido y bebido... después que resucitó de la muerte» (He 10, 41-42). Sí, Cristo vive en la Iglesia, está en nosotros, portadores de esperanza e inmortalidad.

Santo Domingo 26-Enero-1979

La ciencia es buena, rinde homenaje a la Verdad primera

«La ciencia, en sí misma, es buena, toda vez que significa conocimiento del mundo, que es bueno, creado y mirado por el Creador con satisfacción, según dice el libro del Génesis: «Dios vio todo lo que había hecho, y vio que era bueno» (*Gen. 1, 31*). Me gusta mucho este primer capítulo del Génesis. El pecado original no ha alterado por completo esta bondad primitiva. El conocimiento humano del mundo es un modo de participar en la ciencia del Creador. Constituye, pues, un primer nivel en la semejanza del hombre con Dios; un acto de respeto hacia El, puesto que todo lo que descubrimos rinde un homenaje a la Verdad primera».

Dissarso a la «European Physical Society» 30-Marzo-1979

«TODOS VOSOTROS TENEIS LA NECESIDAD HOY DE UNA SOLIDA CATE-
 QUESIS, QUE PROFUNDICE VUESTRA ADHESION PERSONAL A JESU-
 CRISTO Y OS PERMITA DAR RAZON DE LA ESPERANZA QUE ESTA EN
 VOSOTROS.»

La Universidad Católica debe ofrecer una cultura integral que armonice fe y razón, fe y cultura, fe y vida

La Universidad Católica debe ofrecer una aportación específica a la Iglesia y a la sociedad, situándose en un nivel de investigación científica elevado, de estudio profundo de los problemas, de un sentido histórico adecuado. Pero esto no basta para una Universidad Católica. Esta debe encontrar su significado último y profundo en Cristo, en su Mensaje salvífico, que abarca al hombre en su totalidad, y en las enseñanzas de la Iglesia.

Todo esto supone la promoción de una cultura integral, es decir, la que mira al desarrollo completo de la persona a humana, en la que resalten los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia, fraternidad, basados todos en Dios Creador y que han sido elevados maravillosamente en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 61): una cultura que se dirija de modo desinteresado y genuino al bien de la comunidad y de toda la sociedad.

La Universidad Católica debe ser formadora de hombres realmente insignes por su saber, dispuestos a ejercer funciones comprometidas en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo (*Graviss, educat.*, 10). Finalidad que hoy es indudablemente decisiva. A la formación moral y cristiana, no considerada como algo que se añade desde fuera, sino como un aspecto con el que la institución académica resulte, por así decirlo, especificada y vivida. Se trata de promover y realizar en los Profesores y en los estudiantes una síntesis cada vez más armónica entre fe y razón, entre fe y cultura, entre fe y vida. Dicha síntesis debe procurarse no sólo a nivel de investigación y enseñanza, sino también a nivel educativo-pedagógico.

México, Ntra. Sra. Guadalupe, 1-Enero-1979

LA CIENCIA ESTA AL SERVICIO DEL HOMBRE

La libertad de la investigación científica no se confunde con la opcionalidad en lo que es el hombre en profundidad

Insisto aquí en algunos puntos fundamentales. La investigación a nivel universitario supone toda la lealtad, la seriedad y, por ello mismo, la libertad de la investigación científica. Es así como dais testimonio de la verdad, como servís a la Iglesia y a la sociedad, como merecéis la estima del mundo universitario, y esto en todas las ramas del saber.

Pero es necesario añadir esto cuando se trata del hombre del campo de las ciencias humanas: si es justo obtener beneficio de la aportación de diversas metodologías, no basta elegir una de ellas, ni siquiera hacer la síntesis de muchas, para determinar lo que es el hombre en profundidad. El cristiano deberá dejarse encerrar allí, principalmente porque no es víctima eventualmente de sus condicionamientos.

El eje guía de la investigación científica del creyente es una antropología iluminada por la fe

El sabe que debe superar la perspectiva puramente natural; su fe le impulsa a abordar la antropología en la perspectiva de la vocación y de la salvación plena del hombre; ella es la luz bajo la que trabaja, el eje que guía su investigación. Dicho de otra forma, una universidad católica no es solamente un campo de investigaciones religiosas abierto en todos los sentidos. Supone, en sus profesores, una antropología iluminada por la fe, coherente con la fe, en particular con la Creación y con la Redención de Cristo. En medio de la ampliación de los límites actuales, que, por otra parte, conducen con demasiada frecuencia a una reducción del hombre, los cristianos tienen que desempeñar una misión original en el seno mismo de la investigación y de la enseñanza, precisamente porque rechazan toda visión parcial del hombre.

Representantes Internac. de la Unión Católica, 24-Febrero-1979

**La ciencia fundamental
tiene como tarea la
investigación de la verdad**

**Debe ser libre ante los
poderosos, políticos y
económicos**

**La tecnología, si se
inspira en el amor se
orienta al auténtico bien
del hombre**

**Cuando no prima la ética
sobre la técnica, la
persona sobre las cosas,
el hombre está amenazado
por lo que produce**

**Para ello es preciso el
sentido de trascendencia
del hombre sobre el
mundo y de Dios sobre
el hombre**

La investigación de la verdad es la tarea de la ciencia fundamental.

La investigación fundamental debe ser libre ante los poderes político y económico, que han de cooperar a su desarrollo sin entorpecer su creatividad o manipularla para sus propios fines. Pues al igual que todas las demás verdades, la verdad científica no tiene efectivamente que rendir cuentas más que a sí misma y a la Verdad suprema, que es Dios, creador del hombre y de todas las cosas.

En la segunda vertiente, la ciencia se proyecta a aplicaciones prácticas, que encuentran su desarrollo pleno en las diversas tecnologías. En la fase de sus realizaciones concretas, la ciencia es necesaria a la humanidad para satisfacer las exigencias legítimas de la vida y vencer los males varios que la amenazan. No hay duda de que la ciencia aplicada ha prestado y seguirá prestando inmenso servicio al hombre por poco inspirada que esté en el amor, regulada por la sabiduría, acompañada de valentía que la defiende contra la injerencia indebida de todos los poderes tiránicos. La ciencia aplicada debe aliarse con la conciencia a fin de que en el trinomio ciencia-tecnología-conciencia se preste servicio a la causa del auténtico bien del hombre.

Como tuve ocasión de decir en mi Encíclica *Redemptor hominis*, desgraciadamente «el hombre actual parece estar siempre amenazado por lo que produce... En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia humana contemporánea» (n. 15). El hombre debe salir victorioso de este drama, que amenaza degenerar en tragedia, y debe volver a encontrar su realeza auténtica sobre el mundo y su dominio pleno sobre las cosas que produce. Como escribí en la misma Encíclica, en la hora actual «el sentido esencial de esta "realeza" y este "dominio" del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia» (n. 16).

Esta triple superioridad se mantiene en la medida en que se conserve el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre. Al ejercer su misión de guardiana y abogada de una y otra trascendencia, la Iglesia piensa que está ayudando a la ciencia a conservar su pureza ideal en la vertiente de la investigación fundamental y a desempeñar su servicio al hombre en la vertiente de las aplicaciones prácticas.

A la Pontificia Academia de la Ciencia, 10-IV-79

«QUIEN DICE MENSAJE DICE ALGO MAS QUE DOCTRINA. EN EFECTO,
¡ CUANTAS DOCTRINAS JAMAS LLEGAN A SER MENSAJE !»

LA FILOSOFIA PERENNE DE SANTO TOMAS: GUIA DE LA RAZON HACIA LA VERDAD

La filosofía de Santo Tomás merece estudio atento y aceptación convencida

La filosofía de Santo Tomás merecen estudio atento y aceptación convencida por parte de la juventud de nuestro tiempo por su espíritu de apertura y de universalismo, características que es difícil encontrar en muchas corrientes del pensamiento contemporáneo. Se trata de la apertura al conjunto de la realidad en todas sus partes y dimensiones, sin reducciones o particularismos (sin absolutismos de un aspecto determinado), tal como lo exige la inteligencia en nombre de la verdad objetiva e integral concierne a la realidad. Apertura esta que es también una significativa nota distintiva de la fe cristiana, de la que es signo específico la catolicidad. Esta apertura tiene su fundamento y su fuente en el hecho de que la filosofía de Santo Tomás es filosofía del ser, esto es, del *actus essendi*, cuyo valor transcendental es el camino más directo para elevarse al conocimiento del Ser subsistente y Acto puro, que es Dios. Por este motivo, esta filosofía podría ser llamada incluso filosofía de la proclamación del ser, canto en honor de lo existeten.

No compromete la justa pluralidad de las culturas

¿Acaso se deberá temer que la adopción de la filosofía de Santo Tomás haya de comprometer la justa pluralidad de las culturas y el progreso del pensamiento humano? Semejante temor sería manifiestamente vano, porque la «filosofía perenne», en virtud del principio metodológico mencionado, según el cual toda la riqueza de contenido de la realidad encuentra su fuente en el *actus essendi*, tiene, por así decirlo, anticipadamente el derecho a todo lo que es verdadero en relación con la realidad. Recíprocamente, toda comprensión de la realidad —que refleje efectivamente esta realidad— tiene pleno derecho de ciudadanía en la «filosofía del ser», independientemente de quién tiene el mérito de haber permitido este progreso en la comprensión e independientemente de la escuela filosófica a la que pertenece. Las otras corrientes filosóficas, por tanto, si se las mira desde este punto de vista, pueden, es más, deben ser consideradas como aliadas naturales de la filosofía de Santo Tomás y como *partners* dignos de atención y de respeto en el diálogo que se desarrolla en presencia de la realidad y en nombre de una verdad no incompleta sobre ella.

La dominante preocupación por la búsqueda de la verdad es razón de la validez perenne de la filosofía de Santo Tomás

Pero hay otra razón que asegura la validez perenne de la filosofía de Santo Tomás: es la preocupación dominante por la búsqueda de la verdad.

Pontificia Universidad de St. Tomás de Aquino, 17-XI-79

«LA CULTURA PLENA COMPRENDE LA FORMACION MORAL, LA EDUCACION PARA LAS VIRTUDES DE LA VIDA INDIVIDUAL, SOCIAL Y RELIGIOSA.»

LA PRETENSION DE VERDAD ABSOLUTA DE LA TECNOLOGIA

Todos los jóvenes del mundo, tentados a «liberarse» de las tradiciones religiosas y morales

No he venido para daros una respuesta a todos vuestros problemas individuales. Tenéis vuestros obispos, que conocen vuestras circunstancias y problemas locales ;tenéis vuestros sacerdotes, especialmente los que se dedican al exigente, pero esperanzador cuidado pastoral de la juventud. Ellos os conocen personalmente y os ayudarán a encontrar la respuesta correcta. Pero, yo creo que os conozco, porque conozco y entiendo a la juventud. Y sé que vosotros, como otros jóvenes de vuestra edad en otras naciones, estáis afectados por lo que sucede en la sociedad que os rodea. Aunque vivís todavía en medio de una atmósfera donde los principios verdaderamente religiosos y morales son altamente estimados, debéis comprender que vuestra fidelidad a estos principios ha de ser testimoniada de diversas maneras. Las tradiciones religiosas y morales de Irlanda, la verdadera alma de Irlanda, serán desafiadas por las tentaciones que no perdonan a sociedad alguna en nuestros días. Como muchos otros jóvenes en las diversas partes del mundo, se os dirá que deben producirse cambios, que debéis disfrutar de mayor libertad, que deberéis ser diferentes de vuestros padres y que las decisiones sobre vuestras vidas dependen de vosotros y solamente de vosotros.

Tentados a contemplar la sociedad tecnológica como respuesta a todo problema

La perspectiva del progreso económico creciente, y la posibilidad de obtener una mayor participación de los bienes que la sociedad moderna se dispone a ofreceros, se presentará ante vosotros como una oportunidad para conseguir una libertad mayor. Cuanto más poseáis —podéis sentir la tentación de pensarlo— más os sentiréis liberados de toda calse de confinamientos. A fin de hacer más dinero y de poseer más, a fin de eliminar esfuerzos y preocupaciones, podéis sentir la tentación de tomar atajos en los que la honestidad, la verdad y el trabajo se ven comprometidos. El progreso de la ciencia y de la tecnología parece inevitable y podéis sentir os atraídos a contemplar la sociedad tecnológica como la respuesta para todos vuestros problemas.

Perdidos los principios religiosos y morales, se es fácil presa de manipulación

Una sociedad que, de esta forma, ha perdido sus más elevados principios religiosos y morales se convertirá en una presa fácil para la manipulación y para el dominio por fuerzas que, bajo el pretexto de una mayor libertad, la esclavizará cada vez más.

Galvay (Irlanda), 30-Septiembre-1979

«LOS MUROS, LOS CAMPANARIOS DE LAS IGLESIAS, LAS CRUCES EN LAS ENCRUCIJADAS, LAS IMAGENES SANTAS EN LAS PAREDES DE LAS CASAS Y DE LAS HABITACIONES, TODO ESTO CATEQUIZA DE ALGUN MODO.»

Juan Pablo II a los polacos

No os escandalicéis por los que profesan una fe y viven sin ella. Sólo Cristo es el Maestro

No basta ser cristiano por el bautismo recibido, hay que forzar la inteligencia para lograr convicciones personales perdurables

Sólo apoyados en Jesucristo se puede construir algo verdaderamente grande y duradero

Sólo Cristo es la esperanza de la humanidad, fuente de alegría, serenidad y paz

LA NECESIDAD DE UNA FORMACION PROFUNDA Y SERIA

Procedéis de familias católicas; acudís regularmente y os unís a Cristo en la Sagrada Comunión, los domingos, o, incluso, durante la semana. Muchos de vosotros oráis con vuestras familias todos los días; y espero que todos continuarán haciéndolo así durante su vida posterior. E, incluso, puede suceder que sintáis la tentación de alejaros de Cristo. Esto puede suceder especialmente si veis la contradicción en la vida de algunos de vuestros compatriotas ante la fe que profesan y su forma de vivir. Pero yo deseo insistir y suplicar que vosotros siempre atenderéis la llamada de Cristo, porque solamente El puede enseñaros el verdadero significado de la vida y de todas las realidades temporales.

A los universitarios romanos. San Pedro.

«No basta ser cristianos por el bautismo recibido o por las condiciones histórico-sociales en que se ha nacido o se vive. Poco a poco se crece en años y en cultura, se asoman a la conciencia problemas nuevos y exigencias nuevas de claridad y de certeza. Es necesario, pues, buscar responsablemente las motivaciones de la propia fe cristiana. Si no se llega a ser personalmente consciente y no se tiene una comprensión adecuada de lo que se debe creer y de los motivos de tal fe, en cualquier momento todo puede hundirse fatalmente y ser echado fuera (...)

Por eso, os digo: emplear bien vuestra inteligencia, esforzaos por lograr convicciones concretas y personales, no perdáis el tiempo, profundizad en los motivos y fundamentos de la fe en Cristo y en la Iglesia, para ser fuertes ahora y en vuestro futuro» (12).

A los jóvenes Nápoles 24-Marzo-1979

JESUCRISTO UNICO POSIBLE FUNDAMENTO DE LA ORDENACION SOCIAL

Preparaos a la vida con seriedad y diligencia. En este momento de la juventud, tan importante para la maduración plena de vuestra personalidad, sabed dar siempre el puesto adecuado al elemento religioso de vuestra formación, el que lleva al hombre a alcanzar su dignidad plena, que es la de ser hijo de Dios. Recordad siempre que sólo si os apoyáis, como dice San Pablo, sobre el único fundamento que es Jesucristo (cf. 1 Cor. 3,11), podréis construir algo verdaderamente grande y duradero.

Como recuerdo de este encuentro tan cordial y gozoso quiero dejaros una consideración concreta.

Con la vivacidad que es propia de vuestros años, con el entusiasmo generoso de vuestro corazón, caminad al encuentro de Cristo: sólo El es la solución de todos vuestros problemas; sólo El es el camino, la verdad y la vida; sólo El es la verdadera salvación del mundo; sólo El es la esperanza de la humanidad.

La sed de absoluto no se sacia con ideologías de odio y violencia

Buscad a Jesús esforzándoos en conseguir una fe personal profunda que informe y oriente toda vuestra vida; pero sobre todo que sea vuestro compromiso y vuestro programa amar a Jesús, con un amor sincero, auténtico y personal. El debe ser vuestro amigo y vuestro apoyo en el camino de la vida. Sólo El tiene palabras de vida eterna (cf. Jn. 6,68).

Vuestra sed de lo absoluto no puede ser saciada por los sucedáneos de ideologías que conducen al odio, a la violencia y a la desesperación. Sólo Cristo, buscado y amado con amor sincero es fuente de alegría, de serenidad y de paz.

Pero después de haber encontrado a Cristo, después de haber descubierto quién es El, no se puede no sentir la necesidad de anunciarlo. Sabed ser testigos auténticos de Cristo; sabed vivir y proclamar, con hechos y palabras, vuestra fe.

*A los estudiantes mexicanos de la escuela católica
«Miguel Angel» 30 enero 1979*

Cristo crucificado y resucitado, único punto de convergencia para la solidaridad entre los pueblos.

En estos días reflexionáis sobre los esfuerzos que en el mundo se están realizando con el fin de desarrollar la unidad y la solidaridad entre los pueblos. Os preguntáis justamente sobre qué valores deban basarse estos esfuerzos, para no caer en el peligro de la retórica de palabras vacías. Y os preguntáis al mismo tiempo en nombre de qué ideales sea posible hermanar de veras culturas y pueblos tan diversos como, por ejemplo, los que veo que representáis vosotros.

He aquí, pues, a quien el Papa os invita a mirar: Cristo crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación (cf. Rom. 4,25), el que viene a ser punto de convergencia universal e irresistible: «Si yo fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí» (Jn. 12,32).

Nuestra filiación divina, conquistada por Cristo en la Cruz y realizada por el Espíritu Santo en nuestros corazones, único fundamento de unidad humana

En estos días, mientras contemplo a Cristo levantado y clavado en la cruz, vuelve frecuentemente a mi mente la expresión con que San Agustín comenta el pasaje del Evangelio de San Juan, hace poco recordado: «El leño de la cruz al que estaban clavados los miembros del Moribundo, vino a ser la cátedra del Maestro que enseña» (In. Ioan. 119,2). Reflexionad: ¿Qué voz, qué maestro del pensamiento puede fundar la unidad entre los hombres y las naciones, sino el que, dando la propia vida, ha obtenido *para todos* nosotros la adopción de hijos del mismo Padre? Precisamente esta filiación divina, que Cristo nos conquistó en la cruz y se realizó con el envío del Espíritu Santo a nuestros corazones, es el único fundamento sólido e indestructible de la unidad de una humanidad redimida.

*Al Congreso Internacional
de Universidades, 10 abril 1979*

ORIENTACIONES PARA UNA UNIVERSIDAD CATOLICA

Queridos hijos que os dedicáis completa o parcialmente al sector universitario católico de vuestros respectivos países, y todos vosotros que, en cualquier ambiente universitario, estáis comprometidos en implantar el Reino de Dios:

— cread una verdadera familia universitaria, empeñada en la búsqueda, no siempre fácil, de la verdad y del bien, aspiraciones supremas del ser racional y bases de sólida y responsable estructura moral;

— seguid una seria actividad investigadora, orientadora de las nuevas generaciones hacia la verdad, hacia la madurez humana y religiosa;

— trabajad infatigablemente para el progreso auténtico y completo de vuestras patrias Sin prejuicios de ningún tipo, dad la mano a quien se propone, como vosotros, la construcción del auténtico bien común;

— Unid vuestras fuerzas de Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, de laicos, en la programación y realización de vuestros centros académicos y de sus actividades;

— Caminad alegres e infatigables bajo la guía de la Santa Madre Iglesia, cuyo Magisterio, prolongamiento del de Cristo, es garantía única para no perder el justo camino, y guía segura hacia la herencia imperecedera que Cristo reserva a quien le es fiel.

Os encomiendo a todos a la Eterna Sabiduría: «esplendente e inmarcesible es la sabiduría; fácilmente se deja ver de los que la aman y es hallada por os que a buscan» (Sab, 6, 12).

Encuentro con los universitarios de México en el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe. 31 enero 1979

ES NECESARIO MEDIR EL PROGRESO DE LA HUMANIDAD NO SOLO POR EL PROGRESO DE LA CIENCIA Y DE LA TECNICA, POR ENCIMA DEL CUAL SOBRESALE TODA SINGULARIDAD DEL HOMBRE EN RELACION CON LA NATURALEZA, SINO AL MISMO TIEMPO, Y MAS AUN, POR LA PRIMACIA DE LOS VALORES ESPIRITUALES Y POR EL PROGRESO DE LA VIDA MORAL.

TODA LA CIENCIA SE RESUME EN CONOCER A JESUCRISTO

Con ayuda de vuestra educación católica habéis recibido el más grande de los dones: el conocimiento de Cristo. San Pablo escribe respecto a este don: «Todo lo tengo por perdido a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo» (Flp. 3,8).

El conocimiento de Cristo es el más grande de los dones

Estad siempre agradecidos a Dios por el don del conocimiento de Cristo. Estad también agradecidos a vuestros padres y a la comunidad eclesial por haber hecho posible, con muchos sacrificios, vuestra educación católica. La gente ha puesto mucha esperanza en vosotros y espera vuestra colaboración en el testimonio de Cristo y en la transmisión del Evangelio a los demás. La Iglesia os necesita. El mundo os necesita, porque necesita a Cristo, y vosotros pertenecéis a Cristo. Por eso, yo os pido que aceptéis un puesto de responsabilidad en la Iglesia, la responsabilidad de vuestra educación católica; ayudad (con palabras, pero sobre todo, con el ejemplo de vuestras vidas) a difundir el Evangelio. Lleváis esto a cabo con la oración, pero también siendo justos, fieles y puros.

Jóvenes: estáis llamados a ser testimonios de vuestra fe en Jesucristo, mediante la conducta de vuestra vida diaria

Queridos jóvenes: estáis llamados a dar testimonio de vuestra fe a través de una auténtica vida cristiana y de la práctica de vuestra religión. Y porque una acción vale más que mil palabras, estáis llamados a proclamar, mediante la conducta de vuestra vida diaria, que creéis realmente que Jesucristo es Señor.

A los estudiantes en el Madison Square Garden de New York (EE.UU.). 30 octubre 1979

MARIA, MODELO DE EDUCACION CRISTIANA

La Virgen María, «Sede de la Sabiduría», guarda y ejemplo de la educación cristiana

«Todos vosotros, ..., cualquiera que sea vuestro ambiente de origen y la Universidad de pertenencia, uníos a la Madre que la Iglesia venera bajo la advocación de «Asiento de la Sabiduría» (...) Permitidme que una vez más me dirija a la «Sede de la Sabiduría» confiándole la reunión que acabamos de tener y todos los ambientes universitarios.»

Carta a los universitarios latinoamericanos. 15 febrero 1979

ORDEN SOCIAL Y POLITICO

«NO TENGAIS MIEDO»

La dulce y suave realeza de Cristo, respuesta a las más nobles aspiraciones del corazón del hombre de hoy

Servir a la realeza de Cristo que no conoce ocaso

Dejad que Cristo reine en la sociedad

Permitid que Cristo hable al hombre, no temáis; El sabe lo que hay dentro del hombre. Sólo El lo conoce

Nuestro tiempo nos invita, nos impulsa y nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una meditación humilde y devota sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo...

La potestad absoluta y también dulce y suave del Señor responde a lo más profundo del hombre, a sus más elevadas aspiraciones de la inteligencia, de la voluntad y del corazón. Esta potestad no habla con un lenguaje de fuerza, sino que se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo Sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.

¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!

¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!

Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo El lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en esta tierra. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues —os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza—, permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

(De la homilía pronunciada por Juan Pablo II, en la plaza de San Pedro, durante la Misa de la inauguración oficial de su pontificado, 22 de octubre de 1978)

TRAS LA «MUERTE DE DIOS» EL HOMBRE CONTEMPORANEO TIENE MIEDO

Los Apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén eran presa del miedo: «Estando las puertas cerradas... por temor.» Había muerto en la cruz el Hijo de Dios.

El temor que se había apoderado del corazón de los Apóstoles, tenía sus raíces más profundas en esta muerte: *fue el temor nacido, por decirlo así, de la muerte de Dios.*

El hombre de hoy tiene miedo, y ese miedo está justificado

El temor atormenta también a la generación contemporánea de los hombres. Lo experimentan de manera acentuada. Quizá lo sienten más profundamente aquellos que son más conscientes de toda la situación del hombre y que, al mismo tiempo, han aceptado la muerte de Dios en el mundo humano.

Se justifica el asesinato como sistema político

El hombre contemporáneo tiene miedo. Tienen miedo las superpotencias que disponen de esos arsenales, y tienen miedo los demás: los continentes, las naciones, las ciudades...

Este *miedo está justificado*. No sólo existen posibilidades de destrucción y de muerte antes desconocidas, sino que hoy ya ¡los *hombres matan abundantemente a otros hombres!* Matan en las casas, en las fábricas, en las universidades. Los hombres armados con las armas modernas matan a hombres indefensos e inocentes. Incidentes de este género ocurrían siempre, pero hoy esto se ha convertido en un sistema. Si los hombres afirman que es necesario asesinar a otros hombres, a fin de cambiar y mejorar al hombre y a la sociedad, entonces debemos preguntar si, junto con este gigantesco progreso material del que participa nuestra época, no hemos llegado simultáneamente a *borrar precisamente al hombre, ¡un valor tan fundamental y elemental.*

El hombre moderno tiene miedo porque intuye que tras la «muerte de Dios» se sigue la muerte del hombre

Así, pues, un temor justificado atormenta a la generación de los hombres contemporáneos. Esta orientación de un progreso gigantesco que ha llegado a ser el exponente de nuestra civilización. ¿no se convertirá en el comienzo de la muerte gigantesca, y programada del hombre?

El *temor*, que atormenta a los hombres modernos, ¿acaso no *nace también, en su raíz más profunda, de la «muerte de Dios»?*

No de aquella sobre la cruz, que se convirtió en el comienzo de la resurrección y en la fuente de la glorificación del Hijo de Dios y, a la vez, en el fundamento de la esperanza humana y en el signo de la salvación; no de ésa.

Enteros sistemas filosóficos, políticos, sociales y económicos, se encaminan a hacer morir a Dios en el hombre

Sino de la muerte, con *la que el hombre hace morir a Dios en sí mismo*, y particularmente, en el curso de las últimas etapas de su historia, en su pensamiento, en su conciencia, en su actuar. Esto es como un denominador común de muchas iniciativas del pensamiento y de la voluntad humana. El hombre quita a Dios de sí mismo y del mundo. Y llama a eso *«liberación de la alienación religiosa»*. El hombre se subtrae al mundo de Dios, pensando que sólo de este modo podrá entrar en su plena posesión, convirtiéndose en el dueño del mundo y de su propio ser. El hombre, pues, «hace morir» a Dios en sí mismo y en los otros. A esto se encaminan enteros sistemas filosóficos, programas sociales, económicos y políticos. Por esto vivimos en la época de un gigantesco *progreso material*, que es también la época *de una negación de Dios*, antes desconocida.

La negación de Dios deja al hombre interiormente solo

Esta es la imagen de nuestra civilización.

Pero ¿por qué tiene miedo el hombre? Quizá, incluso porque, como consecuencia de esta negación *en último análisis*, se queda solo: metafísicamente solo... interiormente solo.

La última razón para que el hombre respete la vida está en Dios

¿O acaso?... acaso precisamente porque el hombre, que hace morir a Dios, no encontrará siquiera un freno decisivo para no matar al hombre. Este freno decisivo está en Dios. La razón última para que el hombre viva, respete y proteja la vida del hombre, *está en Dios*. ¡Y el fundamento último del valor y de la dignidad del hombre, del sentido de su vida, es el hecho de que es imagen y semejanza de Dios!

La alegría del encuentro con Cristo resucitado es más fuerte que el temor

La tarde de este día, el primero después del sábado, estando los Apóstoles con las puertas cerradas «por temor a los judíos», *Jesús vino a ellos*. Entró, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros» (Jn. 20, 19).

Nuestros tiempos exigen más que nunca el proclamar la resurrección de Cristo

«Los discípulos se alegraron viendo al Señor» (Jn. 20,20). ¡Se alegraron! Esta palabra es sencilla y a la vez profunda. No habla directamente de la profundidad y de la potencia de la alegría, de que se hicieron partícipes los testigos del Resucitado, pero nos permite intuirlo. Si su temor tenía las raíces más profundas en el hecho de la muerte del Hijo de Dios, entonces la alegría del encuentro con el Resucitado debía estar en consonancia con ese temor. Debía ser mayor que el temor. Esta alegría era tanto mayor, en cuanto, humanamente, era más difícil de aceptar. Y cuán difícil resultase, lo testimonia el comportamiento posterior de Tomás, que «no estaba con ellos cuando vino Jesús» (Jn. 20, 24).

La única llave contra la muerte del hombre la posee el Hijo de Dios vivo

Precisamente estos tiempos en que vivimos, tiempos en que se ha obrado la perspectiva de la «muerte del hombre» nacida de la «muerte de Dios» en el pensamiento humano, en la conciencia humana, en el actuar humano, precisamente estos tiempos exigen, de modo particular, la *verdad sobre la resurrección* del Crucificado. Exigen el *testimonio* de la resurrección, que sea más elocuente que nunca.

Sí. *La única llave contra la «muerte del hombre»* la posee El: el Hijo de Dios vivo, El, el Testigo de Dios vivo: «*El Primero y el Ultimo y el Viviente.*»

Esto se nos ha dicho a nosotros, hombres de la época de un gigantesco progreso, y de la época de un miedo que crece a la par de los éxitos humanos y de sus amenazas.

Esto se ha dicho para nosotros.

Homilía en la Catedral de Turín, 13 abril 1980

SIN LEY MORAL LA SOCIEDAD PERECE

La ley de Dios está muy por encima de las llamadas razones de Estado

La paz está amenazada siempre que uno de estos derechos es violado. La ley moral, guardiana de los derechos del hombre, protectora de la dignidad de la persona humana, no puede ser dejada de lado por ninguna persona, ningún grupo, ni por el mismo Estado, por ningún motivo, ni siquiera por la seguridad o interés de la ley o del orden público. La ley de Dios está muy por encima de todas las razones de Estado.

Discurso en Drogheda (Irlanda), 29 septiembre 1979

La autoridad de la ley moral, es decir, de la ley de Dios, obliga por igual a gobernados y a gobernantes

El patronazo del orden moral que atribuimos a San Estanislao está vinculado sobre todo al reconocimiento universal de la autoridad, de la ley moral, es decir, de la ley de Dios. Esta ley obliga a todos, tanto súbditos como gobernantes. Constituye la norma moral y es un criterio esencial válido para el hombre. Sólo cuando partimos *de esta ley, es decir, de la moral*, puede ser respetada y reconocida universalmente *la dignidad de la persona humana*. Así, pues, la moral y la ley son las condiciones fundamentales para el orden social. Sobre la ley se construyen los Estados y las naciones, que sin ella perecen.

Discurso Czestochowa, 5 junio 1979

EL DESCENSO DE LA MORAL ES LA MAS TERRIBLE AMENAZA DE LA HUMANIDAD

Hay una ley moral natural inscrita en la conciencia misma del hombre

Hoy, en la primera lectura del libro del Exodo escuchamos las llamadas que el autor del texto dirige, de parte de Dios, a los hombres de la Antigua Alianza, y que no pierden su actualidad en ninguna época: «No vejarás...», «no oprimirás...», «no explorarás a viudas ni a huérfanos», «no serás... usurero», «si tomas en prenda... lo devolverás».

Frente al «humanismo del instinto» hay que proclamar la ley moral expresada en los diez mandamientos

El autor del libro del Exodo, con estas órdenes tan fuertes y perentorias, quiere hacernos reflexionar sobre la realidad fundamental de la existencia de una «ley moral natural», ingénita en la misma estructura del hombre, ser inteligente y volitivo. Dios no ha creado al hombre por casualidad, sino según un proyecto de amor y de salvación. Por el hecho mismo de que una persona es viviente y consciente, no puede dejarse llevar y dominar por el arbitrio, por la autonomía, por el impulso de los instintos y de las pasiones. Desgraciadamente hoy se enseña y se propaga por los medios de comunicación, especialmente por los audiovisuales, un «humanismo del instinto», que exalta el valor arbitrario de la espontaneidad instintiva, del hedonismo, de la agresividad. Pero no es así: hay una ley moral inscrita en la conciencia misma del hombre que impone respetar los derechos del Creador y del prójimo y la dignidad de la propia persona; ley que se expresa prácticamente con los «Diez Mandamientos».

Transgredir la ley moral natural es fuente de consecuencias terribles.

La desobediencia a la ley de Dios escrita en la conciencia de cada hombre lleva a la ruina moral, amenaza la más terrible de la humanidad

El descenso de la moral, tanto en el campo social como en el ámbito personal, causado por la desobediencia a la ley de Dios inscrito en el corazón del hombre, es la amenaza más terrible a cada persona y a toda la humanidad.

Una sociedad está bien defendida cuando es Dios quien la defiende

¡Resurge, Turín, en esta su Pascua que transforma al mundo! Conserva tu alma cristiana, tu alma católica, tu alma italiana, tu alma humana. Sé la ciudad fiel y segura, que Dios vigila, como dijo tu gran obispo San Máximo: «Tunc ergo civitas munita est quanto eam magis Deus ipse custodit: una ciudad está bien defendida cuando es sobre todo Dios quien la defiende». Pero Dios la protege precisamente cuando, como está escrito (cfr. *Sal.* 126, 1), sus habitantes son todos sensatos coherentes; humana y cristianamente coherentes. No puede realmente suceder que Dios deje de conservar una ciudad así, en la que encuentra que sus preceptos se cumplen» (*S. Maxim Taurin, Serm.* 86, 1; ed. *Mutzembecher, C. Ch. Ser. Lat.* 23, Turnholti, 1962, pág. 352). ¿Y podemos dejar de observar estos preceptos si queremos vivir una vida incluso solamente humana?

¡Dios te guarde, Turín!

(Discurso en Turín, 13 abril 1980)

HAY QUE OBEDECER A DIOS ANTES QUE A LOS HOMBRES

**También hoy se quiere
acallar la voz de los que
confiesan a Cristo**

**Sistemas de gobierno
actuales limitan cada vez
más la posibilidad de
confesar la fe**

**Hay que obedecer a Dios
antes que a los hombres**

**Hermanos en la fe sufren
persecución por confesar
a Cristo**

**No os avergoncéis nunca
de manifestaros
cristianos para que Cristo
no se avergüence de
vosotros**

El sumo sacerdote acusa a los Apóstoles haciéndoles una imputación. Dice así: «Os hemos ordenado que no esneñéis sobre este nombre, y habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina y queréis traer sobre nosotros *la sangre* de ese hombre» (Act. 5, 28).

Pedro y los Apóstoles responden: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» (Act. 5, 29).

En el curso de los siglos cambian los sanedrines que exigen el silencio, el abandono o la deformación de esta verdad. Los *sanedrines del mundo contemporáneo* son totalmente diversos, y son muchos. Estos sanedrines son cada uno de los hombres que rechazan la verdad divina; son los sistemas del pensamiento humano, del conocimiento humano; son las diversas *concepciones del mundo* y también los diversos programas del comportamiento humano; son también las varias *formas de presión* de la llamada opinión pública, de la civilización de masa, de los medios de comunicación social de tinte materialista, laico agnóstico, anti-religioso; son, finalmente, también algunos contemporáneos *sistemas de gobierno* que —si no privan totalmente a los ciudadanos de la posibilidad de confesar su fe— al menos la limitan de diversos modos, marginan a los creyentes y los convierten como en ciudadanos de categoría inferior... y ante todas estas formas modernas del Sanedrín de entonces, *la respuesta de la fe es siempre la misma*: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres». «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndole de un madero... Nosotros somos testigos de esto y lo es también el Espíritu Santo...» (Act. 5, 29-32).

«Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres».

Pensemos, queridos hermanos y hermanas, en todos esos hombres del mundo, hermanos nuestros en Cristo, *que dan esta respuesta de fe...* en condiciones a veces mucho más difíciles de aquellas en las que nosotros nos encontramos. Pensemos en los que pagan *el precio más grande* por esta respuesta: a veces el de la vida misma, a veces el de la privación de la libertad, o de la marginación social, o del sacrificio...

(Homilía Parroquia Santa María Reina, 20 abril 1980)

No os avergoncis jamás de manifestaros cristianos, y comportaos de modo que Cristo no tenga que avergonzarse de vosotros nunca. Que al miraros a vosotros, vuestros hijos sientan el gozo de pertenecer a la Iglesia y de vibrar de entusiasmo por la nobleza de los ideales que guían vuestra existencia. Con la seriedad de costumbre, la rectitud de conducta, la caridad hacia el prójimo y la sensibilidad a las necesidades de cada uno de vuestros hermanos, haceldes comprender qué es un cristiano y cómo es la sociedad pacífica y justa que el cristiano es capaz de construir.

(Discurso a los trabajadores del Vaticano, 5 enero 1980)

TENTACIONES QUE ASALTAN HOY A LOS PAISES CATOLICOS

Esperanza de instauración de las promesas mesiánicas que sabemos reservadas a los últimos tiempos

El mayor riesgo está en proyectar la vida y darle sentido independientemente de los planes y de la voluntad de Dios. Pero «conoce Yavé los pensamientos de los hombres» (*Sal. 94, 11*), y el Profeta Isaías ya proclamaba: «Deje el impío sus caminos, y vuélvase a Yavé, que tendrá misericordia de él...»

Si los hombres adoptasen de verdad esta coherencia evangélica, se instaurarían ya desde ahora la paz, la alegría y la prosperidad que sabemos están reservadas a los últimos tiempos. Desgraciadamente, muchas veces «las naciones no conocen los pensamientos de Yavé» (*Miq. 4, 12*).

(Rezo del Angelus, 2 septiembre 1981)

Los seculares han de permear la sociedad con la levadura del Evangelio

Los laicos son llamados hoy a realizar un encargo decididamente cristiano: permear la sociedad con la levadura del Evangelio, porque Irlanda se halla en un momento de su historia que exige una decisión. El pueblo irlandés debe elegir hoy su camino a seguir. ¿Será la transformación de todos los estratos de la humanidad en una nueva creación, o tal vez el camino que han emprendido muchas naciones al conferir excesiva importancia al desarrollo económico y a las posesiones materiales, dejando a un lado las cosas del espíritu? ¿La vía de la implantación de una nueva ética de disfrute temporal en lugar de la ley de Dios? ¿La vía de una falsa libertad que no es más que esclavitud y decadencia? ¿Será el camino del sometimiento de la dignidad de la persona humana al dominio totalitario del Estado? ¿El camino de una violenta lucha de clases? ¿El camino de exaltar la revolución por encima de Dios?

¿La nueva ética del disfrute temporal en lugar de la ley de Dios?

La dignidad de la persona humana sometida al totalitarismo del Estado

Irlanda debe elegir. Vosotros, generación actual del pueblo irlandés, debéis decidir; vuestra elección debe ser clara, y vuestra decisión, firme. Dejad que la voz de vuestros antepasados, que tanto sufrieron por mantener su fe en Cristo y por conservar, así, el alma de Irlanda, resuene hoy en vuestros oídos a través de la voz del Papa cuando repite las palabras de Cristo: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si luego malogra su vida?» (*Mt. 16, 26*). ¿Qué le aprovecha a Irlanda seguir el fácil camino del mundo si luego sufre la pérdida de su propio espíritu?

La voz de los antepasados que tanto sufrieron por mantener su fe y conservar el alma de Irlanda resuena a través de la voz del Papa

En cierto sentido, parece que vuestra tierra está viviendo de nuevo las tentaciones de Cristo: a Irlanda se le está pidiendo que prefiera los «reinos del mundo y su esplendor» al Reino de Dios (cf. *Mt. 4, 8*). Satán, el tentador, el adversario de Cristo, utilizará todo su poder y todos sus artificios por ganar a Irlanda para el estilo de vida del mundo. ¡Qué victoria conseguiría, qué golpe infligiría al Cuerpo de Cristo en el mundo si pudiera seducir a los hombres y mujeres irlandeses y apartarlos de Cristo! Este es un momento de prueba para Irlanda. Esta generación es, una vez más, una generación que ha de decidir.

Satanás tienta otra vez a los hombres de hoy para que prefieran los reinos del mundo al reino de Dios

La vida y la cultura de los pueblos estaba penetrada por la Gracia de Dios

En el pasado, Irlanda desplegó un notable esfuerzo por hacer que las cosas de Dios y la vida de la gracia penetrara en toda su cultura, su lenguaje y su estilo de vida. En cierto sentido, la vida se organizó en torno a acontecimientos religiosos. La tarea de esta generación de hombres y mujeres irlandeses es la de transformar este mundo más complejo de la industria moderna y la vida urbana mediante el mismo espíritu

Hoy debemos conservar para Dios la ciudad y la empresa

evangélico. Hoy, debéis conservar para Dios la ciudad y la empresa, al igual que siempre hicisteis en el pasado con la granja y la comunidad rural. En muchos lugares, el progreso material ha llevado a un descenso de la fe y del crecimiento en Cristo, a un descenso del crecimiento en el amor y en la justicia.

Todo el pueblo debe orar para no caer en la tentación

Queridos hijo se hijas de Irlanda, rezad, rezad para no caer en la tentación. En mi primera Encíclica pedía una «grande, intensa y creciente plegaria por todo el pueblo de Irlanda, por la Iglesia de Irlanda, por toda la Iglesia, que tanto debe a Irlanda. Rogad para que Irlanda no sucumba en la prueba. Rezad como Jesús nos enseñó a hacerlo: «No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal».

Ante todo, tener una inmensa confianza en los méritos de nuestro Señor Jesucristo y en el poder de su muerte y resurrección. Precisamente por la fuerza de su misterio pascual es por lo que cada uno de nosotros y toda Irlanda podemos decir: «Todo lo puedo hacer en aquél que me fortalece» (*Flp. 4, 13*).

(Homilía Misa en Limerick, Irlanda, 1 octubre 1979)

EUROPA DEBE FUNDAR SU UNIDAD EN SUS RAICES CRISTIANAS

Configurar el futuro partiendo de su identidad cristiana, misión actual de los pueblos de Europa

El mundo necesita una Europa que tome nuevamente conciencia de su fundamento cristiano y de su identidad y que, a la vez, esté dispuesta a configurar su propio presente y futuro a partir de ahí. Europa fue el primer continente con el que el cristianismo se familiarizó profundamente y el que, a partir de ello, experimentó un empuje espiritual y material inconmensurable. ¿No es posible crear también hoy nuevos impulsos y fuerzas para una amplia renovación espiritual-moral y política de Europa a partir del mismo fundamento ideal, mediante una seria toma de conciencia, de manera que Europa pueda llevar a cabo, responsable y efectivamente, en el marco de la actual comunidad de pueblos, la misión espiritual que le corresponde?

(Discurso, 12 noviembre 1981)

Un grito espontáneo salió del corazón del Papa

El grito que me salió espontáneo del corazón el día inolvidable en que por vez primera en la historia de la Iglesia un Papa eslavo, hijo de la martirizada y siempre gloriosa Polonia, comenzaba su servicio pontifical, no era sino el eco del anhelo que impulsó a los Santos Cirilo y Metodio a afrontar su misión evangelizadora: «¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad... Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo!... Permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida!».

Europa tiene necesidad de Cristo

¡Europa tiene necesidad de Cristo! ¡Es preciso entrar en contacto con El, apropiarse su mensaje, su amor, su vida, su perdón, sus certezas eternas y exaltantes! Es necesario comprender que la Iglesia querida y fundada por El, tiene como finalidad única transmitir y garantizar la

La actual crisis de Europa demuestra la urgente necesidad y actualidad de recibir a Cristo y su Evangelio

verdad que El ha revelado, y mantener vivos y actuales los medios de salvación que ha instituido, es decir, los sacramentos y la oración. Esto lo comprendieron espíritus selectos y reflexivos, como Pascal, Newman, Rosmini, Soloviev, Norwid.

Nos encontramos en una Europa en la que se hace cada vez más fuerte la tentación del ateísmo y del escepticismo; en la que arraiga una penosa incertidumbre moral, con la disgregación de la familia y la degeneración de las costumbres; en la que domina un peligroso conflicto de ideas y de movimientos. La crisis de la civilización (Huizinga) y el ocaso de Occidente (Spengler) sólo significan la extrema actualidad y necesidad de Cristo y del Evangelio. El sentido cristiano del hombre, imagen de Dios, según la teología griega tan amada por Cirilo y Metodio y profundizada por San Agustín, es la raíz de los pueblos de Europa y es necesario remitirse a ello con amor y buena voluntad para dar paz y serenidad a nuestra época: sólo así se descubre el sentido humano de la historia, que en realidad es «Historia de la salvación».

(Discurso, 6 noviembre 1981)

Europa no hallará su unidad por vías económicas y políticas, sino sólo basándose nuevamente en el Cristianismo

Europa tiene necesidad de Cristo y del Evangelio, porque aquí están las raíces de todos los pueblos. ¡Escuchad también vosotros este mensaje!

Europa, que a pesar de sus actuales y duraderas divisiones de los regímenes, de las ideologías y de los sistemas económico-políticos, no puede cesar de buscar su *unidad fundamental, debe mirar al cristianismo*. A pesar de las distintas tradiciones que existen en el territorio europeo, en su parte Oriental y Occidental, encontramos allí el mismo cristianismo que tiene su origen en el mismo y único Cristo, que acepta la misma Palabra de Dios, que conecta con los mismos doce Apóstoles. Precisamente esto está en las raíces de la historia de Europa. Esto forma su genealogía espiritual.

El cristianismo debe comprometerse nuevamente en la formación de la unidad espiritual de Europa. Las solas razones económicas y políticas no son capaces de hacerlo. Debemos ir más al fondo: a las razones éticas.

(Homilía Misa Czestochowa, 5 junio 1979)

OPCIONES SOCIALES INCOMPATIBLES CON LA FE CRISTIANA

La unidad, fundamento previo del pluralismo

Existe, debe existir, una unidad fundamental, que está antes que todo pluralismo y que es la única que permite al pluralismo no sólo ser legítimo, sino deseable y fructuoso. Esta unidad consiste en la fidelidad a esa verdad total sobre el hombre, de la que he hablado, y a las exigencias y normas morales que brotan de ella. En relación con ellas y con la enseñanza del Magisterio que las propone, el pluralismo no es legítimo, cuando de un modo u otro nos divide en lo que constituye el *fundamento* mismo del compromiso del cristiano en la sociedad. Por tanto, se ve el vínculo tan profundo que existe entre la unidad que debe haber en cada cristiano, de la que he hablado al comienzo, y la unidad de la que estoy hablando ahora. La «disociación» o la «oposición artificial», de que habla el Concilio, entre la fe y el compromiso social está frecuentemente en el

Es ilegítimo el pluralismo que enfrenta al Magisterio

Las coyunturas históricas no pueden legitimar opciones incompatibles con la fe

origen de una disociación incluso en las comunidades cristianas. Efectivamente, el pluralismo debe, en todo caso, respetar sus límites intrínsecos y no puede menos de tener en cuenta el contexto histórico en el que el cristiano está llamado a actuar.

Ese contexto histórico, en particular, no puede hacer legítimas para el cristiano opciones incompatibles con la fe cristiana o con los valores irrenunciables del hombre y que, por tanto, en la práctica, significarían y constituirían una renuncia al carácter específico propio del cristiano, favoreciendo en la teoría y en la práctica la afirmación de una visión de sociedad que contradice las exigencias más profundas de la persona humana.

(Discurso, 31 octubre 1981)

La herencia racionalista del liberalismo laicista entraña una radical negación del Cristianismo

Veo, ante todo, *el estrato profundo y espléndido del cristianismo*, la corriente espiritual y cristiana que ha tenido también su apogeo «contemporáneo», siempre vivo y presente, como ya he dicho. Pero en ese conjunto han aparecido las *otras, bien conocidas, corrientes de una potente elocuencia y eficacia negativa*. Por una parte, está toda la herencia racionalista, iluminista, cientifista del llamado «liberalismo» laicista en las naciones del Occidente, que ha traído consigo la negación radical del cristianismo; por otra parte, está la ideología y la práctica del «marxismo» ateo, que ha llegado, puede decirse, a las extremas consecuencias de sus postulados materialistas en las diversas denominaciones actuales.

(Turín, 13 abril 1980)

La ideología y la práctica del marxismo ateo, últimas consecuencias del materialismo

Sistemas políticos en los que sólo el ateísmo y la irreligión tienen derecho de ciudadanía

«La limitación de la libertad religiosa de las personas y de las comunidades no es sólo una experiencia dolorosa», aseguraba en mi Encíclica, «sino que ofende sobre todo a la dignidad misma del hombre, independientemente de la religión profesada o de la concepción que ellas tengan del mundo». Y añadía que, puesto que la increencia, la falta de religión o el ateísmo, sólo pueden ser entendidos en relación a la religión y a la fe, es difícil aceptar «una postura según la cual sólo el ateísmo tiene derecho de ciudadanía en la vida pública y social, mientras que los hombres creyentes, casi por principio, son apenas tolerados, o también tratados como ciudadanos de «categoría inferior», e incluso —cosa que ya ha ocurrido— son privados totalmente de los derechos de ciudadanía» (*Redemptor hominis*, 17). Por esta razón la Iglesia cree, sin dudas ni vacilaciones, que *una ideología atea no puede ser la fuerza motora y orientadora* para el avance y el bienestar de los individuos o para la promoción de la justicia social, cuando priva al hombre de la libertad que Dios le ha dado, de su inspiración espiritual y de la fuerza para amar como es debido a su prójimo.

(Discurso Cuerpo Diplomático en Nairobi, 6 mayo 1980)

Ideologías ateas no pueden promover la justicia social

El marxismo priva al hombre de su libertad y de la fuerza del amor

El empeño en favor de ese pueblo, que la Iglesia presta con espíritu de Madre, desea ofrecerlo en actitud de profundo respeto a las instituciones y convicciones de cada ciudadano. Cree, sin embargo, que una ideología atea no puede ser el instrumento orientador del esfuerzo de promoción de la justicia social, porque priva al hombre de su libertad, de la inspiración espiritual y de la fuerza del amor al hermano, que tiene su fundamento más sólido operante en el amor a Dios.

(Discurso Obispos de Nicaragua, 17 abril 1980)

EL ESTADO AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD

Promover la justicia y el bien común es el fin y fundamento del poder político

La Iglesia ha enseñado siempre el deber de actuar por el bien común y, al hacer esto, ha educado también buenos ciudadanos para cada Estado. Ella, además, ha enseñado siempre que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad; de aquí derivan sus derechos fundamentales. Precisamente en nombre de estas premisas concernientes al orden ético objetivo, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado, se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos. Sin esto se llega a la destrucción de la sociedad, a la oposición de los ciudadanos a la autoridad, o también a una situación de opresión, de intimidación, de violencia, de terrorismo, de los que nos han dado bastantes ejemplos los totalitarismos de nuestro siglo.

Se invoca el bien del Estado cuando se trata tan sólo del bien del partido, identificado con el Estado

Ya desde la primera mitad de este siglo, en el período en que se estaban desarrollando varios totalitarismos de Estado, los cuales —como es sabido— llevaron a la horrible catástrofe bélica, la Iglesia había delinado claramente su postura frente a estos regímenes que en apariencia actuaban por un bien superior, como es el bien del Estado, mientras la historia demostraría en cambio que se trataba solamente del bien de un partido identificado con el Estado. (*Encíclica «Redemptor hominis»*)

No se respetan las libertades cuando el Estado sustituye la libre iniciativa social

Estas libertades no serían respetadas, ni en la letra ni en el espíritu, si prevalece la tendencia de atribuir al Estado y a las demás expresiones territoriales del poder público una función concentradora y exclusiva de organización y de gestión directa de los servicios o de rígidos controles que terminarían con desnaturalizar su propia función legítima de promoción, de impulso, de integración y también —si fuera necesario— de sustitución de la iniciativa de libres formaciones sociales de acuerdo con el principio de subsidiariedad.

El Estado no debe restringir la libertad de los individuos, familias y asociaciones privadas

El episcopado italiano —como se sabe— ha manifestado también recientemente sus preocupaciones por el peligro real de que queden restringidos los espacios efectivos de libertad, de que sea reducida y cada vez más limitada la libre acción de las personas, de las familias, de los cuerpos intermedios, de las mismas asociaciones civiles y religiosas, en favor del poder público con el resultado de «irresponsabilizar y crear presupuestos peligrosos de una colectividad, que pierde al hombre, suprimiendo sus derechos fundamentales y sus libres capacidades de expresión» (comunicado de la CEI, de enero de 1978).

Se pretende suprimir seculares instituciones de caridad cristiana

De igual forma, el mismo episcopado italiano ha expresado la preocupación de que obras beneméritas, que durante siglos, bajo el impulso de la caridad cristiana se han preocupado de los huérfanos, de los ciegos, de los sordomudos, de los ancianos, de toda clase de necesitados, gracias a la generosidad de los donantes y al sacrificio personal, a veces heroico, de religiosas y de religiosos, y que por razón de disposiciones legislativas tenían que haber asumido, contrariando su voluntad, la figura única de instituciones públicas de asistencia y beneficencia —con una cierta garantía, por otra parte, respecto a sus fines institucionales—, sean suprimidas o en cualquier caso no suficiente y eficazmente garantizadas.

(*Discurso a la Unión de Juristas Católicos Italianos, 15 noviembre 1798*)

EL HOMBRE RECIBE SUS DERECHOS DE DIOS

La dignidad la recibe cada hombre, no de los demás, sino de Dios

Respeto a la dignidad humana, a la dignidad de cada hombre, mujer y niño, a la dignidad que posee todo ser humano, no porque le haya sido adjudicada por los otros hombres, sino porque la ha recibido de Dios: ésta es la actitud fundamental a adoptar si se quiere conseguir un progreso real.

(Alocución al Presidente de Kenia, 7 mayo 1980)

Proclamar los derechos humanos sin anteponerlos a los derechos de Dios

Pido a Dios que cada brasileño, de nacimiento o de adopción, respete y vea siempre respetados los derechos fundamentales de toda persona humana.

Proclamar y defender tales derechos, sin anteponerlos a los derechos de Dios ni silenciar los deberes a que corresponden, es una constante de vida de la Iglesia, en virtud del Evangelio que le está confiado.

(locución al Presidente y autoridades de la República del Brasil, lunes 30 junio 1980)

La realidad desmiente las proclamas humanistas

Nunca se ha oído exaltar tanto la dignidad y el derecho del hombre a una vida hecha a medida del hombre, pero también nunca como hoy ha habido afrentas tan patentes a estas declaraciones.

(Alocución del 22 de diciembre de 1979 a los cardenales y prelados de la Curia Romana)

Personas y gobiernos violan impunemente derechos fundamentales de la persona, como el derecho a nacer

Uno se ve obligado a constatar divergencias, al parecer crecientes, entre las significativas declaraciones de las Naciones Unidas y el aumento masivo, a veces, de violaciones de derechos humanos en todos los sectores de la sociedad y del mundo. Esto sólo puede entristecernos y dejarnos insatisfechos del actual estado de cosas.

¿Quién puede negar que hoy en día hay personas individuales y poderes civiles que violan impunemente derechos fundamentales de las personas humanas, tales como el derecho a nacer, el derecho a la vida, el derecho a la procreación responsable, al trabajo, a la paz, a la libertad y a la justicia social, el derecho a participar en las decisiones que conciernen al pueblo y a las naciones?

¿Y qué se puede decir cuando nos encontramos ante formas varias de violencia colectiva, tales como la discriminación racial de individuos y grupos, la tortura física y psicológica de prisioneros y disidentes políticos?

(Mensaje en el XXV aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, 10 diciembre 1978)

El derecho a la libertad no incluye el derecho al mal moral, como el de suprimir la vida humana mediante el aborto

Es necesario concebir estos derechos en su justo significado. El derecho a la libertad, por ejemplo, no incluye evidentemente el derecho al mal moral, como si se pudiese reclamar, entre otros, el derecho a suprimir la vida humana, como en el caso del aborto, o la libertad para usar materias nocivas para sí o para los demás. Del mismo modo, no se debería tratar de los derechos del hombre sin tener en cuenta también sus deberes correlativos, que traducen con precisión su propia responsabilidad y su respeto de los derechos de los demás y de la comunidad.

(Alocución al Cuerpo Diplomático, 14 enero 1980)

QUIEN EMPUÑE LA ESPADA, A ESPADA MORIRA

No cerrar los ojos a la injusticia, pero tampoco buscar soluciones por el odio y el terrorismo

La ideología de la revolución causa del terrorismo

La violencia, el terror y la muerte no construyen la paz

La violencia es inadmisible porque es el mal, que destruye lo que pretende defender

La violencia es una mentira que va contra la verdad de nuestra fe y nuestra humanidad

Nadie llame al asesinato por otro nombre que el de asesinato

Sólo el perdón, el amor y la paz son de Cristo

El cristianismo no nos manda que cerremos los ojos a los difíciles problemas humanos. No nos permite o impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por caminos del odio, del asesinato de personas indefensas, con métodos terrorísticos. Y diría más: el cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia, pero se opone decididamente a fomentar el odio y a promover o provocar la violencia o la lucha por sí misma. El mandato «no matarás» debe guiar la conciencia de la humanidad, si no se quiere repetir la terrible tragedia y destino de Caín.

Debemos, ante todo, tomar clara conciencia de dónde están las causas de esta dramática lucha. Debemos llamar por su nombre a esos sistemas e ideologías que son responsables de esta lucha. Debemos también pensar si la ideología de la revolución sirve al bien verdadero de vuestro pueblo, al verdadero bien del hombre. ¿Es posible construir el bien de los individuos y de los pueblos sobre el odio, sobre la guerra? ¿Es justo empujar a las jóvenes generaciones por el camino del fratricidio? ¿No es necesario buscar soluciones a nuestros problemas por otros caminos? ¿La lucha fratricida no hace más urgente la búsqueda de soluciones pacíficas, empeñando todas nuestras energías?

La paz no puede ser establecida por la violencia, la paz no puede florecer nunca en un clima de terror, de intimidación o de muerte. El mismo Jesús dijo: «Cuantos empuñan la espada, a espada morirá» (Mt. 26, 52). Esta es la palabra de Dios, la que ordena a los hombres de esta generación violenta desistir del odio y la violencia y arrepentirse.

Quiero hoy unir mi voz a la voz de Pablo VI y de mis predecesores, a las voces de vuestros jefes religiosos, a las voces de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para proclamar, con la convicción de mi fe en Cristo y con la conciencia de mi misión, que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. Pido con vosotros que el sentido moral y la convicción cristiana de los hombres y mujeres irlandeses no sean nunca obnubilados y embotados por la mentira de la violencia, que nadie pueda llamar nunca al asesinato con otro nombre que el de asesinato, que a la espiral de la violencia no se le dé nunca la distinción de lógica inevitable o de represalia necesaria. Recordemos las palabras que permanecerán para siempre: «Cuantos empuñan la espada, a espada morirán.»

A todos los que me estáis escuchando quiero decir: no creáis en la violencia; no sostengáis la violencia. No es éste el camino cristiano. No es el camino de la Iglesia católica. Creed en la paz, en el perdón y en el amor, porque son de Cristo.

LA VIOLENCIA Y EL ODIOS SON ENEMIGOS DE LA JUSTICIA

Dicen que buscan la justicia, pero la violencia destruye la justicia

Quisiera dirigirme ahora a los hombres y mujeres comprometidos en la violencia. Os hablo con lenguaje de abogado apasionado. Os suplico de rodillas que abandonéis los senderos de la violencia y volváis a los caminos de la paz. Podéis decir que buscáis la justicia. También yo creo en la justicia y busco la justicia. Pero la violencia retrasa el día de la justicia. La violencia destruye la obra de la justicia. Además, la violencia en Irlanda no conseguirá más que arrastrar a la ruina al país que vosotros afirmáis amar y cuyos valores afirmáis apreciar. En nombre de Cristo os suplico: volved a Cristo, que murió para que los hombres pudiesen vivir en perdón y en paz. El os está esperando, anhelando que cada uno de vosotros venga a él para poder deciros: tus pecados están perdonados, vete en paz.

Jóvenes atrapados en organizaciones terroristas sólo volviendo a Cristo hallaréis la paz

Hago una llamada a los jóvenes que pueden ser atrapados en organizaciones comprometidas en la violencia. Os digo con todo el amor que siento por vosotros, con toda la confianza que tengo en los jóvenes: no escuchéis las voces que hablan el lenguaje del odio, de la revancha, de la venganza. No sigáis a ningún líder que os lleve por caminos que infligen muerte. No penséis que la valentía y la fuerza se prueban matando y destruyendo. La verdadera valentía está en trabajar por la paz. La verdadera fuerza consiste en uniros con los jóvenes de vuestra generación de todas partes para construir una sociedad justa, humana y cristiana por los caminos de la paz. La violencia es enemiga de la justicia. Solamente la paz puede conducir por el camino de la verdadera justicia.

La verdadera valentía es trabajar por la paz

Queridos jóvenes: aunque hayáis sido atrapados en los caminos de la violencia, incluso hayáis llevado a cabo actos de violencia, volved a Cristo, cuyo don de despedida al mundo fue la paz. Solamente si volvéis a Cristo hallaréis paz para vuestras conciencias perturbadas y reposo para vuestras almas angustiadas.

Los padres deben enseñar a sus hijos cómo se perdona

Y a vosotros, padres y madres, quiero decir: enseñad a vuestros niños cómo se perdona; haced de vuestros hogares lugar de amor y de perdón; haced de vuestras calles y vecindarios centros de paz y reconciliación. Sería un crimen contra la juventud y su futuro permitir que un niño crezca sin otra experiencia que la violencia y el odio.

(Discurso en Drogheda [Irlanda], 29 septiembre 1979)

El odio engendra la muerte; hay que vencer el mal con el bien

¡Ay si no sabemos pensar y decir claramente que no existen mejoras sociales fundadas sobre el odio, sobre la destrucción! El odio engendra la muerte. ¡Debemos, en cambio, ser portadores del bien, apóstoles de la caridad, defensores de la vida! Y en esto debemos estar fuertemente unidos todos. No nos puede dividir ningún aspecto, ninguna ideología, ninguna concepción personal de la vida, del destino humano, porque el problema es claro en sí, el bien y el mal son cosas bien claras en sí y debemos estar profundamente unidos con la más grande solidaridad para vencer el mal con el bien.

(Discurso en Turín, 13 abril 1980)

SOLO LA ORACION PUEDE HUMANIZAR EL TRABAJO

El desarrollo no ha de implicar la descristianización

La oración, necesaria para humanizar el trabajo

El hombre no puede encontrarse a sí mismo sino en Dios

La tentación de renegar de Dios y dedicarse sólo al trabajo

El corazón humano no se satisface con bienes materiales

El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo

Tengo que alabar hoy a la Divina Providencia, dándole gracias porque en esta tierra el enorme desarrollo de la industria —desarrollo del trabajo humano— ha ido acompañado con la construcción de iglesias, con la erección de parroquias, con la profundización y reforzamiento de la fe. Porque el desarrollo *no ha implicado la descristianización*, la rotura de esa alianza que en el alma humana deben concluir trabajo y oración, según el lema de los benedictinos *Ora et labora*. La oración, que en todo trabajo humano aporta referencia a Dios Creador y Redentor, contribuye al mismo tiempo *a la total «humanización» del trabajo*. «El trabajo existe... para que nos elevemos» (C. K. Norwid). Precisamente el hombre, que por voluntad del Creador ha sido llamado desde el principio a dominar la tierra mediante el trabajo, ha sido creado también a imagen y semejanza de Dios mismo. De ningún otro modo puede encontrarse a sí mismo, confirmar que es él, si no es buscando a Dios en la oración.

Queridísimos hermanos y hermanas. Hombres del trabajo duro de Slesia, de Zaglebie y de toda Polonia. *No os dejéis seducir por la tentación* de que el hombre pueda encontrarse plenamente a sí mismo, renegando de Dios, borrando de su vida la oración, permaneciendo solamente trabajador, juzgando equivocadamente que sólo sus productos pueden colmar las necesidades del corazón humano. «No sólo de pan vive el hombre» (*Mt.* 4, 4). Lo dice quien conoce el corazón humano y ha dado pruebas suficientes de preocuparse de las necesidades materiales. «La oración del Señor» contiene también la petición del pan. Sin embargo, no de sólo pan vive el hombre. Permaneced fieles a las experiencias de las generaciones que han cultivado esta tierra, que han sacado a la superficie sus tesoros escondidos, con Dios en el corazón, con la oración en los labios. *Conservad lo que ha sido la fuente de la fuerza* de vuestros padres y de vuestros antepasados, de vuestras familias, de vuestras comunidades. «La oración y el trabajo» se conviertan en nueva fuente de fuerza para esta generación y también en los corazones de vuestros hijos, nietos y bisnietos.

(Homilía Misa en Jasna Góra, 6 junio 1979)

El hombre, en efecto, según el plan primitivo de Dios, es llamado a convertirse en señor de la tierra, a «dominarla» (*Gén.* 1, 28), por la superioridad de su inteligencia y la actividad de sus manos: *él es el centro de la creación*. «El primer fundamento del valor del trabajo —o por eso mismo, de su dignidad— es el mismo hombre». La dignidad de la propia persona que trabaja ha de ser la base y el criterio a tener presente, cuando se trata de valorar cualquier especie de trabajo manual o intelectual. En realidad, el protagonista y fin del trabajo, su verdadero creador y artífice, incluso en las más humildes y monótonas actividades, es siempre el hombre, como persona. Es el hombre que fue creado a «imagen de Dios».

Si el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo, la solución progresiva de los problemas del mundo del trabajo debe buscarse en el esfuerzo por crear una conciencia más justa, más cristiana y más humana.

DIOS CREA AL HOMBRE SEÑOR Y NO ESCLAVO DEL TRABAJO

Los sindicatos no han de promover la lucha de clases, sino los justos derechos de los hombres del trabajo

No hay solución mediante el odio y la violencia

El beneficio y el lucro no pueden prevalecer sobre el hombre

El hombre ha de ser sujeto protagonista de la economía, y no esclavo de las cosas y de los sistemas

Mediante el trabajo el hombre se hace colaborador de Dios

La doctrina social católica no piensa que los sindicatos sean solamente el reflejo de una estructura «de clase» de la sociedad, como no piensa que sean el exponente de una lucha de clases, que inevitablemente rijan la vida social. Son, eso sí, un exponente de la lucha por la justicia social, por los justos derechos de los hombres del trabajo según sus diversas profesiones. Esta «lucha», como ya decía en la aludida Encíclica *Laborem exercens*, «debe ser vista como una dedicación normal de las personas en favor del justo bien; en este caso, por el bien que corresponde a las necesidades y a los méritos de los hombres del trabajo asociados por profesiones; pero no es una lucha «contra» los demás (n. 20).

Por tanto, también está en vuestras manos procurar la solución de vuestros problemas. Pero jamás con el odio o la violencia.

El cristianismo nos enseña a amar a todos los hombres, incluso cuando se defienden los propios intereses y se está empeñado en una lucha reivindicativa. No se puede pensar sólo en sí mismo o en su propia categoría social. Todo ha de ser subordinado al bien común. No es justo ni cristiano que una clase, debido a las mayores posibilidades de presión, ofrecidas ya por la posición que ocupa en el contexto social ya por la fuerza combativa de que consiguió proveerse, prevalezca sobre las demás, menospreciando los legítimos derechos de las otras. Cada persona y cada clase, al exigir justicia para sí, debe igualmente atender a la promoción de la justicia y de los derechos de los demás.

(A los trabajadores en Oporto, 15 mayo 1982)

No me cansaré de afirmar que la economía y sus estructuras son válidas y aceptables únicamente cuando son humanas, es decir: hechas *por el hombre y para el hombre*. Y no pueden ser tales, si socavan la dignidad de cuantos —obreros y dirigentes— desarrollan allí su actividad; si debilitan sistemáticamente su sentido de la responsabilidad; si paralizan en ellos todo tipo de iniciativa personal, si, en resumen, no poseen un sentido y una lógica humana.

Deseo referirme ahora a algunos elementos que considero esenciales para que el orden social esté realmente inspirado en la justicia con respecto al trabajo humano.

En una sociedad que quiere ser justa y humana, *el beneficio y el lucro no pueden prevalecer sobre el hombre*: es absolutamente necesario que el hombre aparezca como sujeto de la economía y de las diversas estructuras de la producción. He escrito en la *Redemptor hominis*: «El hombre no puede renunciar a sí mismo, ni al puesto que le es propio en el mundo visible, no puede hacerse esclavo de las cosas, de los sistemas económicos, de la producción y de sus propios productos» (n. 6). Dios lo ha creado para que *sea señor y no esclavo del trabajo*.

En esta exigencia de justicia se deben situar el derecho al trabajo y los demás derechos de los trabajadores.

El trabajo constituye, en efecto, uno de los grandes y fundamentales derechos inalienables del hombre, porque le da vida, serenidad, significado. Mediante el trabajo el hombre se hace *más plenamente hombre* y colaborador de Dios en el perfeccionamiento de la naturaleza. Es de

LA JUSTICIA POR SI SOLA NO BASTA, DEBE DEJARSE TRASCENDER POR EL AMOR

Promover fórmulas por las que el obrero pueda ser propietario de los medios de producción

La actuación de las propuestas formuladas en el campo católico a fin de conseguir que el obrero pueda considerarse co-propietario de los medios de producción, es un elemento básico de esa verificación a que antes aludía: no solamente para que el hombre del trabajo encuentre pleno sosiego en su aspiración al justo salario, sino también y sobre todo para que la justicia quede salvaguardada en todas las estructuras del proceso económico (cfr. *Laborem exercens*, 14).

Hay que fomentar los vínculos de solidaridad entre los hombres del trabajo

Todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, deseáis justamente que en vuestros talleres, en vuestras fábricas reine la justicia como dimensión fundamental de vuestras actividades laborales. ¿No es así? Eso os honra. ¡pero ciertamente no basta! Del mundo de vuestro trabajo debe también brotar la solución para realizar la justicia social: son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad *entre* los hombres del trabajo y *con* los hombres del trabajo, para crear la unión de corazones: una unión constructiva, sincera, animada por la formación moral y el espíritu de responsabilidad.

La justicia no basta, es preciso el amor

«La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite a esa fuerza más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones... Tal afirmación no disminuye el valor de la justicia, ni atenúa el significado del orden instaurado sobre ella; indica solamente, en otro aspecto, la necesidad de recurrir a las fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mínimo de la justicia» (*Dives in misericordia*, 12).

(Discurso a los obreros de Solvay, Livorno, 19 marzo 1982)

El trabajo en el campo mantiene al hombre cerca de Dios creador

Aquí en Limerick me encuentro en un área ampliamente rural, y muchos de vosotros sois gente del campo. Con vosotros me siento en mi casa, al igual que me sentía con la gente rural y los habitantes de las montañas de mi Polonia natal, y os repito aquí lo que les decía a ellos: Amad la tierra; amad el trabajo del campo porque os mantiene cerca de Dios, el Creador, de manera muy especial.

Los que emigran a las ciudades permanezcan fieles a sus tradiciones cristianas

A los que se han ido a las ciudades, bien de aquí o del extranjero, les digo: Manteneos en contacto con vuestras raíces de la tierra de Irlanda, con vuestras familias y vuestra cultura. Manteneos fieles a la fe, las oraciones y valores que aprendísteis aquí; y transmitid a vuestros hijos esta herencia, porque es rica y buena.

Homilía en Limerick, 1-X-79

V I D A C R I S T I A N A

EVOCACION DEL HOMBRE A LA LUZ DEL MISTERIO DE CRISTO REY

La palabra divina de la liturgia de hoy, que escuchamos con la máxima atención, nos introduce en la profundidad del misterio de Cristo Rey. De él nos hablan todas las lecturas. De forma particular, quiero llamar vuestra atención sobre las palabras de San Pablo a los fieles de Corinto. Establece una comparación entre las dos dimensiones de la existencia humana: la que es nuestra participación en Adán y la que obtenemos en Cristo.

La participación del hombre en Adán quiere decir desobediencia: «Non servian» (No serviré).

Y justamente aquel «no serviré», en el que el hombre parecía sentir la señal de la liberación y el reto de la propia grandeza a la medida del mismo Dios, se ha convertido en la fuente del pecado y de la muerte. Y somos todavía testigos de que aquel antiguo «no serviré» implica una múltiple dependencia y esclavitud del hombre. Es un argumento para un análisis profundo, difícil de hacer ahora en toda la extensión. Debemos contentarnos solamente con una alusión sencilla.

Cristo, el nuevo Adán, es aquel que entra en la historia del hombre justamente «para servir». «El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida» (Mat. 20,28): ésta es, en cierto sentido, la definición fundamental de su reino. En este servicio, según el modelo de Cristo, el hombre vuelve a encontrar su plena dignidad, su maravillosa vocación, realeza.

*Al laicado católico romano
en la festividad de Cristo Rey, 1978*

«EL PAPA ESPERA ASIMISMO DE VOSOTROS LA PLENA COHERENCIA DE VUESTRA VIDA CON VUESTRA PERTENENCIA A LA IGLESIA. ESA COHERENCIA SIGNIFICA TENER CONCIENCIA DE LA PROPIA IDENTIDAD DE CATOLICOS Y MANIFESTARLA, CON TOTAL RESPETO, PERO SIN VACILACIONES NI TEMORES.»

Juan Pablo II en México

LA VOCACION A LA SANTIDAD

La vocación universal a la santidad en la Iglesia, fue el llamamiento luminoso del Vaticano II, explicado en el capítulo V de la *Lumen gentium*. La Iglesia está fundamentalmente llamada a la santidad. Es deber de esta Sede Apostólica favorecer por todos los medios el camino ascensional del Pueblo de Dios, cuyos miembros, «de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena» (*Lumen gentium*, 40). Por tanto, las consecuencias de esta acción son beneficiosas también en el plano social de la convivencia y la tranquilidad en el orden.

Toda la acción de esta Santa Sede en la vida «*ad intra*» de la Iglesia, tiene como objetivo, según he dicho al comienzo, promover la santidad: desde la vida eucarística y sacramental, hasta la toma de conciencia de las responsabilidades inherentes a todo el Pueblo de Dios —obispos, sacerdotes, religiosos y fieles—, hasta el compromiso evangelizador a todo nivel.

Por ello, amadísimos hermanos y hermanas, ayudándome a llevar adelante esta obra cuyas líneas acabo de trazar, contribuís a la santificación de la Iglesia, a la elevación de la vida social, a la «consecratio mundi». Gracias, os digo, por esta aportación insustituible enriquecida con la carga interior de fidelidad y generosidad que cada uno y cada una trae al servicio diario de la Santa Sede. Es una colaboración cuya riqueza sólo de Dios es conocida y ¡El no la dejará sin recompensa!

La vocación a la santidad y el tesón por alcanzarla que obliga a todo el Pueblo de Dios, se transforma al mismo tiempo en signo de la «índole escatológica de la Iglesia peregrina» y de «su unión con la Iglesia celeste», tal y como está descrita en el capítulo VII de la Constitución dogmática *Lumen gentium*: «No tenemos aquí ciudad permanente, antes buscamos la futura» (Heb., 13, 14).

Son anillos luminosos de esta unión estrecha entre la vocación a la santidad de la Iglesia y su desembocadura en la gloria escatológica, las figuras de hombres y mujeres que han puesto en práctica heroicamente el doble mandamiento de amar a Dios y a los hermanos, y han sido proclamados, por ello, beatos y santos con actos solemnísimos del Supremo Magisterio para veneración de todos los fieles.

*A la Curia Romana,
28 junio 1982*

**La acción de la Iglesia
tiene como objetivo
promover la santidad**

«LA IGLESIA INDICA LA MANERA DE CONTRUIR LA SOCIEDAD EN FUNCION DEL HOMBRE, EN EL RESPETO AL HOMBRE. SU TAREA ES LA DE INTRODUCIR EN TODOS LOS CAMPOS DE LA ACTIVIDAD HUMANA EL FERMENTO DEL EVANGELIO.»

Juan Pablo II en Brasil

**La proyección de la fe
en la vida pública
y privada**

EL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

Los laicos, que por vocación divina comparten toda la realidad mundana, inyectando en ella su fe, hecha realidad en la propia vida pública y privada (cf. Sant., 2,17), son los protagonistas más inmediatos de la renovación de los hombres y de las cosas. Con su presencia activa de creyentes, trabajan en la progresiva consagración del mundo a Dios (cf. *Lumen Gentium*, n. 34). Esta presencia se compagina con toda la economía de la religión cristiana, la cual, es una doctrina, pero es sobre todo un acontecimiento: el acontecimiento de la Encarnación, Jesús Hombre-Dios que ha recapitulado en sí el universo (cf. Ef. 1,10); corresponde al ejemplo de Cristo, quien ha hecho también del contacto físico un vehículo de comunicación de su poder restaurador (cf. Mc., 1,41 y 7,33; Mt., 9,29 ss. y 20,34; Lc., 7,14 y 8,54); es inherente a la índole sacramental de la Iglesia, la cual, hecha signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. *Lumen Gentium*, n. 1), ha sido llamada por Dios a estar en permanente comunión con el mundo para ser en él la levadura que lo transforma desde dentro (cf. Mateo, 13,33).

**El desconocimiento de la
dimensión espiritual, un
atentado contra el hombre**

El apostolado de los laicos, así entendido y puesto en práctica, confiere pleno sentido a todas las manifestaciones de la historia humana, respetando su autonomía y favoreciendo el progreso exigido por la naturaleza propia de cada una de ellas. Al mismo tiempo, nos da la clave para interpretar en plenitud el sentido de la historia, ya que todas las realidades temporales, como los acontecimientos que las manifiestan, adquieren su significado más profundo en la dimensión espiritual que establece la relación entre el presente y el futuro (cf. Heb., 13,14). El desconocimiento o la mutilación de esta dimensión, se convertiría, de hecho, en un atentado contra la esencia misma del hombre.

*Homilía en la catedral de Oaxaca,
29 enero 1979*

«SON LOS SEGLARES, COMPROMETIDOS INDIVIDUALMENTE O ASOCIADOS EN ORGANISMOS DE APOSTOLADO PARA LA DIFUSION DEL REINO DE DIOS... QUIENES HAN DE CONSAGRAR EL MUNDO A CRISTO EN MEDIO DE LAS TAREAS COTIDIANAS Y EN LAS DIVERSAS FUNCIONES FAMILIARES Y PROFESIONALES, EN INTIMA UNION Y OBEDIENCIA A LOS LEGITIMOS PASTORES.»

Juan Pablo II en México

LA APOSTASIA DE LA FE. MISTERIO DE INIQUIDAD

La tentación del abandono de la fe

Pero ¿no es verdad que en vuestra sociedad, tal como la experimentáis en vuestro medio ambiente, hay no pocos que, confesándose cristianos, andan vaiclantes o han perdido el rumbo? ¿Y no se opeda eso, de modo pernicioso, particularmente en los jóvenes? ¿No se hace patente de algún modo la multiforme *tentación del abandono de la fe* de la que habla el Apóstol en su Carta?

La Palabra de Dios de la liturgia de hoy nos permite vislumbrar el *amplio horizonte* de una tal apostasía de la fe, como parece perfilarse precisamente en nuestro siglo, y nos aclara sus *dimensiones*.

Se quiere erradicar a Dios del corazón del hombre y de la sociedad

San Pablo escribe: «El misterio de iniquidad está ya en acción...» (2 Tes., 2,7). ¿No podemos afirmar esto mismo respecto a nuestro tiempo? *El poder oculto de la iniquidad*, de la apostasía, tiene, según las palabras de la Carta de San Pablo, una estructura interna y una determinada progresión dinámica: «...ha de manifestarse el hombre de la iniquidad..., el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo» (2 Tes., 2,3-4). También aquí tenemos una *estructura interna del rechazo*, de la *erradicación de Dios* del corazón del hombre y de la erradicación de Dios de la sociedad humana, y todo esto con el propósito, como se dice, de una total «*humanización*» del hombre, es decir, de hacer del hombre el Hombre en sentido absoluto y colocarlo, en cierto modo, en el lugar de Dios, de «*divinizarlo*» como quien dice. Por otra parte, esta estructura es ya muy antigua; ya aparecía en el principio, como advertimos en los primeros capítulos del Génesis: la tentación de sustituir el «carácter divino» (de la imagen y semejanza de Dios), otorgado al hombre por su Creador, por la «divinización» del hombre frente a Dios (o sin Dios), como aparece claramente en las concepciones ateas de algunos sistemas actuales.

Se está huyendo de la verdad y se corre tras los ídolos

Quien se niega a aceptar la fundamental verdad de la realidad; quien se erige en medida de todo, situándose así en el lugar que ocupa Dios; quien más o menos conscientemente afirma poder prescindir de Dios, creador del mundo, de Cristo, liberador de los hombres; quien, en lugar de buscar a Dios, corre tras los ídolos, siempre está huyendo de la única verdad capaz de fundamentar nuestra existencia y de ponerla a salvo.

*Theresienwiese, Munich,
19 noviembre 1980*

«LA EFICACIA DE TODO LO QUE HACEMOS DEPENDE DE NUESTRA UNION CON JESUS, DE NUESTRA SANTIDAD DE VIDA.

Juan Pablo II en Africa

EL TESTIMONIO DE LOS MARTIRES

Como a Cristo, también a los mártires se les trata de acusar por motivos políticos

La fuerza de esta fe y la fuerza de la esperanza que proviene de Dios son más potentes que el castigo y que la misma muerte. Los mártires dan testimonio de Cristo precisamente por esta fuerza de la fe y de la esperanza. En efecto, ellos, semejantes a El en la pasión y en la muerte, proclaman, al mismo tiempo, la potencia de su resurrección.

Es un deber especial de todos los cristianos, según la tradición heredada de los primeros siglos, estar espiritualmente cercanos a todos aquellos que sufren violencia a causa de su fe. Diría más: aquí se trata también de una solidaridad debida a las personas y a las comunidades cuyos derechos fundamentales son violados o incluso totalmente conculcados. Debemos orar para que el Señor sostenga a estos hermanos nuestros con su gracia en estas difíciles pruebas. Y queremos orar también por quien los persigue, repitiendo la invocación de Cristo en la cruz, dirigida al Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

No olvidemos a los mártires de nuestro tiempo

Muy frecuentemente se trata de calificar a los mártires como «culpables de reatos políticos». También Cristo fue condenado a muerte aparentemente por este motivo: porque afirmaba que era rey (cf. Lc., 23,2). Por esto, no olvidemos *a los mártires de nuestro tiempo*. No nos comportemos como si no existieran. Demos gracias a Dios porque ellos han superado victoriosamente la prueba. Imploramos la fuerza del Espíritu Santo para los perseguidos que todavía deben medirse con esta prueba. Que se cumplan en ellos las palabras del Maestro: «Yo os daré un lenguaje y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lc., 21,15).

Los mártires construyen la Ciudad de Dios

Permanezcamos en comunión *con los mártires*. Ellos abren el cauce más profundo del río divino de la historia. Ellos construyen los fundamentos más consistentes de esa ciudad divina que se eleva hacia la eternidad. El autor del Libro de la Sabiduría proclama: «(Dios) los probó como el oro en el crisol, y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto» (Sab., 3,6).

5-X-80

Homilía en Otranto

«TODOS LOS CRISTIANOS, INCORPORADOS A CRISTO Y A SU IGLESIA MEDIANTE EL BAUTISMO, ESTAN CONSAGRADOS A DIOS. SON LLAMADOS A PROFESAR LA FE QUE HAN RECIBIDO.»

Juan Pablo II en Irlanda

LA INFANCIA ESPIRITUAL

Es necesario hacerse pequeño para entrar en el Reino de los cielos

Para entrar en el Reino de los Cielos es necesario tener sentimientos grandes, inmensos, universales; pero es necesario saber contentarse con pequeñas cosas, con los compromisos ordenados por la obediencia, por la voluntad de Dios, como se expresan en el instante que pasa, con las alegrías cotidianas ofrecidas por la Providencia; es necesario hacer de todo trabajo, por oculto y modesto que sea, una obra maestra de amor y de perfección.

Es necesario hacerse pequeño para entrar en el Reino de los Cielos. Recordemos la genial intuición de Santa Teresa de Lisieux cuando meditó el versículo de la Sagrada Escritura: «Si alguno es verdaderamente pequeño, que venga a mí» (Pro., 9,4). Descubrió que el sentido de la «pequeñez» era como un ascensor que más de prisa y más fácilmente la conduciría a la cumbre de la santidad: «Tus brazos, oh Jesús, son el ascensor que me debe elevar hasta el cielo. Por ello no tengo necesidad, efectivamente, de hacerme grande; más bien es necesario que permanezca pequeña y que lo siga siendo cada vez más.» («Historia de un alma», manuscrito c, capítulo X.)

*Homilía a las Religiosas clarisas
en Castelgandolfo*

LA ORACION UN GRITO A LA MISERICORDIA DE DIOS

Ante el secularismo del mundo de hoy es más necesario recurrir al Dios de la misericordia

La Iglesia proclama la verdad de la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, y la profesa de varios modos. Además, trata de practicar la misericordia para con los hombres a través de los hombres, viendo en ello una condición indispensable de la solicitud por un mundo mejor y «más humano», hoy y mañana. Sin embargo, en ningún momento y en ningún período histórico —especialmente en una época tan crítica como la nuestra— la Iglesia puede olvidar *la oración, que es un grito a la misericordia de Dios* ante las múltiples formas de mal que pesan sobre la humanidad y la amenazan. Precisamente éste es el fundamental derecho-deber de la Iglesia en Jesucristo: es el derecho-deber de la Iglesia para con Dios y para con los hombres. La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra «misericordia», sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más *la Iglesia tiene el derecho y el deber* de recurrir al Dios de la misericordia «con poderosos clamores». Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación cierta ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas.

*Alocución,
30 noviembre 1980*

IMPORTANCIA DE LA CATEQUESIS

¿Qué servicio es más hermoso que el del catequista que anuncia la Palabra divina, que se une con amor, confianza y respeto a su hermano para ayudarlo a descubrir y realizar los designios providenciales de Dios sobre él?

La catequesis no es sólo enseñanza, es transmisión de un mensaje de vida

Pero se trata también de una tarea extremadamente ardua y delicada, porque la catequesis no es mera enseñanza, sino transmisión de un mensaje de vida, como nunca será posible encontrar en otras expresiones del pensamiento humano, aun en las más sublimes.

Quien dice mensaje dice algo más que doctrina. En efecto, ¡cuántas doctrinas jamás llegan a ser mensaje!

El mensaje no se limita a proponer ideas: exige una respuesta, puesto que es interpelación entre personas, entre el que propone y el que responde.

El mensaje es vida. Cristo anunció la Buena Nueva, la salvación y la felicidad: «Bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los mansos, bienaventurados los perseguidos...» (cf. Mt., 5,3-11); y además: «Os dejo mi paz, os doy mi alegría» (cf. Jn., 14,27; 15,11). Las multitudes lo escuchaban porque veían en él la esperanza y la plenitud de la vida (cf. Jn., 10,10).

No traicionar la palabra de Dios

Además, es preciso respetar este mensaje divino, pues el hombre no es juez de la palabra y la obra de Dios (cf. *Catechesi tradendae* n. 17, 29, 30, 49, 52, 58, 59). Debe respetarla manteniéndose fiel, sobre todo, a Cristo, a su verdad, a su mandato —sin esto habría alteración traición—, y al hombre, destinatario de la Palabra y el mensaje del Señor. Y no al hombre abstracto, imaginario, sino al hombre concreto que vive en el tiempo, con sus dramas, sus esperanzas. Es a este hombre a quien se debe anunciar el Evangelio, para que en él y por él reciba del Espíritu Santo la fuerza para realizarse plenamente, en la integridad de su ser y de sus valores.

La eficacia de la catequesis, por consiguiente, dependerá en gran parte de esta su capacidad de dar un sentido, el sentido cristiano, a todo lo que constituye la vida del hombre en su tiempo, hombre entre los hombres, ciudadano entre los ciudadanos.

*Porto Alegre, Brasil. Actos catequistas,
5 julio 1980*

«LOS MUROS, LOS CAMPANARIOS DE LAS IGLESIAS, LAS CRUCES EN LAS ENCRUCIJADAS, LAS IMAGENES SANTAS EN LAS PAREDES DE LAS CASAS Y DE LAS HABITACIONES, TODO ESTO CATEQUIZA DE ALGUN MODO.»

Juan Pablo II a los polacos.

LA CATEQUESIS EN LA FAMILIA

La misión de la padres en la educación cristiana

Antes que nada, *la catequesis en la familia*. En los primeros años de vida de los niños, se lanzan las bases y el fundamento de su futuro. Por eso mismo, los padres tienen que comprender la importancia de su misión a este respecto. En virtud del bautismo y del matrimonio son ellos los primeros catequistas de sus hijos; en efecto, educar es continuar el acto de la generación. En esta edad, Dios pasa de manera particular «a través de la intervención de la familia» (*Directorio catequístico general* 79).

Las primeras verdades de la fe, los niños las aprenden de sus padres

Los niños tienen necesidad de aprender y de ver a sus padres que se aman, que respetan a Dios, que saben explicar las primeras verdades de la fe (cf. *Catechesi tradendae* 36), que saben exponer el «contenido cristiano» en el testimonio y en la perseverancia «de una vida de todos los días vivida según el Evangelio» (*ibid.*, 68).

Importancia de la oración de la madre

El testimonio es fundamental. La Palabra de Dios es eficaz en sí persona que la anuncia. Esto vale en manera particular para los niños misma, pero adquiere sentido concreto cuando se vuelve realidad en la que aún no tienen condiciones para distinguir entre la verdad anunciada y la vida del que la anuncia. Para el niño no hay distinción entre la madre que reza y la oración; más aún, la oración tiene valor especial porque la reza la madre.

La fe no es una opción para realizar en la edad madura

Que no suceda, amadísimos padres que me escucháis, que vuestros hijos lleguen a la madurez humana, civil y profesional, quedando niños en asuntos de religión. No es exacto decir que la fe es una opción para realizar en la edad madura. La verdadera opción supone el conocimiento; y nunca podrá haber elección entre cosas que no fueron propuestas sabias y adecuadamente.

*Porto Alegre, Brasil.
Actos catequistas, 5-VII-80*

«DEBEMOS SER FIELES A LA IGLESIA QUE NACIDA, UNA VEZ POR TODAS, DEL DESIGNIO DE DIOS, DE LA CRUZ, DEL SEPULCRO ABIERTO DEL RESUCITADO Y DE LA GRACIA DE PENTECOTES, NACE DE NUEVO CADA DIA, NO DEL PUEBLO O DE LAS OTRAS CATEGORIAS RACIONALES, SINO DE LAS MISMAS FUENTES DE LAS CUALES NACIO EN SU ORIGEN.»

Juan Pablo II en México

LA ACTIVIDAD MISIONERA

Vuestra actividad misionera os impulsa a revelar a todos, pequeños o grandes, el «misterio escondido desde los siglos» (Col., 1,26), a mostrarles el rostro de Dios, a alimentarlos con los sacramentos, a enseñarles el camino de la oración, el espíritu de las Bienaventuranzas. Pero esa actividad se complementa con lo mucho que tendréis que hacer también para ayudar a los necesitados a promoverse pasando de situaciones de miseria y abandono, indignas de hijos de Dios, a condiciones de vida más humanas. Así hicieron legiones de misioneros antes que vosotros aquí mismo en América Latina, aquí mismo en Brasil.

Lo que importa —lo digo aquí en homenaje a la conciencia que ciertamente ya tenéis de ello— es que el precio de vuestra acción a favor de la promoción material de las personas no implique ni remotamente la disminución de vuestra actividad estrictamente religiosa. Sería un peligroso contratestimonio, tanto más grave si dais la impresión de hacerlo bajo el impulso de cualquier imperativo ideológico. La experiencia muestra además que el testimonio, los pronunciamientos y la acción de la Iglesia, en cualquiera de sus niveles, sólo tiene credibilidad y verdadera eficacia en el campo social si están basados en un testimonio, pronunciamientos y acción aún más intensos en su campo principal, que es el de la educación de la fe y el de la vida sacramental. Si la Iglesia hace esto de verdad, es su mejor forma de preparar cristianos que actúen en una línea de profunda inspiración cristiana y sin riesgo de desviaciones.

*Manaus, Brasil,
11 julio 1980*

«PERTENECER A LA IGLESIA, VIVIR EN LA IGLESIA, SER IGLESIA ES HOY ALGO MUY EXIGENTE. TAL VEZ NO CUESTE LA PERSECUCION CLARA Y DIRECTA, PERO PODRA COSTAR EL DESPRECIO, LA INDIFERENCIA, LA MARGINACION.»

Juan Pablo II en México



«LA IGLESIA PARECE PROFESAR DE MANERA PARTICULAR LA MISERICORDIA DE DIOS Y VENERARLA DIRIGIENDOSE AL CORAZON DE CRISTO.»

Dives in Misericordia

EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

A través del bautismo somos *incorporados a Cristo*. Aceptamos su promesa y sus mandamientos.

El significado del bautismo queda reflejado en el simbolismo del rito sacramental. El agua, derramada sobre nosotros, habla del poder redentor del sufrimiento, de la muerte y de la resurrección de Cristo, que nos lavan la herencia del pecado y nos hacen pasar de un reino de tinieblas a un reino de luz y de amor. Mediante el bautismo somos sumergidos en la muerte de Cristo (bautizados, como dice San Pablo, en su muerte), para resucitar con El en su resurrección (cf. Rom., 6, 3-5). La unción de nuestras cabezas con óleo significa que somos fortalecidos con el poder de Cristo y nos convertimos en templos vivos del Espíritu Santo.

Estamos en la octava de Pentecostés, fiesta precisamente del Espíritu Santo, que *desciende sobre nosotros en el bautismo*. Uno de los más bellos pasajes de la liturgia de Pentecostés fue escrito por un inglés, Stephen Langton, arzobispo de Canterbury. En seis versos concisos y penetrantes invoca la acción del Espíritu Santo sobre nosotros:

*Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.*

La mayoría de los afligidos de nuestra época y de épocas pasadas pueden muy bien encomendarse a esta plegaria, que refleja una confianza sin límites en el poder del Espíritu Santo, a quien la plegaria va dirigida.

El bautismo crea unos *lazos sacramentales de unidad* que vinculan a todos los que han renacido mediante él. Pero el bautismo, de por sí, es sólo un principio, un punto de partida, pues está orientado a la plenitud de la vida en Cristo (cf. *Unitatis redintegratio*, 22). El bautismo es el fundamento de la unidad que todos los cristianos tienen en Cristo: unidad que debemos tratar de perfeccionar. Cuando establecemos con claridad el privilegio y el deber del cristiano, sentimos toda vergüenza de no haber sido capaces de mantener la plena unidad de fe y caridad que Cristo quiso para su Iglesia.

Nosotros, los bautizados, tenemos una tarea común a realizar como hermanos y hermanas en Cristo. El mundo tiene necesidad de Jesucristo y de que nosotros resucitamos con El, y de que en el bautismo nos ha Dios Hijo nació, fue crucificado y murió para salvarnos, de que resucitó y de que nosotros resucitamos con El, y de que en el bautismo nos ha marcado por vez primera con la señal de su Espíritu, integrándonos en *una comunidad de amor y de testigos de su verdad*.

28-V-82. Westminster

**Somos incorporados
a Cristo**

**Confianza en el poder
del Espíritu Santo**

**El mundo tiene necesidad
de Cristo**

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Con su muerte de cruz, Cristo nos enseña a dar sentido a nuestro sufrimiento. En su pasión descubrimos la inspiración y la fortaleza para huir de cualquier tentación de resentimiento y para ir creciendo, a través del dolor, en una nueva vida.

El sufrimiento nos une a Cristo

El sufrimiento es una invitación a asemejarnos más al Hijo en el cumplimiento de la voluntad del Padre. Nos ofrece la oportunidad de imitar a Cristo, que murió para redimir del pecado a la humanidad. Así, el Padre ha dispuesto que el sufrimiento pueda enriquecer al individuo y a toda la Iglesia.

Somos conscientes de que la unción de los enfermos aprovecha a la persona en su totalidad. Hallamos demostrado este punto en los textos litúrgicos de la celebración sacramental: «Que este óleo sea un remedio para todos los que son ungidos con él; los sane en el cuerpo, en el alma y en el espíritu, y los libre de toda aflicción.»

La unción es, por tanto, fuente de fortaleza tanto para el alma como para el cuerpo. La oración de la Iglesia pide que sea perdonado el pecado y todo resto de pecado (cf. DS., 1969). Implora también por el restablecimiento de la salud, pero siempre para que la *salud corporal aumente la unión con Dios* mediante el aumento de la gracia.

Con confianza debemos recibir este sacramento

Deberíamos acercarnos a este sacramento con gran espíritu de confianza, como el leproso del Evangelio que acabamos de proclamar. Ni la desesperación de la condición del hombre le impidió que se acercara con confianza a Jesús. *También nosotros debemos creer en el amor de Cristo que sana y reafirmar que nada nos separará de ese amor.* Jesús está deseando decir: «Quiero, sé limpio» (Mt., 8, 3); cúrate; fortalécete; sé salvo.

*Seuthpork,
28 mayo 1982*

EL PERDON DE LOS PECADOS, DON FUNDAMENTAL DE LA REDENCION

Antes del primer Pentecostés, Jesús dijo a sus discípulos: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn., 20,23). Estas palabras de nuestro Salvador nos recuerdan *el don fundamental de nuestra redención: el don del perdón de nuestros pecados y de vernos reconciliados con Dios.* La remisión de los pecados es un don totalmente libre e inmerecido, una novedad de vida que nunca podríamos merecer. Dios nos lo concede por su misericordia. Como escribió San Pablo: «Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación» (2 Cor., 5, 18).

*Liverpool. Catedral Cristo Rey,
6 junio 1982*

LA CRUZ DE CRISTO NOS CONQUISTO EL PERDON DE NUESTROS PECADOS

La misericordia de Dios es más poderosa que ningún mal

No hay pecado que no pueda ser perdonado, si nos acercamos al trono de la misericordia con un corazón conrito y humillado. Ningún mal es más poderoso que la infinita misericordia de Dios. Al hacerse hombre, Jesús entró completamente dentro de nuestra experiencia humana, incluso hasta el punto de sufrir el final y más cruel efecto del poder del pecado: la muerte de cruz. Realmente se hizo uno como nosotros en todo menos en el pecado. Pero el mal, a pesar de todos sus poderes, no venció. Muriendo, Cristo destruyó nuestra muerte; resucitando, restauró nuestra vida; en sus heridas hemos sido curados, y nuestros pecados perdonados. Por este motivo, cuando el Señor se apareció a sus discípulos tras la resurrección, les mostró sus manos y su costado. Quería que viesen que se había conseguido la victoria; que viesen que El, Cristo resucitado, había *transformado los signos del pecado y de la muerte en símbolos de esperanza y de vida*.

Con su victoria en la cruz, Jesucristo nos conquistó el perdón de nuestros pecados y la reconciliación con Dios. Estos son los dones que Cristo nos ofrece cuando da el Espíritu Santo a la Iglesia, pues dijo a los Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn. 20, 23). Mediante el poder del Espíritu Santo, *la Iglesia continúa la obra de Cristo de reconciliar al mundo consigo*. A través de todas las épocas, la Iglesia sigue siendo la comunidad de los que han sido reconciliados con Dios, la comunidad de quienes han recibido la reconciliación deseada por Dios Padre y conseguida con el sacrificio de su amado Hijo.

También por su naturaleza misma, la Iglesia es siempre reconciliadora, procurando para los demás el don que ella misma ha recibido, el don de haber sido perdonada y hecha una con Dios. Y realiza eso de diferentes modos, pero especialmente mediante los sacramentos, y en particular a través de la penitencia. En este consolador sacramento, conduce a cada uno de los fieles a Cristo; y, a través del ministerio de la Iglesia, Cristo mismo nos depara perdón, fortaleza y misericordia. Mediante este sacramento, altamente personal, Cristo continúa encontrándose con los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Restaura la unidad donde hay división, derrama su luz sobre reina la oscuridad, y concede una esperanza y una alegría que el mundo nunca podría dar. Mediante este sacramento la Iglesia proclama al mundo las infinitas riquezas de la misericordia de Dios, esa misericordia que ha derrumbado las barreras que nos separaban de Dios y de los demás.

Mediante el sacramento de la penitencia, la Iglesia proclama la misericordia de Dios

«LA PERSONA QUE SABE CONFESAR LA VERDAD DE LA CULPA Y PIDE PERDON A DIOS, ACRECIENTA LA PROPIA DIGNIDAD HUMANA Y DA MUESTRAS DE GRANDEZA ESPIRITUAL.»

Juan Pablo II a los irlandeses

DEMOS LA MAYOR IMPORTANCIA AL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Este día de Pentecostés, cuando la Iglesia proclama el acto reconciliador de Cristo y el poder de su Espíritu Santo, me dirijo a todos los fieles del país, y a todos los otros miembros de la Iglesia que pueden oír mi voz o leer mis palabras: queridos, demos *la mayor importancia al sacramento de la penitencia* en nuestras propias vidas. Luchemos por salvaguardar lo que describí en mi primera Encíclica como el «derecho de Cristo a encontrarse con cada uno de nosotros en aquel momento-clave de la vida del alma, que es el momento de la conversión y del perdón» (*Redemptor hominis*, 20). Y en particular os pido, queridos sacerdotes, que seáis conscientes de lo cerca y lo efectivamente que podéis colaborar con el Salvador en la divina obra de la reconciliación. Puede que, por falta de tiempo, tengan que ser abandonadas o pospuestas algunas actividades importantes, pero nunca la confesión. Dad siempre prioridad a este papel específicamente sacerdotal de representar al Buen Pastor en el sacramento de la penitencia. Y conforme vayáis testimoniando y alabando la maravillosa acción del Espíritu Santo en los corazones humanos, vosotros mismos os iréis sintiendo llamados a una mayor conversión y a un amor más profundo por Cristo y su rebaño.

6-VI-82

Liverpool. Catedral de Cristo Rey

LOS VIAJES MISIONEROS DEL PAPA

«MIENTRAS EL SEÑOR ME DE VIDA Y FUERZAS, NO DEJARE DE ANUNCIAR ESTA VERDAD, DE «GRITARLA» SOBRE LOS TERRADOS», COMO QUIERE EL MAESTRO (CF. MT., 10,27), EN ROMA Y DONDEQUIERA QUE PUEDA LLEGAR CON MIS VIAJES MISIONEROS: JESUCRISTO ES NUESTRO REDENTOR, EN SU NOMBRE ESTA VUESTRA SALVACION, EN SU EVANGELIO SE HALLA EL CAMINO, LA VERDAD, LA VIDA DE QUE TIENEN TANTA NECESIDAD LOS HOMBRES DE HOY.»

(30 setiembre 1980)

LA CONFESION EXIGENCIA PARA LA UNION CON DIOS EN LA EUCARISTIA

La confesión, en su verdadera naturaleza, es la condición para la unión con Dios, que alcanza su máxima expresión en la Eucaristía. Nuestra unión con Cristo en la Eucaristía presupone a su vez estar nuestros corazones orientados a la conversión, ser puros. Esta, en verdad, es parte importante de nuestra predicación al pueblo. En mi encíclica he tratado de expresar estas cosas con las siguientes palabras: «Cristo, que invita a Ibanquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta a la penitencia, que repite el "convertíos".» Sin este constante y siempre renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía quedaría privada de su plena eficacia redentora (*Redemptor Hominis*, 20).

Frente a un difundido fenómeno de nuestro tiempo, según el cual muchos entre nuestras gentes que reciben la comunión hacen un uso escaso de la confesión, debemos subrayar la invitación fundamental de Cristo a la conversión. Debemos reafirmar también que el encuentro personal con Cristo el cual perdona en el Sacramento de la Reconciliación, es un medio divino que mantiene despierta en nuestros corazones y en nuestras comunidades una conciencia del pecado en su perenne y trágica realidad, y que, efectivamente, produce, con la acción de Jesús y el poder de su Espíritu, frutos de conversión en la justicia y en la santidad de la vida. Con este sacramento somos renovados en el fervor, reforzados en nuestras resoluciones y apoyados por el estímulo divino.

*A los Obispos de los Estados Unidos de América,
5 octubre 1979*

«LA PRACTICA DE LA VIRTUD DE LA PENITENCIA Y EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA SON INDISPENSABLES A FIN DE SOSTENER EN NOSOTROS Y PROFUDIZAR CONTINUAMENTE EL ESPIRITU DE VENERACION, QUE EL HOMBRE DEBE A DIOS MISMO Y A SU AMOR TAN ADMIRABLEMENTE REVELADO.»



«EN ESTE SACRAMENTO CADA HOMBRE PUEDE EXPERIMENTAR DE MANERA SINGULAR LA MISERICORDIA, ES DECIR, EL AMOR QUE ES MAS FUERTE QUE EL PECADO.»

Dives in Misericordia

LA SAGRADA EUCARISTIA CENTRO DE NUESTRA FE

El Sagrado Corazón manifestó el amor misericordioso de Cristo

La meditación del amor manifestado en la pasión, debe conducirnos también a vivir de acuerdo con las exigencias del bautismo, con esta purificación de nuestro ser mediante el agua brotada del corazón de Cristo; a vivir de acuerdo con la llamada que, por su gracia, nos dirige cada día. Que ahora El nos conceda «vigilar y orar» para no caer en la tentación. Que nos conceda entrar espiritualmente en su misterio; tener nosotros, como dice San Pablo, los sentimientos de Cristo Jesús... «que se hizo obediente hasta la muerte» (Flp. 2, 5-8).

Así somos llamados a responder plenamente a su amor, a consagrarle nuestras actividades, nuestro apostolado, toda nuestra vida.

No estamos llamados sólo a meditar y a contemplar este misterio del amor de Cristo; estamos llamados a participar en él. Es el misterio de la Sagrada Eucaristía, centro de nuestra fe, centro del culto que rendimos al amor misericordioso de Cristo manifestado en su Sagrado Corazón, misterio adorado día y noche aquí en esta basílica, que de esta manera se convierte en uno de esos centros de donde el amor y la gracia del Señor irradian misteriosa pero realmente sobre vuestra ciudad, sobre vuestro país y sobre todo el mundo redimido.

En la Sagrada Eucaristía celebramos la presencia siempre nueva y activa del único sacrificio de la cruz, en el que la redención se hace acontecimiento eternamente presente, indisolublemente ligado a la intercesión misma del Salvador.

El sentido de la Adoración Perpetua

En la Sagrada Eucaristía comulgamos con el mismo Cristo, único sacerdote y única hostia, que nos arrastra en el movimiento de su ofrenda y de su adoración, El que es la fuente de toda gracia.

En la Sagrada Eucaristía —ése es también el sentido de la adoración perpetua—, entramos en este movimiento del amor de donde fluye todo progreso interior y toda eficacia apostólica: «Cuando fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí» (Jn. 12, 32).

(Montmartre, 1 junio 1980)

«NUESTRA PARTICIPACION PLENA EN LA EUCARISTIA ES LA FUENTE VERDADERA DEL ESPIRITU CRISTIANO QUE DESEAMO VER EN NUESTRA VIDA PERSONAL Y EN TODAS LAS FACETAS DE LA SOCIEDAD.»

Juan Pablo II en Irlanda

LA MISION PROPIA DEL SACERDOTE

EL CUIDADO DE LA IGLESIA, MISION DE LOS OBISPOS

En este día santo, la liturgia nos introduce en el cenáculo, donde, con sentimientos de gratitud, nos ponemos a la escucha de las palabras del divino Maestro, palabras llenas de solicitud para cada generación de obispos llamados a asumir, después de los apóstoles, el cuidado de la Iglesia, del rebaño, de la vocación de todo el Pueblo de Dios, del anuncio de la Palabra de Dios, de todo el ordenamiento sacramental y moral de la vida cristiana, de las vocaciones sacerdotales y religiosas, del espíritu fraterno en toda la comunidad.

Carta "Magnus Dies", 8-IV-1979

CUIDAD QUE LOS SACERDOTES SEAN FIELES SEGUN LA TRADICION DE LA IGLESIA

Se renueve también vuestro amor hacia los sacerdotes que el Espíritu Santo os ha dado y confiado como los más estrechos colaboradores en vuestra tarea pastoral. Cuidadlos como hijos predilectos, hermanos y amigos. Tened presente todas sus necesidades; preocupaos especialmente por su perfeccionamiento espiritual, por su perseverancia en la gracia del sacramento del sacerdocio.

Dado que en vuestras manos depositan —y renuevan cada año— sus promesas sacerdotales, y especialmente su compromiso de celibato, haced todo lo posible para que permanezcan fieles a estas promesas, tal como lo exige la santa tradición de la Iglesia, tradición nacida del mismo Espíritu del Evangelio.

Carta «Magnus Dies», 8-IV-79

«NO PERDAIS NUNCA DE VISTA PARA QUE HABEIS SIDO ORDENADOS:
PARA HACER PROGRESAR A LOS HOMBRES EN LA VIDA DIVINA.»

Juan Pablo II en Francia

NECESIDAD DE LOS SEMINARIOS ECLESIASTICOS

Es necesario crear un clima espiritual para que surjan vocaciones

Cuando oramos por las vocaciones, pedimos no sólo esa semilla que únicamente el Espíritu Santo puede derramar en el alma de un joven, sino que pedimos también todo lo que es indispensable para el desarrollo de esta misma semilla. El agricultor del que se habla en la liturgia de hoy no sólo espera la lluvia para su tierra, sino que hace además todo lo que es indispensable para el *cultivo* de la semilla sembrada. Para la obra de las vocaciones es necesaria la paciencia, pero también un perseverante y consiguiente trabajo interior. Son necesarios *los seminarios eclesiásticos* con un programa adecuado en el ámbito de la educación y del estudio. Es necesario un clima espiritual, que proviene de diversas fuentes; de la convicción sobre la importancia de la vocación, de una literatura apropiada y de publicaciones oportunas, del compromiso de las familias y, finalmente, del influjo de los mismos Pastores de almas, los cuales, con el tenor de su vida y de su conducta, encarnan el ideal que se ha de seguir.

Las vocaciones no pueden nacer donde falta todo esto, donde se ponen obstáculos a todo esto, donde no se emprenden honestos y fundamentales esfuerzos en este sentido para *preparar la venida del Señor* a las almas, a las que El quiere llamar a su servicio indiviso.

*Alocución,
14 diciembre 1980*

LA IRRENUNCIABLE MISION DEL SACERDOCIO

El sacerdote no es un delegado de la comunidad

La misión del sacerdocio no es un simple título jurídico. No consiste precisamente en un servicio eclesial prestado a la comunidad, delegado por ella y, por tanto, revocable por la misma comunidad o renunciabile por libre decisión del «funcionario». Se trata, por el contrario, de una real e íntima transformación por la que pasó vuestro organismo sobrenatural gracias a una «señal» divina, el «carácter» que os habilita para obrar *in persona Christi* (haciendo las veces de Cristo), y por eso os califica en relación a El como instrumentos vivos de su acción.

El sacerdote, exclusiva propiedad del Señor

Comprenderéis ahora cómo el sacerdote se convierte en un «*segregatus in Evangelium Dei*» (elegido para anunciar el Evangelio de Dios; cf. Rom. 1,1); no pertenece a este mundo, sino que se halla, de ahora en adelante, en un estado de exclusiva propiedad del Señor. El carácter sagrado le afecta de modo tan profundo que orienta integralmente todo su ser y su obrar hacia un destino sacerdotal. De modo que no queda en él ya nada de lo que pueda disponer, como si no fuese sacerdote y, menos todavía, como si estuviese en contraste con tal dignidad. Aun cuando realiza acciones que, por su naturaleza, son de orden temporal, el sacerdote es siempre ministro de Dios. En él, todo, incluso lo profano, debe convertirse en «sacerdotalizado», como Jesús, que siempre fue sacerdote, siempre actuó como sacerdote, en todas las manifestaciones de su vida.

*2-VII-80
Homilía en Maracaná a los nuevos sacerdotes*

LA LAICIZACION DE LA VIDA SACERDOTAL TENTACION DE NUESTRA EPOCA

Los hombres, de entre los cuales hemos sido elegidos y para los cuales somos constituidos, quieren sobre todo ver en nosotros tal signo e indicación, y tienen derecho a ello. A veces podrá parecernos que no lo quieran, o que deseen que seamos en todo «como ellos»; a veces parece incluso que nos lo exijan. Aquí es necesario poseer un profundo «sentido de fe» y el «don del discernimiento». De hecho, es muy fácil dejarse guiar por las apariencias y ser víctima de una ilusión en lo fundamental. Los que piden la laicización de la vida sacerdotal y aplauden sus diversas manifestaciones, nos abandonarán sin duda cuando sucumbamos a la tentación; y entonces dejaremos de ser necesarios y populares. Nuestra época está caracterizada por varias formas de «manipulación» e «instrumentalización» del hombre, pero no podemos ceder a ninguna de ellas.

«No nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio si tratamos de “diluir” nuestro carisma sacerdotal a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales, si deseamos “aseglarar” nuestra manera de vivir y actuar, si cancelamos hasta los signos externos de nuestra vocación sacerdotal. Debemos mantener el significado de nuestra vocación singular, y tal “singularidad” se debe manifestar también en nuestra manera exterior de vestir. ¡No nos avergoncemos de ello! ¡Sí, estamos en el mundo! ¡Pero no somos del mundo!» (JUAN PABLO II, *Discurso al clero de Roma* [9 de noviembre de 1978] n. 3 *Enseñanzas al Pueblo de Dios* [1978] p. 171-172.

En definitiva, resultará siempre necesario a los hombres únicamente el sacerdote que es consciente del sentido pleno de su sacerdocio: el sacerdote que cree profundamente, que manifiesta con valentía su fe, que reza con fervor, que enseña con íntima convicción, que sirve, que realiza en su vida el programa de las bienaventuranzas, que sabe amar desinteresadamente, que está cerca de todos, y especialmente de los más necesitados.

Carta «Novo incipientes», 8-IV-79

«SED EDUCADORES DE LA FE, HOMBRES DE ORACION, TENED EL CELO Y LA HUMILDAD DEL QUE SIRVE, VIVID VUESTRA CONSAGRACION TOTAL AL REINO DE DIOS DE LA QUE ES SIGNO VUESTRO CELIBATO.»

Juan Pablo II a los sacerdotes en Africa

La singularidad del sacerdote también debe manifestarse en la manera de vestir

LA IDENTIDAD SACERDOTAL

Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de los hombres y de sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas «como sacerdotes». Sólo entonces, en el ámbito de todos esos problemas, somos nosotros mismos.

**La salvación eterna,
perspectiva de toda tarea
sacerdotal**

... Nuestra tarea es la de servir a la *verdad* y a la *justicia* en las dimensiones de la «temporalidad» humana, pero *siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna*.

... Los hombres, nuestros hermanos en la fe y también los no creyentes, esperan de nosotros que seamos capaces de señalarles siempre esta perspectiva, que seamos testimonios auténticos de ella, que seamos dispensadores de la gracia, que seamos servidores de la Palabra de Dios. Esperan que seamos hombres de oración.

**El celibato «don del
Espíritu»**

El celibato es precisamente un «don del Espíritu». Un don semejante, aunque diverso, se contiene en la vocación al amor conyugal verdadero y fiel, orientado a la procreación según la carne, en el contexto tan amplio del sacramento del matrimonio. Es sabido que este don es fundamental para construir la gran comunidad de la Iglesia, Pueblo de Dios. Pero, si esta comunidad quiere responder plenamente a su vocación en Jesucristo, será necesario que se realice también en ella —en proporción adecuada— ese otro «don»: el don del celibato «por el reino de los cielos».

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

SENTIDO SOCIAL DEL CELIBATO

... El celibato «por el reino de los cielos» no es sólo un «signo escatológico», sino porque tiene un gran sentido social en la vida actual para el servicio del Pueblo de Dios. El sacerdote, con su celibato, llega a ser «el hombre para los demás», de forma distinta a como lo es uno que, uniéndose conyugalmente con la mujer, llega a ser también él, como esposo y padre, «hombre para los demás», especialmente en el área de su familia: para su esposa y, junto con ella, para los hijos, a los que da la vida.

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

LA FIDELIDAD AL CELIBATO

**Mala fe en los ataques
al celibato**

Fruto de un equívoco —por no decir de mala fe— es la opinión, a menudo difundida, según la cual el celibato sacerdotal en la Iglesia católica sería simplemente una institución impuesta por ley a todos los que reciben el sacramento del orden. Todos sabemos que no es así. Todo cristiano que recibe el sacramento del orden acepta el celibato con plena conciencia y libertad, después de una preparación de años, de profunda reflexión y de asidua oración. El toma la decisión de vivir por vida el celibato sólo después de haberse convencido de que Cristo le concede este «don» para el bien de la Iglesia y para el servicio a los demás. Sólo entonces se compromete a observarlo durante toda su vida. Es claro que en adelante tal decisión obliga no sólo en virtud de la ley establecida por la Iglesia, sino también por la misma conciencia del deber personal expresamente aceptado. Se trata aquí de *mantener la palabra dada a Cristo y a la Iglesia*.

¿QUE HACER ANTE LA FALTA DE SACERDOTES?

La Iglesia se compromete a mantener el celibato sacerdotal y confía en Cristo

«¿Qué hemos de hacer?»: así parece que preguntáis vosotros, queridos hermanos, como tantas veces preguntaban al mismo Cristo Señor los discípulos y los que le escuchaban. ¿Qué debe hacer la Iglesia cuando parece que faltan sacerdotes, cuando su falta se hace notar; especialmente en algunos países y regiones del mundo? ¿De qué manera debemos responder a las inmensas necesidades de evangelización y cómo podemos saciar el hambre de la Palabra y del Cuerpo del Señor? La Iglesia, que se compromete a mantener el celibato de los sacerdotes como don particular por el reino de Dios, *profesa la fe y expresa la esperanza* en su Maestro, Redentor y Esposo, y a la vez, en el que es «dueño de la mies» y «dador del don». En efecto, «todo buen don y toda dávida perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces». Nosotros no podemos debilitar esta fe y esta confianza con nuestra duda humana o con nuestra pusilanimidad.

En consecuencia. Todos debemos convertirnos cada día. Sabemos que ésta es una exigencia fundamental del Evangelio, dirigida a todos los hombres, y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros. Si tenemos el deber de ayudar a los demás a convertirse, lo mismo debemos hacer continuamente en nuestra vida. Convertirse significa retornar a la gracia de nuestra vocación...

... Convertirse quiere decir «dar cuenta» en todo momento de nuestra fidelidad, ante el Señor de nuestros corazones...

... Convertirse significa «dar cuenta» también de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de nuestro modo de pensar «únicamente humano», y no «divino». Recordemos a este propósito la advertencia hecha por Cristo al mismo Pedro.

Convertirse quiere decir «orar en todo tiempo y no desfallecer».

Necesidad de la oración para la fidelidad a la vocación sacerdotal

La oración es en cierta manera la primera y última condición de la conversión, del progreso espiritual y de la santidad. Tal vez en los últimos años —por lo menos, y entre algunos determinados ambientes— se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la «identidad» del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y, por el contrario, se haorado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la «identidad» sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez da la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en el estado de constante tensión hacia Dios, cosa que es indispensable si queremos conducir a los demás a El. La oración nos ayuda a creer, a esperar y amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana.

Orar por la venida del Reino de Cristo

La oración nos consiente, además, descubrir continuamente las dimensiones de aquel reino por cuya venida rezamos cada día repitiendo las palabras que Cristo nos ha enseñado.

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

SACERDOCIO JERARQUICO Y SACERDOCIO COMUN

El sacerdocio del que participamos por medio del sacramento del orden, que ha sido «impreso» para siempre en nuestras almas mediante un signo especial de Dios, es decir, el «carácter», está relacionado explícitamente con el sacerdocio común de los fieles, o sea, de todos los bautizados y, al mismo tiempo, se diferencia de éste «esencialmente y no sólo en grado». De este modo cobran pleno significado las palabras que el autor de la carta a los Hebreos dice sobre el sacerdote, el cual, «tomado de entre los hombres, es sinstituido en favor de los hombres».

Carta «Novo incipiente», 8 abril 1979

EL SACERDOCIO ES IRRENUNCIABLE POR SER DON DE DIOS

Ya que el sacerdocio no es dado para servir incesantemente a los demás, como hacía Jesucristo, no es lícito renunciar al mismo a causa de las dificultades que encontramos o los sacrificios que se nos exigen. Igual que los apóstoles, «nosotros lo hemos dejado tod oy hemos seguido a Cristo»; debemos por eso, perseverar junto a El incluso en el momento de la cruz.

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

EL EJEMPLO DE LOS SACERDOTES SANTOS

...Sois siempre y ante todo portadores de vuestra específica vocación: sois portadores de la gracia de Cristo, eterno Sacerdote, y del carisma del Buen Pastor. No lo olvidéis jamás; no renunciéis nunca a esto; debéis actuar conforme a ello en todo tiempo, lugar y modo. En esto consiste el arte máxima a la que Jesucristo os ha llamado. «Arte de las artes es la guía de las almas», escribía San Gregorio Magno.

Os digo, por lo tanto, siguiendo sus palabras: Esforzaos por ser los «maestros» de la pastoral, como lo fueron ya muchos en la historia de la Iglesia. ¿Es necesario citarlos? Nos siguen hablando a cada uno de nosotros, por ejemplo, San Vicente de Paúl, San Juan de Avila, San Juan María Vianney, San Juan Bosco, el Beato Maximiliano Kolbe y tantos otros. Cada uno de ellos era distinto de los otros, era él mismo, era hijo de su época y «estaba al día» con respecto a su tiempo. Pero el «estar al día» de cada uno era una respuesta original al Evangelio, una respuesta necesaria para aquellos tiempos, era la respuesta de la santidad y del celo apostólico. No existe otra regla fuera de ésta para «estar al día» en nuestra vida y en la actividad sacerdotal, en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo. Indudablemente, no pueden considerarse un adecuado «estar al día» los diversos ensayos y proyectos de «aseglaramiento» de la vida sacerdotal.

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

La oración debemos unirla a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la *formación permanente*. Como recuerda justamente el documento emanado acerca de este tema por la Sagrada Congregación para el Clero, tal formación debe ser tanto interior, o sea, que mire a la vida espiritual del sacerdote, como pastoral e intelectual (filosófica y teológica).

**Junto con la oración,
la formación**

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

MARIA, MADRE DEL SACERDOTE

Deseo, por consiguiente, que todos vosotros, junto conmigo, encontréis en María la Madre del sacerdocio que hemos recibido de Cristo. Deseo, además, que confiéis particularmente a Ella vuestro sacerdocio. Permitid que yo mismo lo haga, *poniendo en manos de la Madre de Cristo* a cada uno de vosotros —sin excepción alguna— de modo solemne y, al mismo tiempo, sencillo y humilde. Os ruego también, amados hermanos, que cada uno de vosotros lo realice personalmente como se lo dicte su corazón, sobre todo el propio amor a Cristo-Sacerdote, y también la propia debilidad, que camina a la par con el deseo del servicio y de la santidad. Os lo ruego encarecidamente.

**Confiad a María
vuestro sacerdocio**

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

LA EXPERIENCIA MARIANA DEL PAPA

... Junto con el Pueblo de Dios, que mira a María con tanto amor y esperanza, vosotros debéis recurrir a ella con esperanza y amor excepcionales. De hecho, debéis anunciar a Cristo, que es su Hijo; ¿y quién mejor que su madre os transmitirá la verdad acerca de El? Tenéis que alimentar los corazones humanos con Cristo; ¿y quién puede haceros más conscientes de lo que realizáis sino la que lo ha alimentado? «¡Salve, oh verdadero Cuerpo, nacido de la Virgen María! Se da en nuestro sacerdocio ministerial *la dimensión espléndida y penetrante de la cercanía a la Madre de Cristo*. Tratemos, pues, de vivir en esta dimensión. Si es lícito recurrir aquí a la propia experiencia, os diré que, escribiéndolos, recorro sobre todo a mi experiencia personal.

**Para anunciar a Cristo
hay que acercarse a la
Madre de Cristo**

Carta «Novo incipientis», 8-IV-79

«CUANTO MAS DESCRISTIANIZADO SE HALLA EL MANDO O MAS FALTO DE MADUREZ EN SU FE, TANTO MAS TIENE NECESIDAD TAMBIEN DE SACERDOTES QUE ESTEN TOTALMENTE DEDICADOS A DAR TESTIMONIO DE LA PLENITUD DEL MISTERIO DE CRISTO.»

Juan Pablo II a los sacerdotes en Francia

LA PLEGARIA MARIANA DE JUAN PABLO II

Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María

«Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios.»

Pronunciando las palabras de esta antífona, con la que la Iglesia de Cristo reza desde hace siglos, me encuentro hoy en este lugar elegido por ti, Madre, y amado por ti de manera particular.

Estoy aquí, unido a todos los Pastores de la Iglesia con ese vínculo especial mediante el cual formamos un cuerpo y un colegio, como Cristo quiso que los apóstoles estuvieran unidos a Pedro.

En el vínculo de tal unidad pronuncio las palabras del presente acto, en el que quiero recoger, una vez más, las esperanzas y angustias de la Iglesia en el mundo actual.

Hace cuarenta años, y nuevamente diez años después, tu siervo el Papa Pío XII, teniendo ante sus ojos las dolorosas experiencias de la familia humana, *puso bajo tu confianza y consagró a tu Corazón Inmaculado* todo el mundo, y especialmente a los pueblos que eran objeto de tu amor y solicitud particular.

Este *mundo de los hombres y de las naciones* es el que hoy tengo ante los ojos yo también, en el momento en el que deseo renovar el ofrecimiento y la consagración realizada por mi predecesor en la Sede de Pedro. Este mundo contemporáneo, nuestro mundo de hoy.

La Iglesia, recordando las palabras del Señor: «Id, pues; enseñad a todas las gentes... Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28,19-20), ha renovado, en el concilio Vaticano II, la conciencia de *su misión en este mundo*.

Y por ello, *oh Madre de los hombres y de los pueblos*, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito, que, como movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón, y *abraza*, con el amor de la Madre y de la Sierva, este nuestro mundo humano, que ponemos bajo tu confianza y te consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De manera especial ponemos bajo tu confianza y te consagramos aquellos hombres y *naciones* que necesitan especialmente esta entrega y esta consagración.

«¡Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios!» *¡No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!*

¡No deseches!

¡Acoge nuestra humilde confianza y nuestra entrega!

«Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,16).

Precisamente este amor hizo que el Hijo de Dios se consagrara a sí mismo: «Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17,19).

En virtud de esta consagración, los discípulos de todos los tiempos están llamados a entregarse por la salvación del mundo, a añadir algo a los sufrimientos de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (cf. 2 Cor 12,15; Col 1,24).

Ante ti, Madre de Cristo, delante de tu Corazón Inmaculado, yo deseo en este día, juntamente con toda la Iglesia, unirme con nuestro Redentor en esta su consagración por el mundo y por los hombres, la única que en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y procura la reparación.

La *fuerza de esta consagración* dura para siempre y abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de despertar en el corazón del hombre y en su historia y que, de hecho, ha despertado en nuestros tiempos.

A esta consagración de nuestro Redentor, mediante el servicio del Sucesor de Pedro, *se une la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.*

¡Oh cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en la unidad con el mismo Cristo! En verdad, la obra redentora de Cristo debe ser participada por el mundo *por medio de la Iglesia.*

¡Oh cuánto nos duele, por tanto, todo lo que en la Iglesia y en cada uno de nosotros *se opone a la santidad y a la consagración!* ¡Cuánto nos duele que la invitación a la penitencia, a la conversión y a la oración no haya encontrado aquella acogida que debía!

¡Cuánto nos duele que muchos participen tan fríamente *en la obra de la redención de Cristo!* ¡Que se complete tan insuficientemente en nuestra carne «lo que falta a las tribulaciones de Cristo» (Col 1,24)!

¡Dichosas, pues, todas las almas que obedecen la llamada del Amor eterno! Dichosos aquellos que, día a día, con generosidad inagotable, acogen tu invitación, oh Madre, a realizar lo que dice tu Jesús (cf. Jn 2,5) y dan a la Iglesia y al mundo un testimonio sereno de vida inspirada en el Evangelio.

¡Dichosa *por encima de todas las criaturas* tú, Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeces a esta divina llamada!

¡Te saludamos a ti, que *estás totalmente unida* a la consagración redentora de tu Hijo!

¡ *Madre de la Iglesia,* ilumina al Pueblo de Dios por los caminos de la fe, la esperanza y la caridad! ¡Ayúdanos a vivir, con toda la verdad de la consagración de Cristo, en favor de toda la familia humana, en el mundo contemporáneo!

Al poner bajo su confianza, Madre, el mundo, todos los hombres y todos los pueblos, *te confiamos también la misma consagración en favor del mundo,* poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado, ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre nuestra época y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro!

¡Del hambre y de la guerra, *libranos!*

¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, *libranos!*

¡De los pecados contra la vida del hombre desde sus primeros instantes, *libranos!*

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *libranos!*

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *libranos!*

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, *libranos!*

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *libranos!*, ¡*libranos!*

¡Acoge, Madre de Cristo, este grito cargado del sufrimiento de todos los hombres, *cargado del dolor* de la sociedad entera!

¡Se manifieste, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder *del Amor misericordioso!* ¡Que este amor detenga el mal! ¡Que transforme las conciencias! ¡En tu Corazón Inmaculado se revele a todos *la luz de la Esperanza!*

Quiero dirigirte ahora una oración especial, oh Madre que conoces las ansiedades y las preocupaciones de tus hijos. Te suplico, con imploración ardiente y dolorida, que interpongas tu intercesión por la paz en el mundo, por la paz entre los pueblos, que, en diversas partes, contrastes de intereses nacionales y actos de prepotencia injusta se oponen sangrientamente entre sí. Te suplico, en particular, que cesen las hostilidades que dividen, ya hace muchos días, dos grandes países en las aguas del Atlántico Meridional, causando dolorosas pérdidas de vidas humanas. Haz que se encuentre finalmente una solución justa y honrosa entre las dos partes, no sólo para la controversia que las divide y amenaza con consecuencias imprevisibles, sino también y sobre todo para el restablecimiento entre ellas de la más digna y más profunda armonía, como conviene a su historia, a su civilización y a sus tradiciones cristianas. Que en breve la grave y preocupante controversia se supere y concluya, de tal manera que también se pueda realizar felizmente mi proyectado viaje pastoral a Gran Bretaña, para que sea satisfecho no sólo mi deseo personal, sino también el de todos aquellos que esperan ardientemente esta visita y que con tanto empeño y con todo el corazón la están preparando.

13-V-82

Juan Pablo II en Fátima

«SED FIELES A LOS EJERCICIOS DE PIEDAD MARIANA TRADICIONALES EN LA IGLESIA: LA ORACION DEL ANGELUS, EL MES DE MARIA Y, DE MODO MUY ESPECIAL, EL ROSARIO.»

Juan Pablo II a los brasileños

SENTIDO DE NUESTRA CONSAGRACION A MARIA

Cristo dijo en la cruz: «Mujer, he ahí a tu hijo.» Con estas palabras abre, de modo totalmente nuevo, el corazón de su Madre.

Instantes más tarde, la lanza del soldado romano atravesó el costado del Crucificado. Aquel corazón traspasado se ha convertido en el signo de la redención realizada por medio de la muerte del Cordero de Dios.

El Corazón Inmaculado de María, abierto por las palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo», se encuentra espiritualmente en el Corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado. El Corazón de María ha sido abierto *por el mismo amor hacia el hombre y el mundo* con el que Cristo ha amado al hombre y al mundo, ofreciéndose a sí mismo por ellos en la cruz, hasta aquella lanzada del soldado.

Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarnos, por intercesión de la Madre, a la misma *fuentes* de la vida, que brotó en el Gólgota. Este *manantial* corre ininterrumpidamente, brotando de él la redención y la gracia. Se realiza continuamente en él la separación por los pecados del mundo. Este manantial es fuente incesante de vida nueva y de santidad.

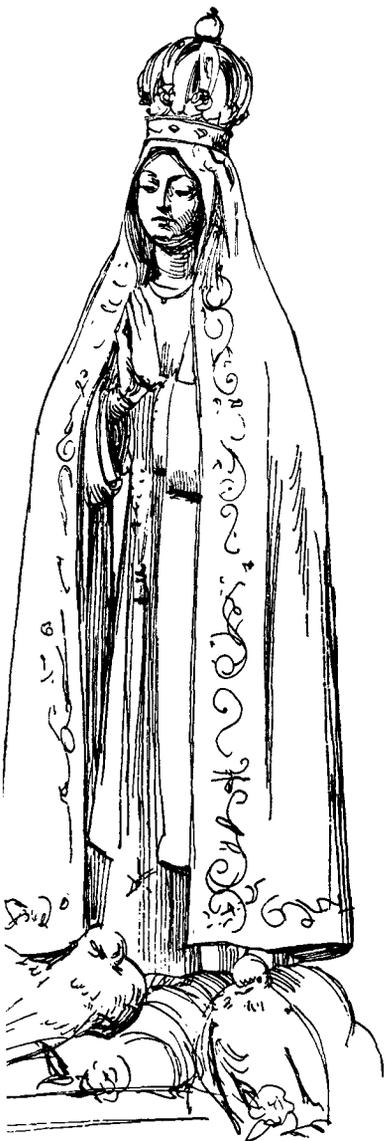
Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre significa volver de nuevo *junto a la cruz del Hijo*. Más aún: quiere decir consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención. La redención es siempre más grande que el pecado del hombre y que el «pecado del mundo». La fuerza de la redención supera infinitamente toda la especie del mal existente en el hombre y en el mundo.

El Corazón de la Madre es consciente de ello como ningún otro corazón en todo el cosmos, visible e invisible.

Y por este motivo llama.

Llama no sólo a la conversión. Nos llama para que nos dejemos ayudar por Ella, que es Madre, y así volver nuevamente a la fuente de la redención.

Consagrarse a María Santísima significa recurrir a su auxilio y ofrecernos a nosotros mismos y a la humanidad al que es Santo, infinitamente Santo; valerse de su auxilio —recurriendo a su corazón de Madre, abierto junto a la cruz al amor hacia todos los hombres, hacia



el mundo entero— para ofrecer el mundo, el hombre, la humanidad y todas las naciones a aquel que es infinitamente Santo. La santidad de Dios se ha manifestado en la redención del hombre, del mundo, de la humanidad entera y de las naciones: redención realizada por medio del sacrificio de la cruz. «Yo por ellos *me santifico*», había dicho Jesús (Jn 17,19).

Con la fuerza de la redención, el mundo y el hombre *han sido consagrados*. Han sido confiados al que es infinitamente Santo. Han sido ofrecidos y entregados al mismo Amor, al Amor misericordioso.

La Madre de Cristo nos llama y exhorta a unirnos a la Iglesia del Dios vivo en esta *consagración del mundo*, en este acto de entrega, a través del cual el mundo, la humanidad, las naciones y todos y cada uno de los hombres se ofrecen al Padre Eterno con la fuerza de la redención de Cristo. Se ofrecen en el Corazón del Redentor traspasado en la cruz.

La Madre del Redentor nos llama, nos invita y ayuda a unirnos a esta consagración, a este acto de entrega del mundo. Sólo así nos encontraremos, de hecho, lo más cerca posible del Corazón de Cristo traspasado en la cruz.

Homilia en Fátima
13-V-82

«A LA LUZ DEL AMOR MATERNO COMPRENDEMOS TODO EL MENSAJE DE NUESTRA SEÑORA DE FATIMA. LO QUE SE OPONE MAS DIRECTAMENTE AL CAMINO DEL HOMBRE HACIA DIOS ES EL PECADO, EL PERSEVERAR, EN EL PECADO Y, FINALMENTE, LA NEGACION DE DIOS. LA PROGRAMADA CANCELACION DE DIOS DEL MUNDO, DEL PENSAMIENTO HUMANO. LA SEPARACION DE EL DE TODA LA ACTIVIDAD TERRENA DEL HOMBRE. EL RECHAZO DE DIOS POR PARTE DEL HOMBRE.

»ESTE MENSAJE SE DIRIGE A TODOS LOS HOMBRES. EL AMOR DE LA MADRE DEL SALVADOR LLEGA DONDEQUIERA QUE LLEGA LA OBRA DE LA SALVACION. OBJETO DE SUS CUIDADOS SON TODOS LOS HOMBRES DE NUESTRA EPOCA, Y, A LA VEZ, LAS SOCIEDADES, LAS NACIONES Y LOS PUEBLOS. LAS SOCIEDADES AMENAZADAS POR LA APOSTASIA Y LA DEGRADACION MORAL.»

Juan Pablo II en Fátima

MARIA,

Ayúdanos a enseñar la verdad

¡Salve María! Pronuncio con inmenso amor y reverencia estas palabras, tan sencillas y a la vez tan maravillosas. Nadie podrá saludarte nunca de un modo más estupendo que como lo hizo un día el arcángel, en el momento de la Anunciación:

¡Ave María, gratia plena, Dominus tecum!

¡Ave María, gratia plena, Dominus tecum!

Repito estas palabras que tantos corazones guardan y tantos labios pronuncian en todo el mundo. Nosotros aquí presentes las repetimos juntos, conscientes de que éstas son las palabras con las que Dios mismo, a través de su mensajero, te ha saludado a ti, la Mujer prometida en el Edén y desde la eternidad prometida como Madre del Verbo, Madre de la divina Sabiduría, Madre del Hijo de Dios.

¡Salve, Madre de Dios! Tu hijo, Jesucristo, es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos. Somos los sucesores de los apóstoles, de aquellos a quienes el Señor dijo: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo.»

A ti, María, el Hijo de Dios y a la vez tuyo, desde lo alto de la cruz indicó a un hombre y dijo: «He ahí a tu hijo.» Y en aquel hombre te ha confiado a cada hombre, te ha confiado a todos. Y tú, que en el momento de la Anunciación, en estas sencillas palabras: «He aquí a la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra», has concentrado todo el programa de tu vida, abrazas a todos, te acercas a todos, buscas maternalmente a todos.

¡Salve, Madre de México! ¡Salve, Madre de América Latina! Nos encontramos aquí, en esta hora insólita y estupenda en la historia del mundo. Permite que yo, Juan Pablo II, obispo de Roma y Papa, junto con mis hermanos en el episcopado que representan a la Iglesia de México y de toda la América Latina, confiemos y ofrezcamos a ti, Sierva del Señor, todo el patrimonio del evangelio, de la cruz, de la resurrección, de los que todos nosotros somos testigos, apóstoles, maestros y obispos.

¡Oh Madre!, ayúdanos a ser fieles dispensadores de los grandes misterios de Dios. Ayúdanos a enseñar la verdad que tu Hijo ha anunciado y a extender el amor, que es el principal mandamiento y el primer fruto

del Espíritu Santo. Ayúdanos a confirmar a nuestros hermanos en la fe, ayúdanos a guardar los grandes tesoros encerrados en las almas del pueblo de Dios, que nos ha sido encomendado.

Te ofrecemos todo este pueblo de Dios. Te ofrecemos la Iglesia de México y de todo el Continente. Te la ofrecemos como propiedad tuya. Tú, que has entrado tan adentro en los corazones de los fieles a través de la señal de tu presencia, que es tu imagen en el santuario de Guadalupe, vive como en tu casa en estos corazones también en el futuro. Sé uno de casa en nuestras familias, en nuestras parroquias, misiones, diócesis y en todos los pueblos. Y hazlo por medio de la Iglesia santa, la cual, imitándote a ti, Madre, desea ser, a su vez, una buena madre, cuidar a las almas en todas tus necesidades, anunciando el evangelio, administrando los sacramentos, salvaguardando la vida de las familias mediante el sacramento del matrimonio, reuniendo a todos en la comunidad eucarística por medio del santo sacramento del altar, acompañándoles amorosamente desde la cuna hasta la entrada en la eternidad.

¡Oh Madre!, despierta en las jóvenes generaciones la disponibilidad al exclusivo servicio a Dios. Implora para nosotros abundantes vocaciones locales al sacerdocio y a la vida consagrada.

¡Oh Madre, corrobora la fe de todos nuestros hermanos y hermanas laicos. para que en cada campo de la vida social, profesional, cultural y política, actúen de acuerdo con la verdad y la ley que tu Hijo ha traído a la humanidad, para hacer la vida sobre la tierra más humana, más digna del hombre. La Iglesia, que desarrolla su labor entre las naciones americanas, la Iglesia en México, quiere servir con todas sus fuerzas esta causa sublime con un renovado espíritu misionero.

¡Oh Madre! Haz que sepamos servirla en la verdad y en la justicia. Haz que nosotros mismos sigamos este camino y conduzcamos a los demás, sin desviarnos jamás por senderos tortuosos, arrastrando a los otros. Te ofrecemos y confiamos todos aquellos y todo aquello que es objeto de nuestra responsabilidad pastoral, confiando que tú estarás a realizar lo que tu Hijo nos ha mandado. Te traemos esta confianza ilimitada, y con ella, yo, Juan Pablo II, con todos mis hermanos en el episcopado de México y de América Latina, queremos vincularte de modo todavía más fuerte a nuestro ministerio, a la Iglesia y a la vida de nuestras naciones. Deseamos poner en tus manos nuestro entero porvenir, el porvenir de la evangelización de América Latina.

¡Reina de los Apóstoles!, acepta nuestra prontitud a servir sin reserva la causa de tu Hijo. la causa del evangelio y la causa de la paz, basada sobre la justicia y el amor entre los hombres y entre los pueblos.

¡Reina de la Paz!, salva a las naciones y a los pueblos de todo el Continente, que tanto confían en ti, de las guerras, del odio y de la subversión. Haz que todos, gobernantes y súbditos, aprendan a vivir en paz, hagan cuanto exige la justicia, y el respeto de los derechos de todo hombre, para que se consolide la paz. Acepta esta nuestra confiada entrega, oh sierva del Señor. Que tu maternal presencia en el misterio de Cristo

y de la Iglesia se convierta en fuente de alegría y de libertad para cada uno y para todos; fuente de aquella libertad por medio de la cual «Cristo nos nos ha hecho libres»; y, finalmente, fuente de aquella paz que el mundo no puede dar, sino que sólo la da él, Cristo.

¡Oh Madre!, te presento una diadema en nombre de todos tus hijos mexicanos y latinoamericanos, para que los conserves bajo tu protección, guardes su concordia en la fe y su fidelidad a Cristo, o tu Hijo. Amén.

27 de enero de 1979, mediodía
México — Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe
III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano

EN ESTOS LUGARES DE GRACIA TAN CARACTERISTICOS DE LA GEOGRAFIA RELIGIOSA MEXICANA EL PUEBLO DE DIOS SE REUNE EN TORNO AL ALTAR Y BAJO LA MIRADA MATERNA DE MARIA, PARA DAR TESTIMONIO DE QUE LO QUE CUENTA EN ESTE MUNDO Y EN LA VIDA HUMANA ES LA APERTURA AL DON DE DIOS.

JUAN PABLO II EN EL SANTUARIO DE ZAPOPAN MEXICO)

MADRE DEL BUEN CONSEJO, TE CONFIAMOS TODOS LOS PROBLEMAS

Gran Madre del Dios hecho hombre, Virgen santísima, Nuestra Señora de Jasna Gora...

Hoy, habiendo llegado a Jasna Gora, como primer Papa-peregrino, te confío, oh Madre de la Iglesia, todos los problemas de esta iglesia; toda su misión, todo su servicio, mientras está concluyendo el segundo milenio de la historia del cristianismo en la tierra.

Esposa del Espíritu Santo y trono de la Sabiduría, a tu intercesión debemos la magnífica visión y el programa de renovación de la Iglesia en nuestra época, que ha encontrado su expresión en las enseñanzas del concilio Vaticano II. Haz que esta visión y este programa lo hagamos objeto de nuestro actuar, de nuestro servicio, de nuestra enseñanza, de nuestra pastoral, de nuestro apostolado, con la misma verdad, sencillez y fuerza con que nos los ha hecho conocer el Espíritu Santo en nuestro humilde servicio. Haz que toda la Iglesia se regenere, bebiendo en esta nueva fuente de conocimiento de la propia naturaleza y misión, y no en otras «cisternas» extrañas o envenenadas.

Ayúdanos en este gran esfuerzo que estamos haciendo para encontrarlos de un modo siempre más maduro con nuestros hermanos en la fe, con quienes nos unen tantas cosas, aunque todavía haya algo que nos separa.

Haz que por todos los medios del conocimiento, del recíproco respeto, del amor, de la colaboración común en los diversos caminos, podamos gradualmente redescubrir el divino designio de la unidad en la que debemos entrar nosotros e introducir a todos, para que el único rebaño de Cristo reconozca y viva su unidad en la tierra.

¡Oh Madre de la unidad!, enséñanos siempre los caminos que a ella llevan. Concédenos que en el porvenir vayamos siempre al encuentro de todos los hombres y de todos los pueblos que, aun siguiendo los caminos de las diversas religiones, buscan a Dios y tratan de servirle. Ayúdanos a anunciar a Cristo y a revelar «la fuerza y la sabiduría divina» escondida en su cruz. Tú, la primera que le diste a conocer en Belén no sólo a los sencillos y fieles pastores, sino también a los sabios de países lejanos, ¡Madre del buen Consejo!, indícanos siempre cómo debemos servir al hombre, a la humanidad en cada una de las naciones;

cómo llevarla por los caminos de salvación; cómo proteger la justicia y la paz en el mundo, amenazadas continuamente por todas partes. ¡Qué vivamente deseo, en este encuentro de hoy, confiarte todos estos difíciles problemas de la sociedad, de los sistemas y de los estados! Problemas que no pueden resolverse con el odio, la guerra y la autodestrucción, sino sólo con la paz, con la justicia, con el respeto de los derechos de los hombres y de las naciones.

¡Oh Madre de la Iglesia!, haz que ésta goce de paz y libertad en el cumplimiento de su misión salvadora, y que para esto madure a una nueva madurez de fe y de unidad interior. ¡Ayúdanos a vencer las oposiciones y las dificultades! ¡Ayúdanos a redescubrir toda la sencillez y la dignidad de la vocación cristiana! Haz que no falten los obreros en la viña del Señor. ¡Santifica las familias! ¡Vela sobre el alma de los jóvenes y sobre el corazón de los niños! Ayuda a superar las grandes amenazas morales que bambolean los ambientes fundamentales de la vida y del amor. Obtennos la gracia de renovarnos continuamente, con la entera hermosura del testimonio rendido a la cruz y a la resurrección de tu Hijo.

4 de junio de 1979, mediodía
Czestochowa — Santuario de Jasna Gora

¡SOY TODO TUYO!

¡Clara montana Madre de la Iglesia!, una vez me consagro a ti «en tu materna esclavitud de amor»; «*Totus tuus!*» ¡Soy todo tuyo! Te consagro toda la Iglesia, en cualquier parte, hasta los confines extremos de la tierra. Te consagro la humanidad; te consagro a todos los hombres, mis hermanos; todos los pueblos y naciones. Te consagro Europa y todos los continentes. Te consagro Roma y Polonia, unidas por medio de tu siervo con un nuevo vínculo de amor. ¡Acéptalo, Madre! ¡No nos abandones, Madre! ¡Guíanos tú, Madre!

6 de junio de 1979, tarde
Jasna Gora — Despedida

¡María, salva la paz del mundo!

¡Salve! Hoy venimos a saludarte, María, a ti, que fuiste elegida para ser Madre del Verbo eterno. Venimos a este lugar, guiados por una particular tradición, y te decimos: ¡Salve! Bendita tú eres, oh llena de gracia. «*Ave, María, gratia plena.*»

Nos valemos de las palabras pronunciadas por Gabriel, mensajero de la santísima Trinidad. Nos valemos de estas palabras pronunciadas por todas las generaciones del pueblo de Dios, que a lo largo de casi ya dos mil años va peregrinando por esta tierra. Nos valemos de estas palabras, dictadas por nuestros corazones:

«*Ave, María, gratia plena*»: llena de gracia.

Venimos hoy, el día en que la Iglesia, con la mayor veneración, recuerda la plenitud de esta gracia de que Dios te colmó desde el primer momento de tu Concepción. Nos llenan de alegría las palabras del Apóstol: «Dónde abundó el pecado ha sobreabundado la gracia.» Nos alegramos de esta particular abundancia de la gracia divina en ti, que recibe el nombre de «Inmaculada Concepción». Venimos hoy a este lugar, principalmente nosotros, romanos, habitantes de esta ciudad que la Providencia divina escogió como sede de Pedro y de sus sucesores. Venimos en gran número. Venimos todos, aunque no todos estemos presentes físicamente aquí; pero sí lo estamos con el espíritu. Ancianos y jóvenes, padres e hijos, sanos y enfermos, representantes de los varios ambientes y profesiones, sacerdotes, religiosos y religiosas, autoridades civiles de la ciudad de Roma, de la provincia del Lazio... Todos consideramos un privilegio especial el estar aquí junto al obispo de Roma a los pies de esta Columna mariana, rodeándote, Madre, con nuestra veneración y nuestro amor.

Acógenos tal como somos, aquí a tu lado, en este encuentro anual.

¡Acógenos! ¡Mira dentro de nuestros corazones! Acoge nuestras ansias y nuestras esperanzas.

Ayúdanos, tú, llena de gracia, a vivir en la gracia, a perseverar en la gracia y, si fuera necesario, a volver a la gracia del Dios vivo, que es el mayor y el más excelente bien del hombre. ¡Prepáranos a la venida de tu Hijo!

Acógenos con nuestros problemas diarios, y nuestras debilidades y deficiencias, nuestras crisis y nuestros fallos personales, familiares y sociales. ¡No permitas que nos llegue a faltar la buena voluntad! ¡No permitas que perdamos la sinceridad de la conciencia y la honestidad de la conducta! Con tu súplica obténnos la justicia. ¡Salva la paz en todo el mundo! Dentro de poco todos nos alejaremos de este lugar. Pero queremos volver a nuestras casas con la alegre certidumbre de tenerte entre nosotros, a ti, Inmaculada, elegida desde el principio de los siglos para ser Madre del Redentor. Tú estás con nosotros. Tú estás con Roma. Tú estás con la Iglesia y con el mundo. Amén.

¡María, te pedimos que la fe arraigue en el pueblo cristiano!

Dios te salve, María llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

En este día en que la Iglesia celebra la visita que hiciste a Isabel, después que el Hijo de Dios se hizo carne en tu seno, nuestra primera oración será para alabarte y bendecirte.

¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bineventurada tú que has creído! El Omnipotente ha hecho obras grandes en ti, la obra maravillosa de tu maternidad divina. Y con vistas a ésta, la maravilla de tu Inmaculada Concepción; la maravilla de tu «*fiat*». Has sido asociada tan íntimamente a toda la obra de nuestra redención, ¡has sido asociada a la cruz de nuestro Salvador! Tu corazón fue traspasado junto con su corazón.

Y ahora, en la gloria de tu Hijo, no cesas de interceder por nosotros, pobres pecadores. Velas sobre la Iglesia, de la que eres Madre. Velas sobre cada uno de tus hijos. Obtienes de Dios para nosotros todas esas gracias que simbolizan los rayos de luz irradiando de tus manos abiertas. Con la única condición de que nos atrevamos a pedírtelas, de que nos acerquemos a ti con la confianza, la osadía y la sencillez de un niño. Precisamente así nos encaminas sin cesar a tu divino Hijo.

En este lugar bendito, yo también quiero expresarte hoy, una vez más, la confianza, la cercanía profundísima con que me has favorecido siempre. «*Totus tuus.*»

Vengo como peregrino después de cuantos han venido a esta capilla desde hace ciento cincuenta años, y como todo el pueblo cristiano que se apiña aquí cada día para comunicarle su alegría, confianza y súplicas. Cristo pide hoy a su Iglesia un gran esfuerzo de renovación espiritual. Y yo, humilde sucesor de Pedro, vengo a confiarte esta gran obra. Te consagramos nuestras fuerzas y disponibilidad para estar al servicio del designio de salvación actuando por tu Hijo.

Te pedimos que por medio del Espíritu Santo la fe se arraigue y consolide en todo el pueblo cristiano; que la comunión supere todos los gésmenes de división; que la esperanza cobre nueva vida en los que están desalentados.

Te pedimos en especial por este pueblo de Francia, por la Iglesia que está en Francia, por sus pastores, por las almas consagradas, por los padres y madres de familia, por los niños y los jóvenes, por los hombres y mujeres de la tercera edad.

Te pedimos por los que padecen pruebas particulares físicas o morales, por los que están tentados de infidelidad, por los que son zarandeados por la duda en un clima de incredulidad, y también por los que padecen persecución a causa de su fe.

Te confiamos el apostolado de los laicos, el ministerio de los sacerdotes, el testimonio de las religiosas. Te pedimos que el llamamiento a la vocación sacerdotal y religiosa sea ampliamente escuchado y secundado para gloria de Dios y vitalidad de la Iglesia en este país y en los países que siguen esperando ayuda mutua misionera.

Te encomendamos especialmente la multitud de Hijas de la Caridad, cuya casa madre se halla aquí, y que siguiendo el espíritu de su fundador, san Vicente de Paul y santa Luisa de Marillac, están tan dispuestas a servir a la Iglesia y a los pobres en todos los ambientes y en todos los países.

Te pedimos por las que viven en esta casa y, en el corazón de esta ciudad febril, acogen a todos los peregrinos que conocen el valor del silencio y de la oración.

31 de mayo de 1980
París — Capilla de la Medalla milagrosa

«COMO GRAN SEÑAL APARECIDA EN EL CIELO, MARIA NOS GUIA Y SOSTIENE EN NUESTRO CAMINO PEREGRINANTE, NOS APREMIA HACIA "LA VICTORIA QUE HA VENCIDO AL MUNDO, NUESTRA FE"»

(1 Jn 5, 4)

Juan Pablo II a los irlandeses

María, luz de los que buscan a Cristo

«¡Viva la Madre de Dios y nuestra, sin pecado concebida! ¡Viva la Virgen Inmaculada, la Señora Aparecida!»

Señora Aparecida, un hijo vuestro que te pertenece sin reserva —*totus tuus!*— llamado por misterioso designio de la Providencia a ser vicario de tu Hijo en la tierra, quiere diriigrse a ti en este momento. El recuerda con emoción, por el color moreno de esa tu imagen, otra representación tuya: ¡la Virgen Negra de Jasna Gora!

Madre de Dios y nuestra, protege a la Iglesia, al Papa, a los obispos, a los sacerdotes y a todo el pueblo fiel; acoge bajo tu manto protector a los religiosos, religiosas, familias, niños, jóvenes y sus educadores.

Salud de los enfermos y consoladora de los afligidos, sé consuelo de los que sufren en el cuerpo o en el alma; sé luz de los que buscan a Cristo, Redentor del hombre; a todos los hombres muéstrales que eres la Madre de nuestra confianza. ¡Reina de la paz y espejo de justicia!, alcanza para el mundo la paz, haz que Brasil tenga paz duradera, que los hombres convivan siempre como hermanos, como hijos de Dios.

Nuestra Señora Aparecida, bendice este santuario tuyo y a quienes en él trabajan; bendice a este pueblo que aquí reza y canta; bendice a todos tus hijos; bendice a Brasil. Amén.

Homilía en la eucaristía
4 de julio de 1980 — Basílica nacional de la Aparecida

«MARIA ES LA QUE CONOCE MAS A FONDO EL MISTERIO DE LA MISERICORDIA DIVINA. SABE SU PRECIO Y SABE CUAN ALTO ES. EN ESTE SENTIDO LA LLAMAMOS TAMBIEN MADRE DE LA MISERICORDIA.»

Juan Pablo II, Dives in Misericordia

María, esperanza de salvación para el mundo

¡Oh Virgen naciente, esperanza y aurora de la salvación para todo el mundo!, vuelve benigna tu mirada maternal hacia todos nosotros, reunidos aquí para celebrar y proclamar tus glorias.

¡Oh Virgen fiel, que fuiste siempre solícita y dispuesta a recibir, conservar y meditar la palabra de Dios, haz que también nosotros, en medio de las dramáticas vicisitudes de la historia, sepamos mantener siempre intacta nuestra fe cristiana, tesoro precioso transmitido por nuestros padres.

¡Oh Virgen poderosa, que con tu pie aplastas la cabeza de la serpiente tentadora!, haz que cumplamos, día tras día, nuestras promesas bautismales, con las que hemos renunciado a Satanás, a sus obras y seducciones, y sepamos dar al mundo un gozoso testimonio de esperanza cristiana.

¡Oh Virgen clemente, que siempre has abierto tu corazón maternal a las invocaciones de la humanidad, a veces lacerada por el desamor y hasta, desgraciadamente, por el odio y la guerra!, enséñanos a crecer, todos juntos, según las enseñanzas de tu Hijo, en la unidad y en la paz, para ser dignos hijos del único Padre celestial. Amén.

8 de septiembre de 1980
Frascati — Homilía en la eucaristía

«*EL ROSARIO ES NUESTRA ORACION CON MARIA. ES LA ORACION DE MARIA CON NOSOTROS, CON LOS SUCEORES DE LOS APOSTOLES, QUE HAN CONSTITUIDO EL COMIENZO DEL NUEVO ISRAEL, DEL NUEVO PUEBLO DE DIOS. VENIMOS, POR TANTO, AQUI, PARA REZAR CON MARIA; PARA MEDITAR, JUNTO CON ELLA, LOS MISTERIOS QUE ELLA, COMO MADRE, MEDITABA EN SU CORAZON (cfr Lc 2,19), Y SIGUE MEDITANDO, SIGUE CONSIDERANDO. PORQUE ESOS SON LOS MISTERIOS DE LA VIDA ETERNA.*»

Juan Pablo II en el santuario de Pompeya

María, reina de los mártires

¡Oh Madre del Perpetuo Socorro!, vengo como sucesor de Pedro en la Sede de Roma. Vengo como peregrino a las Iglesias y a los pueblos del Extremo Oriente. Vengo para elevar al honor de los altares, lejos de Roma y a la vez en íntima unión con ella, a los mártires que ofrecieron su vida por Cristo (en Nagasaki, allá por 1633, 1634 y 1637).

A ti, Reina de los mártires y Madre de la Iglesia, quiero confiar de modo especial mi ministerio papal y sus diversos significados. Fue justamente de la sangre de los mártires de donde, al principio, la Iglesia de tu Hijo nació y creció vigorosa; la Iglesia de Jesucristo, con cuyo sacrificio en la cruz tú, oh Madre, cooperaste, uniendo la oblación materna de tu corazón.

Al comenzar mi viista pastoral en Extremo Oriente te encomiendo, te confío, con absoluto abandono, como a la Madre de nuestro Redentor, todas las naciones y los pueblos de Asia y de las islas adyacentes. Te encomiendo y confío a ti la Iglesia, particularmente la de los lugares donde encuentra mayores dificultades, donde su misión no es bien comprendida, así como tampoco su irrefrenable deseo de servir a todos y cada uno de los pueblos. Te encomiendo hoy, al comienzo de esta mi peregrinación, a las acogedoras islas Filipinas y a la Iglesia aquí enraizada vigorosamente que siente también vigorosamente su responsabilidad misionera. ¡Que no le falte la fuerza necesaria para el trabajo evangelizador! ¡Que persevere, como el siervo fiel que espera constantemente la llegada del Señor, en el servicio a su pueblo y con espíritu de apertura a los demás! ¡Madre del Perpetuo Socorro!, acepta esta humilde oferta y ponla en el corazón de tu Hijo, tú, a quien cuando estabas junto a la cruz en el Calvario, se te confió a cada uno de nosotros como a la propia Madre. Amén.

17 de febrero de 1981
Baclaran — Manila (a la Virgen del Perpetuo Socorro)

«REZEMOS CON MARIA Y POR MARIA: ELLA ES SIEMPRE LA "MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA".»

Juan Pablo II a los brasileños

¡María, que llegue pronto el tiempo de la verdad!

¡Oh tú, que más que cualquier otro ser humano fuiste confiada al Espíritu Santo!, ayuda a la Iglesia de tu Hijo a perseverar en la misma confianza para que pueda volcar sobre todos los hombres los inefables bienes de la redención y de la santificación y liberar así la creación entera.

¡Oh tú, que estuviste con la Iglesia en los comienzos de su misión!, intercede por ella para que amaestre continuamente a todas las naciones y anuncie el evangelio a toda criatura. Que la palabra de la verdad divina y el Espíritu del amor encuentren entrada en los corazones de los hombres, para vivir la plenitud de la vida.

¡Oh tú, que conociste la ponencia del Espíritu Santo, cuando te fue dado el concebir en tu seno virginal y alumbrar al Verbo eterno!, obtén a la Iglesia el don de poder continuamente hacer renacer del agua y del Espíritu Santo a los hijos e hijas de toda la familia humana, sin distinción alguna de lengua, raza, de cultura, dándoles así «la capacidad de ser hijos de Dios».

¡Oh tú, que estás tan unida a la Iglesia, precediendo, por los caminos de la fe, de la esperanza y del amor, a todo el pueblo de Dios!, abraza a todos los hombres que están en camino, peregrinos, a través de la vida temporal, hacia los destinos eternos, con el mismo amor que el Redentor divino, tu Hijo, derramó en tu corazón desde lo alto de la cruz. Sé tú la Madre de todas nuestras veredas terrenas, incluso cuando se hacen tortuosas, para que todos volvamos a encontrarnos, al final, en la grande comunidad que tu Hijo llamó su aprisco y por la que ofreció su vida como buen pastor.

¡Oh tú, que eres la primera sierva de la unidad del Cuerpo de Cristo!, ayúdanos, ayuda a todos los fieles que experimentan tan dolorosamente el drama de las divisiones históricas del cristianismo, a buscar con constancia el camino de la unidad perfecta del cuerpo de Cristo mediante la fidelidad incondicionada al Espíritu de verdad y de amor, que les ha sido dado a precio de la cruz y de la muerte de tu Hijo.

¡Oh tú, que sirves como Madre a toda la familia de los hijos de Dios!, obtén a la Iglesia el don de que, enriquecida por el Espíritu Santo con la plenitud de los dones jerárquicos y carismáticos sepa proseguir con constancia hacia el futuro por el camino de la renovación marcada por el Espíritu Santo y que ha encontrado su expresión en las enseñanzas del Vaticano II, asumiendo en tal obra renovadora todo lo que es verdadero y bueno, sin dejarse engañar ni en una dirección ni en otra, sino discerniendo asiduamente entre los signos de los tiempos lo que sirve para el advenimiento del reino de Dios.

¡Oh Madre de los hombres y de los pueblos!, tú conoces todos sus sufrimientos y esperanzas; tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que zarandean el mundo: ¡acoge nuestro grito que, en el Espíritu Santo, se dirige directamente a tu corazón, y abraza con el amor de la Madre y de la sierva del Señor a quienes más esperan este abrazo! Ampara bojo tu protección materna a toda la familia humana: a ti la confiamos, oh Madre, con afectuoso arrobamiento. Que para todos llegue pronto el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza.

¡Oh tú!, que mediante el misterio de tu particular santidad, libre de toda mancha desde el momento de tu concepción, contribuye, sin descanso, a la «revelación de los hijos de Dios» que toda la humanidad «otea impaciente», para entrar en la libertad y en la gloria. Oh Madre de Jesús, glorificada ya en el cielo en cuerpo y alma como imagen y comienzo de la Iglesia que deberá tener su cumplimiento en la edad futura, aquí en la tierra, hasta que venga el día del Señor: ¡no ceses de brillar ante el pueblo peregrino de Dios como signo de segura esperanza y de consolación! Espíritu Santo, Dios, que con el Padre y el Hijo recibes una misma adoración y gloria; acepta estas palabras de humilde confianza dirigidas a ti desde el corazón de María de Nazaret, tu Esposa y Madre del Redentor, y a la que la Iglesia también llama Madre suya porque desde el cenáculo de Pentecostés de ella aprende la propia vocación maternal. Acepta estas palabras de la Iglesia peregrina, pronunciadas entre las fatigas y alegrías, entre los miedos y las esperanzas, palabras que son expresión de confianza humilde y entregada, palabras con las que la Iglesia a ti encomendada, ¡oh Espíritu del Padre y del Hijo!, en el cenáculo de Pentecostés y ya para siempre, no cesa de repetir, juntamente contigo, a su Esposo divino; ¡Ven! «El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven, Señor Jesús!» «Así la Iglesia universal se presenta como un pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Así repetimos nosotros hoy: «¡Ven!», confiando en tu maternal intercesión, ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

7 de junio de 1981 — Radiomensaje vespertino

Roma — Basílica de santa María Mayor
[Consagración repetida el 8 de diciembre de 1981, en la misma
basílica, ante la imagen de la Virgen «Salus populi romani»]

La devoción al Corazón de Jesús

EL CORAZON QUE TANTO HA AMADO A LOS HOMBRES

En este mes de junio, consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, me resulta cosa natural y grata exhortaros a volver vuestro ánimo, vuestras esperanzas y vuestras oraciones a ese Corazón *que tanto ha amado a los hombres*, y que sigue amándolos con su doble amor divino y humano, sobre todo a aquellos que tienen mayores tribulaciones, lágrimas y dolores. Del Corazón de Cristo, *lleno de bondad y de amor*, podréis obtener apoyo y consuelo para vuestros sufrimientos, paz para vuestro espíritu, mérito para todas vuestras penas.

(Audiencia General, 13 junio 1979)

SACERDOTES DEL CORAZON DE JESUS

Este encuentro vuestro con el Papa tiene hoy un particular y ulterior significado, porque tiene lugar en la solemnidad litúrgica del Sacratísimo Corazón de Jesús, del que vuestro instituto toma el nombre (Sacerdotes del Sagrado Corazón) y la inspiración. Toda la Iglesia celebra hoy el Amor divino y humano del Verbo encarnado, y el Amor que el Padre y el Espíritu Santo fomentan para con el hombre. Esta es la fiesta del Amor infinito de Dios uno y trino, del que Jesús, con el costado abierto en la cruz, es la revelación suprema y definitiva. Sois, y debéis ser siempre, Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús. Así lo quiso vuestro fundador, el Siervo de Dios padre Juan L. Dehon, que quiso fundar una Congregación dedicada toda ella al amor y a la reparación del Sagrado Corazón. (...) «El espíritu de la Congregación —escribía el padre Dehon a sus hijos en una Carta circular— *es un amor ardiente hacia el Sagrado Corazón, una imitación fiel de sus virtudes, principalmente de la humildad, del celo, de la dulzura, del espíritu de inmólación; y un celo incansable para suscitarle amigos y reparadores que lo consuelen con su propio amor.*» Palabras éstas que sintetizan admirablemente todo el programa de vuestro Instituto, y mantienen intacto su fuerte peso y su perfecta contemporaneidad.

(Audiencia al Capítulo General de los Reparadores,
23 junio 1979)

FOMENTA EL CELO APOSTOLICO

El Corazón del Redentor vivifica toda la Iglesia, y atrae a los hombres que han abierto sus corazones a *la riqueza insondable* de este único Corazón. (...) Deseo de manera especial unirme espiritualmente con *todos los que tienen sus corazones humanos en particular sintonía con este Corazón divino*. Esta familia es numerosa. No pocas congregaciones, asociaciones, comunidades, se desarrollan en la Iglesia y sacan del Corazón de Cristo, como un programa, la energía vital de su actividad.

Este vínculo espiritual lleva siempre a un gran resurgimiento de celo apostólico. Los adoradores del Corazón divino se convierten en hombres de conciencia sensible. Y cuando les es concedido relacionarse con el Corazón de nuestro Señor y Maestro, se despierta en ellos también la necesidad de *la reparación por los pecados del mundo*, por la indiferencia de tantos corazones, por sus negligencias.

¡Qué necesario es en la Iglesia este ejército de corazones vigilantes, para que el amor del Corazón divino no esté solo, y para que sea correspondido! En ese ejército merecen especial mención todos los que ofrecen sus sufrimientos como víctimas vivas en unión con el Corazón de Cristo traspasado en la cruz. El sufrimiento humano, transformado así con el amor, se convierte en fermento especial de la obra salvadora de Cristo en la Iglesia.

(*Angelus Dominical, 24 junio 1979*)

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS Y LOS CASADOS

También a vosotros, queridísimos recién casados, al presentaros mi saludo cordial y la enhorabuena, y mi gran complacencia por vuestra grata presencia, os dirijo la exhortación fraterna de que tengáis fija la mirada en el Sagrado Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones. Aprended de El las grandes lecciones del amor, bondad, sacrificio y piedad, tan necesarios en todo hogar cristiano. Sacaréis de El fuerza, serenidad, alegría auténtica y profunda para vuestra vida conyugal. Atraeréis su bendición si su imagen está siempre, además de impresa en vuestras almas, expuesta y honrada entre las paredes domésticas.

(*Audiencia eGneral, 13 junio 1979*)

EL GRITO DE LA IGLESIA

El grito «¡Abba! ¡Padre!», que resuena a lo ancho de todos los continentes de nuestro planeta, torna en su eco a la silenciosa clausura carmelita, a Lisieux, haciendo siempre vivo el recuerdo de Teresita, quien en su vida breve y oculta, pero tan rica, pronunció con fuerza particular: «¡Abba! ¡Padre!» Gracias a ella la Iglesia entera ha vuelto a encontrar toda la sencillez y toda la lozanía de este grito, que tiene su origen en el Corazón mismo de Cristo.

(*Homilía en Lisieux, 2 junio 1980*)

LA EXISTENCIA DEL REINO DE CRISTO

Hay que hacer dulce violencia al Corazón del Señor, que nos hace el honor de llamarnos a colaborar con El para la afirmación y dilatación de su Reino sobre la tierra, para que «la caridad de Cristo» (2 Cor. 5, 14) despierte la llamada divina en el corazón de muchos jóvenes y en otras almas nobles y generosas, impulse a una decisión a los que duran, sostenga en la perseverancia a quienes han hecho su elección para el servicio de Dios y de los hermanos.

(Angelus Dominical "Sobre las vacaciones", 6 mayo 1979)

LA VIDA EVANGELICA COMIENZA EN EL CORAZON DE JESUS

Hoy, en la Basílica de San Pedro, reciben de mis manos sacerdotales la ordenación sacerdotal numerosos diáconos. Son ochenta y ocho...

Al conferirles la ordenación sacerdotal, deseo unirlos aún más profundamente con el corazón de la Iglesia, que palpita al unísono con el Corazón divino de Cristo, Eterno Sacerdote. Que perseveren en esta unión, produciendo los frutos benditos del mensaje evangélico y del ministerio sacerdotal.

Encomiendotambién al Corazón divino las familias, las diócesis o Congregaciones religiosas a las que pertenecen, y, finalmente, a sus Colegios de Roma y sus Seminarios. A estos últimos les deseo que vivan con fervor la vida auténticamente evangélica, que tiene su comienzo en el Corazón de Jesús.

(Angelus Dominical, 24 junio 1979)

SED FIELES A VUESTRO ORIGEN

Veis vuestras dos familias, la rama italiana y la alemana (...), nuevamente reunidas en la caridad del Corazón sacratísimo de Jesús, del cual, por iniciativa providencial de vuestro venerado Fundador, Monseñor Daniel Comboni, sois hijos elegidos, porque de El tomáis el nombre y en El os inspiráis. (...) Tened cuidado de que no llegue a cambiarse nada de cuanto él quiso imprimir sobre el rostro de su —y vuestro— Instituto. La educación de los jóvenes, el cuidado de los enfermos, la asistencia a los pobres, la instrucción a los catecúmenos y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, *en el que están todos los tesoros de sabiduría y de ciencia*, deben quedar, aun con la necesaria puesta al día, los rasgos característicos de vuestras comunidades religiosas.

(Audiencia al Capítulo General de los Combonianos, 24 junio 1979)

¡ESTA ES LA IGLESIA!

«... hasta aquel amor sublime con el que nuestro Redentor y Señor amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla, purificándola por medio del agua..., a fin de presentarse ante El su Iglesia toda esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada» (Ef. 5, 25-27).

A aquel amor sublime, a aquel Corazón traspasado sobre la Cruz y abierto a la Iglesia su Esposa, deseo hoy, junto con vosotros, ir en peregrinación espiritual, de la que nosotros mismos hemos de volver «purificados, vigorizados y santificados» en la medida que piden estos días.

¡Esta es la Iglesia! ¡Fruto del inescrutable amor de Dios en el Corazón de su Hijo!

¡Esta es la Iglesia! ¡Que produce los frutos del amor de los santos apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes! ¡Del amor de generaciones eternas!

¡Esta es la Iglesia! Madre y Esposa nuestra a la vez. Meta de nuestro amor, de nuestro testimonio y de nuestro sacrificio. Meta de nuestro servicio y trabajo incansable, Iglesia para la que vivimos, a fin de unirnos a Cristo en un único amor. Iglesia para la que vosotros, venerables y queridos hermanos, creados Cardenales en el Consistorio de ayer, tenéis que vivir de ahora en adelante con mayor intensidad aún, uniéndoos a Cristo en un único amor para con la Iglesia.

*(Homilía en la celebración con los nuevos ordenados,
1 julio 1979)*

LA PURIFICACION DE LOS JOVENES

Toda la historia de la humanidad es la historia de la necesidad de amar y de ser amado. (...) En este terreno conviene ver claro. Cualquiera que sea el uso que de él hacen los humanos, el corazón —símbolo de la amistad y del amor— tiene también sus normas, su ética. Hacer sitio al corazón en la construcción armónica de vuestra personalidad nada tiene que ver con la sensiblería ni aun con el sentimentalismo. El corazón es la apertura de todo el ser a la existencia de los demás, la capacidad de adivinarlos, de comprenderlos. Una sensibilidad así, auténtica y profunda, hace vulnerable. Por eso algunos se sienten tentados a deshacerse de ella, encerrándose en sí mismos. (...) Jóvenes de Francia, ¡alzd más frecuentemente los ojos hacia Jesucristo! El es el Hombre que más ha amado, del modo más consciente, más voluntario, más gratuito. Meditad el testamento de Cristo: «No hay mayor prueba de amor que el dar la vida por aquellos a quienes se ama». ¡Contemplad al Hombre-Dios, al Hombre del Corazón traspasado! ¡No tengáis miedo! Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberar el amor de sus equívocos y de sus falsificaciones. Fue El quien transformó el corazón de Zaqueo, de la Samaritana, y quien realiza, hoy todavía por todo el mundo, parecidos conversiones. Me imagino que esta noche Cristo murmura a cada uno y a cada una de entre vosotros: «¡Dame tu corazón! ¡Yo lo purificaré, yo lo fortaleceré, yo lo orientaré».

(Mensaje a los jóvenes de Francia, 1 junio 1980)

LA PRIMERA COMUNION

«Con amor eterno te amé» (Jer. 31, 3). Estas maravillosas palabras de la Sagrada Escritura vienen a la mente cuando la Iglesia se recoge en torno al Corazón de Jesús, meditando sus misterios. Ese devoto recogimiento, característico de todo el mes de junio, alcanza su ápice en la solemnidad del Sagrado Corazón, que hemos celebrado el pasado viernes. Hoy, en nuestra común oración del «Angelus», debe resonar todavía el eco fervoroso de esa festividad, que en la vida de la Iglesia tiene una secular tradición y una actualidad siempre viva. Que cada uno de nosotros reflexione sobre aquello que le cautiva de ese Corazón que tanto ha amado a los hombres.

Al escuchar la cierta afirmación bíblica sobre el amor eterno del Señor, que se reveló en el Corazón del Dios-Hombre atrayendo a cada uno hacia Sí, aparecen ante mis ojos; sobre todo, los sonrientes niños (...) que el pasado domingo vinieron en tan gran número al encuentro con Jesús Eucarístico, aquí en esta plaza. (...) El Señor Jesús los acercó muy fuertemente hacia Sí y les atrajo a su Corazón. Que no se alejen jamás de El. Que conserven siempre el vivo recuerdo de la primera comunión y la cordial amistad con su Amigo divino. En aquel Corazón, que jamás decepciona, han de encontrar válida y amorosa ayuda para toda la vida.

(Angelus Dominical, 15 junio 1980)

EL ORIGEN DE LA SALVACION

«Quédate con nosotros, Señor, pues el día ya declina» (Lc. 24, 29). A los discípulos de Emaús les ardía el corazón dentro de sí después de haber oído explicar en el camino las maravillas del plan de salvación revelado en las Escrituras. Con la fracción del pan termina el Señor de revelárselas, resucitado, en la plenitud de su amor.

Estamos en Montmartre, en la basílica del Sagrado Corazón, consagrada a la contemplación del amor de Cristo presente en el Santísimo Sacramento. Estamos en la tarde del 1 de junio, primer día del mes especialmente dedicado a la meditación, a la contemplación del amor de Cristo manifestado a través de su Sagrado Corazón.

Aquí se reúnen día y noche los cristianos y se turnan constantemente para escrutar «las insondables riquezas de Cristo» (Ef. 3, 8-19). Aquí venimos al encuentro del Corazón traspasado por nosotros, del que brotaron el agua y la sangre. Es el amor redentor, el origen de la salvación, de nuestra salvación, el origen de la Iglesia. Aquí venimos a contemplar el amor del Señor Jesús: su bondad compasiva para con todos durante su vida terrena; su amor de predilección por los pequeños, los enfermos, los afligidos. Contemplemos su Corazón que arde de amor hacia su Padre, en la plenitud del Espíritu Santo. Contemplemos su amor infinito, el del Hijo eterno, que nos conduce hasta el misterio mismo de Dios.

Cristo vivo nos sigue amando todavía ahora, hoy, y nos presenta su

(Alocución en la Basílica del Sacré Coeur, Montmartre, París, 1 junio 1980)

EL SUFRIMIENTO Y EL AGOBIO

Ruego por vosotros, por cada uno de vosotros, y por mí, para que se realicen en nosotros las palabras que Jesús dirige en la liturgia de hoy a todos los que están «cansados y agobiados», es decir, a los que sufren. He aquí que El dice: «Cargad con mi yugo y aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón, y encontraréis vuestro descanso; porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt. 11, 29-30).

Para que se cumplan estas sagradas palabras en mí mismo, particularmente durante el presente período de mi vida, y para que se cumplan también en tantos, tantos hermanos y hermanas míos que sienten quizás todavía más su «yugo suave», rezo a María, salud de los enfermos...

(Angelus, 5 julio 1981)

LA ROCA DE AGUA VIVIFICANTE

«Golpearás la peña, y saldrá de ella agua» (Ex. 17, 6).

El largo viaje de los israelitas por el desierto sirve de contexto inmediato al pasaje del Exodo. Una de las dificultades mayores presentadas por un viaje en el desierto a un pueblo tan numeroso, que llevaba consigo rebaño y ganado, fue ciertamente la falta de agua. Por esto es comprensible que, en los días en que el hambre y la sed se hacían sentir de modo más agudo, los israelitas añoraran Egipto y murmuraran contra Moisés. Dios, que había manifestado de tantos modos su particular benevolencia para con aquel pueblo, exige ahora la fe, el abandono absoluto en El, la superación de las propias seguridades humanas. Y precisamente en el momento en que el pueblo no puede contar ya con sus propios recursos, está extenuado y abatido, y alrededor no hay más que la desnuda roca estéril y árida y sin vida, interviene Dios, se hace presente y hace brotar de esa roca agua abundante que da la vida. Precisamente de esa roca maciza podrán sacar los israelitas agua en su viaje hacia la tierra prometida, lo mismo que del Corazón de Cristo, sediento en la cruz, brotará el agua que salva a quienes han emprendido su camino de fe. Por esta semejanza, Pablo identifica la roca con Cristo mismo, nuevo Templo y manantial que da de beber en la vida eterna (cf. 1 Cor. 10, 4). He aquí cómo la potencia de Dios se manifiesta en el misterio del agua viva, que salta hasta la eternidad, porque es el agua regeneradora de la gracia y reveladora de la verdad.

(Homilía en la Parroquia de los Santos Pedro y Pablo, Roma, 22 marzo 1981)

LA ESCUELA DEL CRISTIANO

El mes de junio está dedicado, de modo especial, a la veneración del Corazón divino. No sólo un día, la fiesta litúrgica que, de ordinario, cae en junio, sino todos los días. Con esto se vincula la devota práctica de rezar o cantar cotidianamente las *letanías* al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Es la oración maravillosa, integralmente centrada *en el misterio interior de Cristo*: Dios-Hombre. Las letanías del Corazón de Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración *de veneración y de diálogo* auténtico.

Hablamos en ellas *del corazón* y, al mismo tiempo, dejamos a los corazones hablar con este *único Corazón*, que es «fuente de vida y de santidad» y «deseo de los collados eternos». Con el Corazón que es «paciente y lleno de misericordia» y «generoso para todos los que le invocan».

Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una *verdadera escuela del hombre interior*: la escuela del cristiano.

La solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús nos recuerda, sobre todo, los momentos en que este Corazón fue «traspasado por la lanza» y, mediante esto, abierto de manera «visible» al hombre y al mundo.

(*Angelus*, 27 junio 1982)

LA RIQUEZA DE CRISTO

He aquí el Traspasado por la lanza del soldado, todas las generaciones de los cristianos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre Crucificado que era el Hijo de Dios.

Diversa es la medida del conocimiento de este misterio durante el transcurso de los siglos. El Corazón de Cristo ha tenido muchos discípulos y discípulas. Uno de los protagonistas en este campo fue ciertamente Pablo de Tarso, convertido de perseguidor en Apóstol. También él nos habla en la litúrgica del viernes próximo con las palabras de la *carta a los Efesios*. Habla como el hombre que ha recibido una gran gracia, porque a él se le ha concedido «anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y hacer resplandecer a los ojos de todos cual es su mandato de dar a conocer el misterio escondido desde siglos en la mente de Dios, Creador del universo» (Ef. 3, 8-9).

Cual es la «riqueza de Cristo» y al mismo tiempo cual es el «*eterno designio de salvación*» de Dios, «dirigido por el Espíritu Santo al hombre interior», a fin de que así «el Cristo habita por la fe en nuestro corazón» (Ef. 3, 16-17). Y cuando Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo, habitará por la fe en nuestros corazones humanos, entonces «tendremos aptitud para comprender con nuestro espíritu humano» (o sea con nuestro corazón) cuáles son «la amplitud, la largueza, la alteza y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento...» (Ef. 3, 18-19).

Para tal conocimiento hecho con el corazón, *con todo corazón humano* ha sido abierto, al fin de la vida terrenal, el Corazón Divino del Condenado y Crucificado en el Calvario.

(*Alocución*, 22 junio 1979)

EL ESPIRITU DE SANTA MARGARITA

Mientras me preparo junto con vosotros, queridos hermanos y hermanas, para la adoración del Cuerpo de Cristo en la plaza de San Pedro aquí en Roma, aparecen ante mis ojos dos momentos de mi reciente visita a París, que han quedado especialmente grabados en mi corazón.

Ante todo, el sábado pasado por la tarde, la visita de Rue du Bac: el santuario particular de la Inmaculada, oculto en una modesta capilla de la casa generalicia de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl; desde hace más de cien años, lugar de oración incesante de los hombres y mujeres de París, de Francia y del mundo. El domingo siguiente, casi a media noche, la visita a la basílica del Sagrado Corazón en Montmartre, desde donde hace casi un siglo perdura la adoración incesante al Santísimo Sacramento, sin intervalo día y noche. Y sin intervalo hay allí hombres que oran, que adoran, que, en el espíritu de Santa Margarita María, ofrecen reparación a ese Corazón que tanto ha amado al mundo y al hombre en este mundo, y que tantos ultrajes y olvidos recibe de él.

Estos dos lugares, los dos santuarios del gran París, se unen en este momento en mi recuerdo agradecido, mientras nos preparamos para adorar, aquí en la plaza de San Pedro en Roma, en el corazón de la Iglesia, al Sacramento del amor:

«Ave, verum Corpus, natum / ex Maria Virgine; vere passum, immolatum / in cruce pro homine; esto nobis praegustatum / mortis in examine.» («Salve, Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen; que has padecido, has sido inmolado en la cruz por el hombre; haz que podamos resibirte en la hora de la muerte, antes de presentarnos ante el juicio de Dios».)

(Angelus, 8 junio 1980)

»Vivo, dice San Pablo, en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál. 2, 20). La meditación del amor del Señor pasa necesariamente por la meditación de su Pasión: «Se entregó por mí». Esto implica que cada uno tome conciencia no sólo del pecado del mundo en general, sino de este pecado por el que cada uno está realmente implicado, de forma negativa, en los sufrimientos del Señor.

Esta meditación del amor manifestado en la Pasión debe conducirnos también a vivir de acuerdo con las exigencias del bautismo, con esta purificación de nuestro ser mediante el agua brotada del Corazón de Cristo; a vivir de acuerdo con la llamada que, por su gracia, nos dirige cada día. Que ahora El nos conceda vigilar y orar para no caer en la tentación. Que nos conceda entrar espiritualmente en su misterio; tener nosotros, como dice San Pablo, los sentimientos de Cristo Jesús... «que se hizo obediente hasta la muerte» (Flp. 2, 5-8). Así somos llamados a responder plenamente a su amor, a consagrarle nuestras actividades, nuestro apostolado, toda nuestra vida.

*Alocución en la Basílica del Sacré Coeur,
Montmatre, París, 1-VI-80*



SENTIDO DE LOS VIAJES DEL PAPA

DE AQUI NACE LA RAIZ TEOLOGICA DE LOS VIAJES QUE HE HECHO HASTA AHORA POR LA GRACIA DE DIOS Y QUE SON LA APLICACION A ESCALA UNIVERSAL DEL CARISMA DE PEDRO DE CONFIRMAR Y CONSOLIDAR LA VITALIDAD DE LA IGLESIA EN LA FIDELIDAD A LA PALABRA, AL SERVICIO DE LA VERDAD, PARA INCREMENTO DE LA VIDA SACRAMENTAL Y EUCARISTICA DE QUE HABLE EN LA ENCICLICA *REDEMPTOR HOMINIS*. TODAS MIS PEREGRINACIONES SE COMPENDIAN AQUI. EN LA ENSEÑANZA DADA A TODOS LOS SECTORES DEL PUEBLO DE DIOS CON FIDELIDAD TOTAL AL EVANGELIO. EN LA PROCLAMACION INTEGRAL DE LA VERDAD. EN LA CELEBRACION EUCARISTICA. LA PALABRA DEL EVANGELIO, SEMBRADA A MANOS LLENAS EN ESTAS PEREGRINACIONES, COBRA EFICACIA VERDADERA *PORQUE SE CENTRA EN LA PALABRA*, EN EL VERBO CRISTO JESUS QUE SE HACE PRESENTE EN LOS ALTARES DE LAS GRANDES ASAMBLEAS DEL PUEBLO DE DIOS, ASAMBLEAS QUE QUEDAN IMPRESAS EN MI MEMORIA COMO EL RECUERDO MAS PROFUNDO Y CONMOVEDOR DE MIS VISITAS.

28-VI-82

Juan Pablo II a la Curia Romana

